

La ofensiva de las derechas en el cono sur	Título
Palau, Marielle - Compilador/a o Editor/a; Borón, Atilio - Autor/a; Rojas Villagra, Luis - Autor/a; Leite, José Corrêa - Autor/a; Korol, Claudia - Autor/a; Costa, José Jonas Duarte da - Autor/a; Gambina, Julio C. - Autor/a; Fontes, Virginia Maria - Autor/a; Moldiz Mercado, Hugo - Autor/a; Gómez Leyton, Juan Carlos - Autor/a; Richer, Hugo - Autor/a; Elías, Antonio - Autor/a;	Autor(es)
Asunción	Lugar
Fundación Rosa Luxemburgo BASE-IS	Editorial/Editor
2010	Fecha
	Colección
Neoliberalismo; Derecha; Política; Chile; Bolivia; Argentina; Brasil; Paraguay;	Temas
Libro	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/Paraguay/base-is/20170403044458/pdf_1249.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences





LA OFENSIVA DE LAS DERECHAS EN EL CONO SUR



Marielle Palau (Coord)

Atilio A. Boron
Luis Rojas Villagra
José Correa Leite
Claudia Korol
José Jonas Duarte da Costa
Julio C. Gambina
Virgínia Fontes
Hugo Moldiz Mercado
Juan Carlos Gómez Leyton
Hugo Richer
Antonio Elías

LA OFENSIVA DE LAS DERECHAS EN EL CONO SUR

BASE Investigaciones Sociales
Ayolas 807 esq. Humaitá
Tel. (595–21) 451 217 Fax. (595–21) 498 306
baseis@baseis.org.py
www.baseis.org.py
Asunción, Paraguay

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo solidario de
la Fundación Rosa Luxemburgo

Primera Edición
LA OFENSIVA DE LAS DERECHAS EN EL CONO SUR
(Asunción, BASE IS, diciembre 2010)

Diseño Editorial y tapa: Violeta Doldán
Edición: Margarita Segovia y Jaqui Ortega
Impresión: QR Producciones



Copyleft.



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones.



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Las opiniones vertidas en esta publicación no necesariamente reflejan la posición de los editores, y son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

CONTENIDO

Introducción		5
I. Los componentes de la ofensiva y formas de penetración		11
¿Qué debemos entender por “derecha”? Atilio A. Boron		13
El neoliberalismo, ¿es cosa del pasado o del presente en el Cono Sur? Luis Rojas Villagra		21
Esquerda e direita em movimento na América do Sul: um olhar desde o Brasil. José Correa Leite		29
El componente militar en el reagrupamiento de las derechas. Claudia Korol		39
A ofensiva da direita na batalha das ideias: Métodos e instrumentos. José Jonas Duarte da Costa		49
II. La situación en la región		63
¿Se viene la derecha en la Argentina? Julio C. Gambina		65
Velhas e remodeladas formas da direita no Brasil. Virgínia Fontes		77
La revolución boliviana y la rearticulación de la derecha. Hugo Moldiz Mercado		89
La Derecha política en la sociedad neoliberal chilena, 1990-2010. Juan Carlos Gómez Leyton		109

Paraguay: ¿profundización de la democracia o restauración conservadora? Hugo Richer	137
La “izquierda” progresista y el proyecto del capital. Antonio Elías	145

INTRODUCCIÓN

Analizar la situación actual de la región, necesariamente nos remonta a la década del 90 -prestando especial atención a los rasgos comunes y obviando las particularidades nacionales- en la que la lucha del campo popular se dio principalmente contra el modelo neoliberal diseñado por la Escuela de Chicago, impuesta por el Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional, y ejecutada al pie de la letra -salvo muy raras excepciones- en la mayoría de nuestros países por gobiernos de derecha que hacían alardes de las bondades del modelo.

Así se transfirieron a manos privadas -en muchos casos a corporaciones transnacionales- empresas estratégicas del Estado. Las más codiciadas -pero no por eso mejor pagadas- fueron las de servicios públicos; se liberaron tasas arancelarias para facilitar la circulación de mercancías; se profundizó la flexibilización laboral y se abrieron las puertas de nuestros países para que cualquier empresa de capital internacional trajera la ansiada inversión privada que revertiría la situación de pobreza.

Las empresas vinieron, generaron muy pocas fuentes de trabajo (por lo general en condiciones de sobreexplotación), obtuvieron ganancias que fueron inmediatamente transferidas a sus países de origen y una vez que no les fue suficiente el lucro extraído de los servicios que estábamos obligados a pagar (agua, luz, telefonía, por ejemplo), empezaron a saquear y apropiarse de los bienes de la naturaleza, reprimarizando la economía.

En el caso paraguayo, esto no se dio necesariamente así. Los intereses del Partido Colorado, en un primer momento, y la lucha de los movimientos populares más adelante, imposibilitaron que las privatizaciones exigidas por el modelo se aplicaran con la radicalidad que se dio en países vecinos, principalmente en la



Argentina. Sin embargo, la radicalidad se dio en la implementación del agronegocio.

La tierra, como nunca antes, pasó a ser considerada una simple mercancía y para esa lógica, es inadmisibles que exista un pedazo sin ser explotada; si una familia campesina sólo cultiva la mitad de las tierras que posee, porque la otra mitad está en reposo, sólo se debe al atraso y la haraganería. La tierra -en la lógica fomentada por el Banco Mundial- tenía que producir para generar divisas y satisfacer las necesidades del norte. Las comunidades campesinas e indígenas tenían que ser despojadas de sus tierras, y los territorios de la diversidad, para convertirse en un gran desierto verde, no importa si de soja, palma, eucalipto o algún otro rubro. No importa si es a costa de la vida de sus ancestrales habitantes, no importa si es destruyendo cursos de agua o la vida misma.

Idéntica lógica de sobre explotación fue aplicada a toda la naturaleza, la que se materializó en una serie de mega proyectos, en la minería a cielo abierto, en el patentamiento de la biodiversidad, en el control y la apropiación de los territorios ricos en agua dulce. Todo pasó a ser fuente de lucro para las empresas y corporaciones.

Al tiempo que se iba consolidando este proceso de saqueo o de “acumulación por desposesión” al decir de Harvey, los movimientos -ya desde mediados de la década del 90- se levantaban contra las políticas neoliberales. En ese marco se obtuvieron varias victorias importantes, el referéndum del agua en Uruguay, la llamada guerra del agua y poco tiempo después la del gas en Bolivia, la lucha contra las privatizaciones en Paraguay. Una serie de luchas en todo el continente fueron deteniendo las políticas del imperio; el hecho culminante fue la derrota del ALCA. Cabe tener en cuenta que estas luchas se desarrollaron principalmente en los países que poco después estarían gobernados por gobiernos “progresistas”.

Pero los sectores populares no sólo se enfrentaron a estas políticas del imperio y lograron conquistas importantes, también tuvieron la fuerza para tumbar a muchos de los gobiernos que lo sustentaban, tal fue el caso de Sánchez de Lozada, Gutiérrez, de la Rúa, entre otros.

Se generaron así nuevas condiciones; el auge de los movimientos, y las victorias alcanzadas llevaron a que la discusión de la vía electoral estuviera en el centro del debate. Se tenía la impresión que las luchas populares (movilizaciones, huelgas, ocupaciones) eran ya insuficientes para continuar avanzando, dado que a pesar de la fortaleza de las mismas, los temas centrales terminaban resolviéndose en los Parlamentos o por los propios presidentes. Así se inician diferentes experiencias de participación electoral de muchos de los movimientos (ya sea apoyando públicamente candidaturas, o creando partidos o frentes). Algunos triunfan, posibilitando que ciertos proyectos -originalmente de izquierda- se constituyan en los hoy llamados gobiernos progresistas.

No se esperaba que implementaran el socialismo por decreto, pero sí que al menos cumplieran con sus propuestas electorales, que generaran mejores condiciones para que los movimientos avancen en sus conquistas y que promovieran una ruptura con los proyectos de las derechas. Sin embargo, en lo que llevan de mandato casi nada de eso ocurrió.

Antes de continuar, es necesario aclarar que los llamados gobiernos progresistas no son ni fueron todos iguales. Algunos (Bolivia, Venezuela y Ecuador) realizaron Asambleas Constituyentes; contaban con una importante base social que les permitió avanzar más que a los otros -con contradicciones y sin llenar las expectativas que habían generado- y generar una mayor ruptura con las políticas del imperio que los demás. Entre los “demás” está Uruguay, Brasil, Argentina, Paraguay y –estaba- Chile hasta antes de la victoria del empresario Sebastián Piñera, por limitarnos a los de la región.

Estos últimos, ampliaron las políticas sociales -ciertamente sobre el modelo de las elaboradas por el Banco Mundial y como una nueva forma de control social- pero continuaron con medidas neoliberales, facilitaron el avance de la lógica extractivista, desoyeron los históricos reclamos de los movimientos, aumentaron la criminalización y la judicialización de la pobreza y las luchas, obedientemente aprobaron las leyes antiterroristas dictadas por el Departamento de Estado y como si fuera poco, colaboraron con la creciente militarización, tanto la nacional como la que se da en países hermanos, tal como ocurre hoy en Haití. En síntesis, implementaron más eficientemente los planes de la derecha.

Lo hicieron más eficientemente, porque muchos movimientos quedaron confundidos después de los triunfos. No supieron cómo reaccionar ante las políticas gubernamentales que eran aplicadas por “gobiernos amigos” y sobre todo, cuando cualquier crítica o protesta podría ser usada por los partidos de la derecha para tumbarlos. Muchos de los movimientos que fueron traicionados, habían sido los que los sostuvieron y los que volvieron a votar por ellos cuando el primer mandato había culminado; había que evitar que los partidos de derecha volvieran al gobierno.

En el cono sur, las expresiones políticas clásicas de la derecha - salvo en Bolivia- no habían sido derrotadas, continuaban teniendo un peso importante en los Parlamentos y desde allí, con un fuerte y explícito apoyo de los medios empresariales de prensa y los gremios empresariales, se constituyeron en verdaderos opositores a cualquier mínima iniciativa que pudiera amenazar sus intereses.

Pero, ¿qué es un proyecto de derecha? De una manera sencilla podría ser definido como aquel que busca mantener vigente el sistema capitalista y patriarcal, es decir, la explotación de la fuerza de trabajo para la extracción de plusvalía, la propiedad privada de los medios de producción y las políticas neoliberales. Implica además, la sumisión a los intereses del capital y sus organismos rectores (Banco Mundial, FMI, OMC), así como también la reproducción y el mantenimiento de los valores y el pensamiento conservador.

El capitalismo para sostenerse, debe mantener a los pueblos disciplinados y bajo control, para ello utiliza varias estrategias. Por un lado, los aparatos ideológicos del Estado, donde en este momento los medios empresariales de comunicación y las empresas de entretenimiento masivo juegan un rol esencial: idiotizar y desinformar. Hollywood y CNN son los principales exponentes. De ahí, la fuerte persecución que sufren los medios alternativos de comunicación. Por otro lado, cuando algunos sectores logran escapar y se atreven a organizarse, movilizarse y luchar, se da rienda suelta al aparato represivo, usando la fuerza bruta, criminalizando y judicializando las luchas de los pueblos y la pobreza misma. La expansión del Plan Colombia, es parte de este engranaje.

Estas dos tareas llevadas adelante por los gobiernos nacionales son necesarias pero no suficientes: el capital exige mayores garantías, debe asegurar sus intereses y sobre todo, los territorios donde los mismos se encuentran. Por ello se viene dando una creciente militarización. La IV Flota es un ejemplo de ello, así como la invasión a Haití, disfrazada de supuesta ayuda humanitaria y el reciente despliegue de tropas norteamericanas en Costa Rica.

Para continuar reproduciendo los valores y la sumisión, debe ejercer cada vez un mayor control de los cuerpos, sobre todo de las mujeres y de quienes rompen la lógica heterosexual. Allí es donde entra a actuar el fundamentalismo y juega un papel clave la iglesia católica.

En este contexto general se viene dando -en algunos países más que en otros- un proceso de rearticulación de las expresiones políticas clásicas de las derechas, sus partidos se vienen reuniendo periódicamente; según los medios empresariales de prensa, la última reunión se realizó en la ciudad de Asunción en agosto pasado.

En los últimos años, la ofensiva de las derechas y del imperio ha ido avanzando, buscando consolidar en algunos casos y en otros restablecer su hegemonía en la región. El golpe en Honduras, la invasión de Haití, el intento de golpe en Ecuador, son parte de ese proceso, así como también la creciente injerencia política de la embajada norteamericana en nuestros países.

Esa compleja y confusa realidad impulsó a que desde BASE Investigaciones Sociales, con el apoyo solidario de la Fundación Rosa Luxemburgo, propiciáramos un encuentro entre académicos y militantes para analizar el proceso de rearticulación de las derechas en esta parte del continente. Sin embargo, producto de esas ricas discusiones, se podría precisar que no se da en la actualidad propiamente un reagrupamiento de las derechas, dado que nunca estuvieron dispersas, sus expresiones políticas sufrieron derrotas electorales, pero sus intereses y los intereses del imperio continuaron respetándose. Esto nos llevó a denominar a esta publicación “La ofensiva de las derechas en el cono sur”, entendiendo que la misma, si bien mantiene sus formas clásicas, ha ido teniendo una creciente presencia en las organizaciones



políticas llamadas progresistas, o al menos, ha logrado que esas organizaciones –tanto por objetivos electorales como por alcanzar la “gobernabilidad”– promuevan y garanticen hoy los intereses del capital.

Las ponencias presentadas en esa oportunidad fueron enriquecidas con el debate colectivo y forman parte de esta publicación. Si bien las discusiones giraron en torno al tema propuesto, fue imposible dejar de analizar el papel de la izquierda, no sólo por ser el otro lado de la moneda en cuestión, sino también para comprender el proceso desarrollado por los gobiernos “progresistas” de la región y ubicar en ese contexto el accionar de la derecha.

Este material está organizado en dos capítulos. En el primero se analiza y reflexiona acerca de los diferentes componentes que hacen a lo que denominamos “derechas”, es decir, las diferentes dimensiones de la lógica de reproducción del capital: la filosófica, la económica, la política, la militar y la cultural, entendiendo que todas ellas se entrecruzan en un complicado entramado orientado a consolidar su hegemonía. Las formas concretas y específicas que va tomando en cada uno de nuestros países, se analizan en el segundo capítulo, haciendo hincapié en las lógicas políticas de la derecha en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay.

Así, este material presenta una lectura crítica de la compleja realidad actual de nuestra región, pretendiendo contribuir con las organizaciones populares en su lucha cotidiana contra los proyectos del capital que arrasan con la vida misma, lucha que al mismo tiempo permite ir avanzando en la construcción de una alternativa emancipatoria.

Marielle Palau

I. LOS COMPONENTES DE LA OFENSIVA Y FORMAS DE PENETRACIÓN

¿Qué debemos entender por “derecha”?

*Atilio A. Boron**

Una de las mayores dificultades de la ciencia política es lograr una adecuada caracterización de la derecha. La derecha es, en una primera aproximación, la práctica y su proyección en el plano del pensamiento, del statu quo. Y parafraseando a Brecht cuando dijera que el “capitalismo es un caballero que no desea se lo llame por su nombre”, podemos también decir que la derecha es una dama que no desea que sus secretos y su intimidad sean revelados y dados a conocer ante el gran público. No hay que olvidar que la opacidad es uno de los rasgos distintivos del capitalismo, y que esta característica se despliega en las más diversas manifestaciones de la vida social.

Pero hay otro rasgo que complica la adecuada intelección de lo que es la derecha: la debilidad de su andamiaje teórico. La derecha es sobre todo una práctica político-ideológica y mucho menos una elaborada formulación teórica o una corriente articulada y coherente de pensamiento. El anclaje más firme de la derecha se encuentra en la tradición conservadora, y sobre todo, en la obra de Edmund Burke relativa a la revolución en Francia; en menor medida, en los refunfuños de los teóricos franceses posrevolucionarios. Sólo al promediar el siglo veinte, asegura Perry Anderson, la derecha encuentra una expresión sistemática en la obra de Friedrich von Hayek.

Pero es necesario decirse, con la inevitable provisoriedad de estas breves notas, que el pensamiento de la derecha es inherentemente reaccionario, reactivo y no sistemático. No hay, propiamente hablando, una teoría de la derecha, o del conservadurismo. Lo

* Sociólogo y politólogo argentino. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA desde 1986. Director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia. Autor de varios Libros y Tratados.



que hay es una colección de fragmentos de distintos tipos de discursos que exaltan el orden vigente, pero poco más que eso.

Lo verdaderamente significativo es el carácter reactivo, reaccionario, del argumento de la derecha y que se manifiesta en su hostilidad y rechazo hacia:

- La modernidad y el advenimiento del capitalismo, exaltando las virtudes de la tradición, la monarquía, la costumbre, la propiedad privada familiar, la jerarquía, la religión y el papel educativo de la Iglesia. Burke, Bonald, de Maistre, son avezados polemistas defensores de estas posturas coincidentes en su feroz crítica al estado laico, cuyos ecos se escuchan todavía el día de hoy en América Latina.
- Hostilidad y rechazo también a la democracia, refrendando los valores y las instituciones propias de la aristocracia y su variante moderna, el elitismo. Fragmentos de ese discurso se encuentran en la obra de José A. Primo de Rivera, Charles Maurrás y, de manera notable por su sistematicidad, en las obras de Wilfredo Pareto y Gaetano Mosca.
- Hostilidad y rechazo por último, en relación al socialismo, replegándose sobre las últimas defensas posibles: la familia heterosexual (y sus secuelas: la penalización y condena moral al aborto, la no-educación sexual, etc.), la propiedad privada (haciendo caso omiso de la desaparición de la pequeña propiedad familiar o la gran propiedad territorial de la aristocracia), y el mantenimiento del control de la educación en manos tradicionales, sobre todo la Iglesia.

Ahora bien, con la consolidación del capitalismo, el pensamiento conservador pasa a ocupar un lugar secundario en la batalla cultural en que aquél está empeñado. Las reminiscencias del pasado no pueden sino suscitar una reacción melancólica y políticamente inoperante. Un caso ejemplar lo provee el avance del utilitarismo (Bentham, Mill padre) y el liberalismo económico, disolvente de las instituciones fundamentales del viejo régimen y por lo tanto irreconciliables con las argumentaciones propias del conservadurismo al que estas nuevas versiones del pensamiento liberal desalojaron del firmamento de la nueva sociedad.

La razón de esto es fácil de comprender: la derecha tradicional, pre-capitalista, siempre miró con desconfianza al capitalismo. Su

desenfrenada mercantilización y la secularización que de él se derivaba implicaba una erosión irreparable de los valores y las instituciones tradicionales. Un ejemplo de nuestros días lo grafica muy bien: la encíclica *Centesimus Annus* de Juan Pablo II escrita en 1990, formula una crítica durísima al capitalismo concebido como la necesaria antesala del socialismo y éste, como la precondition para el advenimiento del materialismo ateo. Es a causa de este talante que las relaciones entre liberalismo y conservadurismo fueron siempre muy complejas, tirantes y las más de las veces, conducentes a duros enfrentamientos. En América Latina persistió, hasta hace muy poco tiempo, sobre todo en Colombia, país en el cual el enfrentamiento entre el bloque conservador (sujeto político de la aristocracia, el latifundio y la iglesia) combatió sin cuartel a un liberalismo visto como la entronización del Estado laico, la empresa capitalista y la burguesía, instituciones y clases incompatibles con la primacía de la iglesia católica.

El paso del tiempo hizo que una vez consolidado el capitalismo, el liberalismo se convirtiera en el pensamiento hegemónico de la derecha. Ya carecía completamente de sentido esforzarse por defender a la monarquía, las jerarquías inmutables del orden pre-moderno, la tradición y las costumbres, en una sociedad que para sostenerse necesitaba “revolucionarse incesantemente” tal como Marx y Engels lo aseguraban en el Manifiesto Comunista. Pero si el liberalismo fue renovador y reformista en su lucha contra el *Ancien Regime*, se conservatiza cuando el capitalismo adquiere su plena madurez. Aparece entonces, hablamos de la segunda mitad del siglo diecinueve, un híbrido: un liberalismo económico (las fuerzas del mercado emancipadas de cualquier control societal o estatal) acompañado por un liberalismo político de carácter indudablemente elitista dado que se remite a las instituciones del Estado (separación de poderes, moderada representación política, defensa de ciertos derechos fundamentales como pensamiento, expresión, reunión, asociación, etc.) pero a partir de un supuesto: el pueblo, el demos, está constituido sólo por quienes sostienen con sus impuestos al Estado. Por lo tanto, es un liberalismo elitista o aristocratizante en donde la bandera de la democracia jamás fue izada por ninguno de sus teóricos.

Tal como lo hemos explicado en otros lugares, la democratización del capitalismo requirió grandes luchas y hubo que derrotar, en numerosas batallas, a la burguesía y sus clases aliadas para que el



liberalismo político admitiera la legitimidad de la democracia (Boron, 2000, 2007 y 2009). Por lo tanto, ni la tradición liberal, ni la derecha en las sociedades capitalistas maduras, ¡para no hablar de los capitalismos periféricos! nunca fue democrática ni aceptó el ideal democrático.

La propuesta democrática, en cambio, recorre una línea que parte de la república democrática de Maquiavelo, prosigue con Rousseau y culmina con Marx. Las premisas subyacentes a cada etapa de este recorrido, plantean invariablemente la conflictiva y contradictoria relación entre la dominación de una minoría -sea ésta una burguesía o una aristocracia feudal- y la organización democrática de la polis. Dominación de clase y autogobierno de los productores, son incompatibles; en nuestro tiempo, esa contradicción es la que marca la relación entre democracia y capitalismo.

El liberalismo a su vez, es una línea de reflexión teórica que parte con Locke -¡y no con Hobbes, como a menudo se afirma!- y que luego converge con el pensamiento "liberista", al decir de Norberto Bobbio, de Smith y Ricardo, para recién en el último cuarto del siglo diecinueve, aproximarse cautelosamente a la teoría de la democracia representativa de John Stuart Mill. Una teoría, dicho sea al pasar, que excluía meticulosamente a las mujeres, los pobres y los analfabetos, y que se esmeraba por idear instituciones y salvaguardas para evitar que ese elemental proceso democrático pudiera desembocar en una dictadura de los asalariados. El liberalismo, en fin, es una doctrina que jamás postuló las virtudes, y mucho menos la necesidad de un ordenamiento democrático -entendido como gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, según la feliz fórmula de Abraham Lincoln- sino que su preocupación fue exaltar las bondades de un Estado mínimo que garantizara la supremacía y la autonomía de los individuos frente a las invasivas pretensiones del Estado. La derecha contemporánea da un nuevo giro a este talante anti-democrático del liberalismo, primero con Hayek (1944) y luego en la obra del politólogo norteamericano Samuel P. Huntington (1975).

En el caso de Hayek, vemos cómo este autor plantea la necesidad y las virtudes de la desigualdad económica, concebida como el motor fundamental del progreso civilizatorio. La desigualdad es igual a innovación, afán de superación, competencia, emulación

del otro privilegiado, etc. Por eso, según Hayek, el proyecto socialdemócrata del Estado de bienestar es tan pernicioso como el comunismo, porque en su colectivismo, ambos terminan por matar, con su radical igualitarismo, el espíritu del progreso y la innovación. Ergo: el pensamiento conservador de la segunda mitad del siglo veinte se reconcilia con los mercados, porque al polarizar los ingresos y la riqueza y aumentar la desigualdad económica y social, alimentan el motor del progreso social.

Huntington a su vez, teoriza la crisis de las democracias en los años setenta, signado por la derrota en Vietnam y la estanflación. En sus diversos trabajos de aquellos años, este autor critica los “excesos” de la democracia: esto es, las desorbitadas demandas que la sociedad civil dirigía a sus gobiernos democráticos para que le proveyera toda clase de servicios y prestaciones (desde la salud y la educación, hasta la vivienda y la seguridad social, pasando por muchos otros) y que tenía como fatal desenlace la sobrecarga gubernamental, la crisis fiscal del Estado, la frustración de las irracionales expectativas de la población y como punto final, la deslegitimación de los gobiernos democráticos, ninguno de los cuales tenía la posibilidad de satisfacer todas las demandas. Para evitar tan funesto desenlace, Huntington recomendaba reducir drásticamente las demandas democráticas y que cada quien se hiciera cargo de su propio destino sin esperar ninguna ayuda de su gobierno.

Por lo tanto, en la actualidad la derecha es una síntesis heteróclita de tradiciones conservadoras y liberales, pero nunca democráticas. No existe, en el terreno de la filosofía política, una doctrina o pensamiento sistemático que pueda caracterizarse como “liberalismo democrático”. Lo que hay son prácticas e instituciones que, en las sociedades capitalistas, combinan ambas cosas como producto de:

- Un impulso plebeyo que obligó a los Estados capitalistas a democratizarse, sobre todo después de la Revolución Rusa y la Gran Depresión de los años treinta. Hoy nadie puede declararse adversario de la democracia, pero ningún Estado capitalista va más allá de una mera asimilación formal de este concepto y de la idea de un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, algo que, repetimos, es absolutamente incompatible con un orden social signado por una insalvable



escisión entre propietarios de su fuerza de trabajo que acuden al mercado a venderla, y propietarios de los medios de producción, capaces de comprarla según su conveniencia.

- Un impulso burgués, liberista, que con base en la necesidad de emancipar a las empresas y los mercados de las “interferencias políticas”, alienta el establecimiento de prácticas tales como la liberalización de los mercados, el Estado mínimo y, en resumen, todo el programa neoliberal.

Es precisamente por esto que los capitalismo democráticos son muy poco democráticos, y se restringen exclusivamente a la democracia representativa, lo más alejada posible de la deliberación y el protagonismo populares. El neoconservadurismo es la reacción ante la crisis capitalista que madura desde los años setenta, y en donde se profundizan las contradicciones de la fórmula de la derecha, porque:

- Los elementos ideológicos del conservadurismo renacen con fuerza al calor de la crisis: allí están los casos del fundamentalismo cristiano en EEUU (rechazo a la teoría de la evolución, la Biblia como principio explicativo de la creación del universo, y todo el programa reaccionario del Tea Party), el machismo, el racismo, la familia tradicional, execración del otro y lo diferente, etcétera. Todo esto para poner coto al supuesto decadentismo cultural e ideológico de los sesenta y los movimientos de liberación de los jóvenes, las mujeres, la libertad sexual, la secularización. Se trata entonces de una síntesis ideológica muy volátil e inestable.
- Pero esta síntesis se combina, a su vez, con un fortalecimiento de los mecanismos de mercado y las tendencias oligárquicas y oligopólicas presentes en la vida económica de los capitalismo realmente existentes.

En conclusión: hoy la derecha se ha vuelto más reaccionaria, más intolerante, más agresiva. Tiene más contradicciones internas, porque en una época de inédita concentración de los monopolios, hay un sector que no tiene ningún compromiso con el paradigma conservador, y quiere defender al capitalismo sin recurrir a inútiles anacronismos como la Biblia, la pequeña propiedad, las jerarquías tradicionales. Y hay otro que, asustado por la carrera del

capitalismo hacia el abismo, saca de su arcón los elementos más arcaicos del pasado para defender el orden vigente. Ambos confluyen en el desorbitado militarismo, la militarización de la política nacional e internacional, la criminalización de los revoltosos, etcétera. En América Latina esta inestable y violenta simbiosis liberal-conservadora asume características propias y muy preocupantes. La larga historia de dictaduras militares en la región es una buena prueba de ello; y la virulenta resiliencia de la derecha latinoamericana ante los más moderados procesos de cambio, es otra prueba de lo mismo.

Para terminar, y tomando nota de todo lo dicho hasta ahora ¿sigue en pie la distinción derecha-izquierda? Pregunta relevante en la medida en que hay tantos intelectuales, políticos y publicistas que proclaman a los cuatro vientos la obsolescencia de esa diferenciación. En un pequeño texto lleno de sabiduría, Bobbio decía que lo que caracteriza a la derecha es su prédica a favor de la primacía de la libertad, mientras que la izquierda tiene como seña de identidad su intransigente defensa de la igualdad. Ante esta confusión Bobbio responde que así como el crepúsculo no suprime la distinción entre día y noche, las políticas “de centro” (o de la “tercera vía”) no eliminan la diferencia entre izquierda y derecha, entre un proyecto político que se estructura en pos de la igualdad entre todos los sujetos, y aquel otro que tiene por objetivo garantizar la libertad de todos en el discurso, pero de una minoría en la vida práctica de los pueblos.

Bibliografía

Atilio A Boron 2000 *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)

Atilio A Boron 2008 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Hondarribia, España: Ediciones Hiru)

Atilio A Boron 2009 *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina* (Córdoba: Ediciones Espartaco)



LA OFENSIVA DE LAS DERECHAS EN EL CONO SUR

Friedrich von Hayek (1944) 2002 *El camino hacia la servidumbre* (Madrid: Alianza)

Norberto Bobbio 2002 *Derecha e izquierda* (Madrid: Taurus)

Samuel P. Huntington y otros 1976 *The crisis of democracy* (New York: The Trilateral Foundation)

El neoliberalismo, ¿es cosa del pasado o del presente en el Cono Sur?

*Luis Rojas Villagra**

Los gobiernos progresistas de la primera década del siglo XXI, del Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile y Bolivia, han realizado algunas reformas en el plano de la política social en sus países, pero, con excepción del último país mencionado, la política económica se ha mantenido funcional en lo esencial, al modelo de acumulación instalado en el periodo neoliberal, que arrancó en los 70 en algunos casos y se consolidó en los 90 en la mayoría de estos países, proceso favorecido en un primer momento por la mano de hierro de las dictaduras militares, y posteriormente por el derrumbe del socialismo soviético y la consecuente emergencia hegemónica del pensamiento único y la globalización neoliberal.

Los cambios hechos por los gobiernos progresistas se pueden visualizar principalmente sobre las políticas de redistribución del ingreso, con alguna mejora en los sistemas fiscales y de compensaciones por la explotación de recursos naturales, trasladado a una política social más fondeada y extendida, en áreas tradicionales como las de salud y educación, y con la fuerte expansión del modelo de subsidios directos a familias en situación de exclusión, como los programas Bolsa Familia en Brasil, Jefes y Jefas de Hogar en la Argentina, Transferencias Monetarias Condicionadas en Paraguay, entre otros planes similares.

Pero las políticas públicas que trascienden la redistribución de los ingresos, y afectan directamente al espacio y los mecanismos que generan la distribución de los ingresos y de los factores de producción, es decir, que afectan al modelo económico real, no

* Economista. Coordinador de BASE IS. Miembro de la Sociedad de Economía Política del Paraguay (SEPPY) y del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Economía Mundial. Docente de la Carrera de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Asunción (UNA).



han tenido la profundidad ni la fuerza necesaria como para hablar ni siquiera de un proceso de construcción de un modelo económico pos-neoliberal. Con las diferencias y las particularidades que se deben observar para cada país, y con la mencionada excepción de Bolivia, los gobiernos progresistas del cono sur no han desarrollado procesos de reestructuración del propio Estado y del andamiaje legal que los sostiene, ni mucho menos de transformación de la estructura económica definida bajo los gobiernos previos, de reconocida filiación neoliberal.

Por esta razón, las derechas actuales del cono sur no han cambiado sustantivamente con respecto a las de la década de los 90, aunque la presencia de las corporaciones y el capital internacional se han fortalecido dentro de la clase económicamente dominante en la mayoría de los países. Los avances en la autonomía política que se ha logrado en la región, patentes en iniciativas como la creación de la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y el relegamiento de la OEA a un segundo plano, no han tenido un correlato significativo en lo económico, donde la dependencia en relación a los países centrales se ha mantenido en base a los flujos de la inversión extranjera, la exportación predominante de materias primas y la importación de tecnologías y productos industriales. Por tanto, la transnacionalización de los sectores conservadores de la región se ha profundizado, con los matices propios de cada país, sin mayores obstáculos por parte de los gobiernos progresistas de la última década.

Los actores de las derechas

El capitalismo neoliberal de las últimas décadas se ha caracterizado por el enorme crecimiento y expansión de su sector financiero, a tal punto que gran parte de la valorización del valor se ha trasladado del sector productivo al financiero, con todos los riesgos que esto implica, tanto para los propios capitalistas como para los trabajadores. Las *instituciones financieras* se han convertido en actores de primer orden en los procesos de apropiación de las riquezas, a través de los bancos de inversiones y comerciales, los fondos de inversiones, entre otros, que han desarrollado los más diversos mecanismos de operación financiera, a fin de acrecentar sus capitales en el menor tiempo posible. En nuestra región se han vuelto hegemónicos en el control financiero, los bancos transnacionales como el BBVA, Santander, Itaú, HSBC, Citibank, por citar solo algunos.

En el mismo nivel que las anteriores se encuentran las *corporaciones transnacionales* no financieras instaladas en nuestros países, vinculadas fuertemente con la explotación de los diversos recursos naturales existentes. Operan principalmente en el área de hidrocarburos, minerales, en la cadena del agronegocio y en la prestación de servicios estratégicos como las telecomunicaciones. Empresas petroleras como Repsol, Exxon o Shell, han perdido gravitación en Bolivia, pero han mantenido importantes negocios, algunas de ellas en la Argentina y otras en el Brasil. Las grandes corporaciones mineras como la Barrick Gold, BHP o Río Tinto, siguen manteniendo enormes ganancias de la extracción de cobre, oro, otros metales y minerales, de la producción de aluminio y acero, etc., con las conocidas secuelas negativas, tanto sociales como ambientales, de sus procesos extractivos, pero que a pesar de ello, las mismas siguen operando con mucha fuerza en el cono sur.

La región del cono sur se ha destacado además, por ser uno de los principales polos de desarrollo del agronegocio biotecnológico, por lo que Paraguay, Argentina, Brasil, Bolivia y Uruguay son llamadas *las repúblicas unidas de la soja*, denominación creada con fines publicitarios por la transnacional suiza Syngenta. Han crecido enormemente en la región los monocultivos de soja, caña de azúcar y los forestales, entre otros, alimentados con las semillas genéticamente modificadas, los agrotóxicos y la maquinaria para la mecanización, provistos en su mayor parte por corporaciones como Monsanto, Bayer, Dow y John Deere. Otras corporaciones como Cargill, ADM o Bunge, controlan la exportación de la mayor parte de la producción como materia prima, y en los últimos años una creciente porción se ha destinado a la elaboración de agrocombustibles, tanto alcohol como biodiesel. Aún dentro de la cadena del agronegocio, en la elaboración de alimentos y otros productos a gran escala, y en la posterior distribución de los mismos, predominan empresas transnacionales como Nestlé, Unilever, Kraft, Walt Mart y Carrefour, que mantienen enormes niveles de rentabilidad y de remesas de ganancias hacia sus países de origen. Demás está decir que estas corporaciones mantienen estrechísimos lazos económicos con las burguesías locales, y en conjunto gestionan y promueven estas actividades altamente lucrativas.

Estas *burguesías u oligarquías nacionales* tienen características diferentes en cada país. En aquellos donde con cierto éxito se desarrolló décadas atrás una base industrial, como Argentina y Brasil,



se mantiene aún una *burguesía industrial*, a pesar de la fuerte reprimarización de sus economías en el periodo neoliberal, que lógicamente mantiene fuertes lazos con el capital internacional. En todos los países del cono sur, pero con mayor peso relativo en Paraguay y Bolivia, sigue predominado una *burguesía rentista*, vinculada a la propiedad de la tierra y la explotación de los recursos naturales. Este sector hasta hoy mantiene un gran poder económico basado en gran medida en la enorme concentración de la tierra que caracteriza a todos nuestros países, estructura contra la que los gobiernos progresistas no han podido o no han sabido actuar para desconcentrarla, con la excepción de algunos intentos del gobierno boliviano. Finalmente está la *burguesía comercial y financiera*, de importante gravitación en todos los casos, y con especial peso, al menos comercial, en los países de escaso desarrollo industrial.

Completando el mosaico de los bloques conservadores locales, se encuentran las *mafias* o los *para-empresarios*, cuyos circuitos de acumulación se mueven por fuera del andamiaje legal, como los negocios en torno al tráfico de drogas, de armas, de personas, lavado de dinero, contrabando, y demás actividades afines. En muchos casos, las fronteras entre las burguesías *legales* y las mafiosas son poco claras o directamente inexistentes, como en el caso de los narco-ganaderos e instituciones financieras especializadas en el lavado de dinero, por mencionar solo dos casos.

Las derechas regionales refuerzan sus filas con la participación de los *organismos multilaterales*, con destacada actuación del FMI, el BID, el BIRF, la OMC, que siguen manteniendo su influencia en nuestros países, siendo importantes acreedores de los gobiernos de la región, con diferencias para cada caso. La Argentina y el Brasil han cancelado gran parte de sus deudas con el FMI para desmarcarse de la tutela y las presiones extorsivas que el organismo ejerce sobre sus deudores, mientras que otros países como Paraguay, mantienen una estrecha cooperación con el mismo, siguiendo a pie juntillas sus mandatos de precautelar la estabilidad macroeconómica y fomentar el clima de negocios favorable para la radicación de inversiones extranjeras. El Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo siguen imponiendo sus líneas de intervención en base a su financiamiento dirigido, en áreas tan sensibles como la de infraestructuras, educación, desarrollo agrícola e industrial, conservación de recursos naturales, e incluso en las políticas sociales, como el ya mencionado programa de subsidios

condicionados a familias en situación de pobreza, de filiación bancomundialista.

Los *gobiernos* de la región, en varios casos hacen parte del sector conservador, claramente en casos como el de Sebastián Piñera desde el 2010 en Chile, o el de Nicanor Duarte en Paraguay hasta mediados de 2008, o de forma más difusa en casos como el de Fernando Lugo en la actualidad, o los de la Concertación en Chile en la última década. Los gobiernos progresistas de los Lula, Kirchner y Vázquez-Mujica, no forman parte directamente de los bloques de derecha, aunque muchas de sus políticas, en especial las económicas, sean funcionales a dichos sectores. En el caso del gobierno de Lugo, parte de su gabinete proviene de la derecha partidaria o empresarial, y juegan su partido según sus intereses de clase, como el caso de los Ministerios de Industria, de Agricultura, de Obras Públicas, o son tecnócratas de indisimulable adscripción a los postulados de los organismos multilaterales, como los titulares del Banco Central y del Ministerio de Hacienda. Situaciones similares pueden observarse en ministerios claves como los de Economía, en otros países de la región. El gobierno boliviano es la más clara excepción a esta tendencia en el cono sur sudamericano.

Formas de penetración

A pesar de los años de gobiernos progresistas en el cono sur, los grandes capitales tanto locales como extranjeros, siguen teniendo las puertas abiertas para entrar o salir de nuestros países, por la *apertura y desregulación en general vigentes para las inversiones, los flujos financieros y el comercio internacional*. Bolivia ha logrado limitar fuertemente la capacidad de acción de las transnacionales en el sector de hidrocarburos. Brasil y Argentina, como polos industriales del bloque, han tomado algunas medidas de tipo proteccionista para privilegiar la producción nacional. La victoria más importante del bloque, asociado a otros países como Venezuela, fue el rechazo del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) impulsado por los EEUU, en el 2005. No obstante, Chile ha firmado varios Tratados de Libre Comercio (TLC), y algún otro país ha insinuado su intención en el mismo sentido; actualmente el MERCOSUR está negociando un acuerdo similar con la Unión Europea, que había sido postergado hace algunos años y ha tomado renovado impulso en este 2010.



El *sistema financiero* es el canal privilegiado para que los procesos de acumulación del capital fluyan con la mayor rapidez y las menores restricciones de un lugar a otro, de un sector económico a otro en el capitalismo global. Los elevados niveles de ganancias de los corredores financieros, de los bancos y otras intermediarias por sus operaciones de créditos, inversión y especulación, prácticamente no han disminuido en la región, ni siquiera en el contexto de la crisis económica mundial, a excepción de un periodo muy breve. Las empresas financieras privadas son las grandes proveedoras de créditos a las actividades productivas, al consumo e incluso son acreedoras de los Estados nacionales, financiando crecientemente actividades de los gobiernos a través de la compra de bonos públicos, el endeudamiento interno y externo, entre otros mecanismos que acrecientan la dependencia del capital privado, en detrimento de la soberanía financiera que deberían buscar los gobiernos de izquierda o centro-izquierda. En los últimos años ha crecido enormemente el negocio de las microfinanzas, con fuerte apoyo de los organismos multilaterales, a través de la expansión de los microcréditos a sectores de bajos ingresos.

La otra vía de agresiva ofensiva del capital ha sido la de los *recursos naturales*, fuente de energía, insumos y alimentos para el demencial consumismo que caracteriza al capitalismo actual. Las inversiones privadas, predominantemente transnacionales en la explotación irracional del petróleo, gas, cobre, hierro, litio, la tierra y el agua, los bosques y la biodiversidad, se han mantenido con mucha fuerza bajo los gobiernos progresistas. Incluso se ha dado la expansión del fenómeno de la extranjerización del territorio, con la compra creciente de grandes extensiones de tierra por parte de inversionistas y especuladores extranjeros, aceleradamente en Paraguay, Argentina y Brasil, quienes con una lógica de largo plazo, vislumbran las crecientes disputas en el futuro por recursos tan valiosos para la población, como el agua y los alimentos, y por tanto, las oportunidades futuras de acumulación de capital que ello representa.

La *esfera de la circulación de bienes y la prestación de servicios* también han sido objetivos estratégicos y muy lucrativos para los grandes capitales. La tendencia a la concentración global del comercio tanto mayorista como minorista ha sido imparable, desde hace al menos dos décadas y se mantiene hasta hoy, con la formación de poderosos oligopolios o cuasi-monopolios en la

distribución de bienes intermedios y de consumo, lo que ha hecho desaparecer a la mayoría de los comercios de tamaño pequeño y mediano de nuestras economías.

Este creciente supermercadismo concentra la actividad comercial, la oferta de bienes, controla el acceso de la población a los alimentos y otros bienes básicos, genera una posición dominante de las grandes cadenas frente a los diferentes proveedores y los consumidores, y va generando un proceso de homogeneización de los hábitos culturales en relación a las pautas alimentarias, de acuerdo a las necesidades de la gran industria y la producción a gran escala. Carrefour, Walt Mart y otras grandes cadenas, son los buques insignias del creciente monopolio en la distribución de productos básicos. El sector de producción de alimentos sigue la misma tendencia, aunque con una menor intensidad aún, con las cadenas de comida rápida a la cabeza. Por otra parte, las privatizaciones de empresas y recursos estratégicos como el agua, la electricidad y las comunicaciones, llevadas a cabo en los años del auge neoliberal de los Menem, Collor de Mello, Wasmosy, Pinochet y compañía, no han sido revertidas prácticamente bajo ningún gobierno de signo progresista.

Estrategias y alianzas

Los gobiernos progresistas de la región se han visto desgastados frente a la población, por los escasos resultados obtenidos en la lucha contra la pobreza y la desigualdad, y por el poco esfuerzo demostrado para diferenciarse de las derechas en lo referente a sus propuestas de una economía diferente a la neoliberal. Esta pérdida de identidad de las izquierdas, así como también ha ocurrido en países europeos como España, Alemania o Francia, han hecho que parte del empresariado conservador incluso, apoye a estos gobiernos, por permitir que los principales circuitos de acumulación de capital sigan funcionando, mientras que logran contener la conflictividad social con una más extendida política social. Para la oligarquía brasileña Lula ya no es el temible sindicalista potencialmente peligroso para sus intereses, y lo mismo puede decirse del gobierno de los *ex tupamaros* en Uruguay, o del *obispo de los pobres* en Paraguay. *Las derechas han frenado a los gobiernos progresistas dentro de los márgenes que sus intereses imponen.*



Frente al desgaste ocasionado por los gobiernos neoliberales, emergieron los gobiernos progresistas, como corporización de la esperanza en una propuesta política y económica diferente, pero al no lograrse este objetivo, ahora el desencanto golpea a los gobiernos de centro-izquierda, y *las derechas en esta coyuntura retoman la iniciativa, renovando sus propias representaciones políticas*, incluyendo a empresarios exitosos como nueva oferta electoral, tal como ha sucedido en Chile y parece suceder en Argentina, e incluso en Paraguay, con la aparición de reconocidos y acaudalados empresarios en las filas del recientemente desplazado Partido Colorado. Las derechas, en momentos de tensión, también han recurrido en varias oportunidades a recursos tan propios de las izquierdas, como las movilizaciones, los famosos cacerolazos y cierres de rutas en la Argentina, el tractorazo en Paraguay, así como medidas de presión similares e incluso con mayor violencia, de la oligarquía boliviana.

La crisis económica mundial desatada en setiembre de 2008, con la quiebra de emblemáticas entidades financieras en los EEUU y la posterior recesión global, *ha sido hábilmente utilizada por las derechas* del mundo y de la región, para frenar las tímidas propuestas favorables a los trabajadores, e incluso trasladar el costo de la crisis del sector financiero, sobre los recursos del Estado y los ingresos de los trabajadores. En el cono sur las derechas cerraron filas a partir de esta crisis, presionando con un bombardeo mediático a los gobiernos para que implementen políticas contracíclicas fiscales y monetarias, que compensen y atenúen las pérdidas del sector privado. En casos como el paraguayo, esto ha prácticamente inmovilizado y cercado al gobierno en los límites permitidos por los sectores conservadores.

Para *inmovilizar y desgastar a los gobiernos de centro-izquierda* la batería de recursos empleados ha sido de lo más variada, desde la extorsión de organismos multilaterales e intermediarias financieras con sus créditos, calificaciones de riesgo país y las inversiones externas, el tiroteo mediático ininterrumpido, la presión externa para la aprobación de leyes como las de propiedad intelectual o la propia ley antiterrorista, de reciente aprobación en el Paraguay. A partir del éxito de estas estrategias, *la derecha se anima a retomar la iniciativa y tentar nuevamente recuperar la gestión de los Estados del cono sur*, sobre renovadas representaciones más *modernas y globalizadas* que las oligarquías tradicionales de nuestros países.

Esquerda e direita em movimento na América do Sul: um olhar desde o Brasil

*José Correa Leite**

O Brasil concluiu, em 2 de novembro de 2010, o processo eleitoral mais disputado desde 1989. Dilma Rousseff do PT, ancorada no prestígio adquirido por Lula ao longo dos seus oito anos de governo e em uma coalizão de dez partidos, ganhou uma eleição muito polarizada, que revela vários dos principais dilemas políticos colocados hoje para nosso continente.

No primeiro turno, sua candidatura concorreu com a de Jose Serra, do PSDB, Marina Silva do PV e Plínio Sampaio do PSOL, os dois últimos dirigentes do PT que romperam com o partido – seja pela adesão do governo Lula ao neoliberalismo, seja pela sua insensibilidade as questões ambientais. Dilma, Serra e Marina moveram-se, com diferentes ênfases, no campo do desenvolvimentismo domesticado pela globalização neoliberal: Dilma incorporando a gestão competente do capitalismo brasileiro em benefício das corporações brasileiras a inclusão no mercado de consumo de dezenas de milhões de novos consumidores pelos programas de redistribuição de renda; Serra criticando a política externa mais autônoma frente aos EUA de Lula e seu “populismo” econômico; Marina sustentando um projeto de capitalismo verde e catalizando o voto evangélico conservador. Plínio era o único que fazia um discurso de defesa do socialismo clássico, colocando o tema da luta contra a desigualdade e pela igualdade social no centro de sua campanha. Em 3 de outubro Dilma obteve 47,6 milhões (46,9% dos votos válidos), Serra 33,1 milhões, (32,6%), Marina 19,6 milhões (19,3%) e Plínio apenas 886 mil votos (0,9%)

* Académico brasileiro. Profesor universitario.

O segundo turno presenciou a consolidação do discurso conservador da candidatura de Serra, trazendo para cena temas como aborto, homossexualismo e drogas, imprimindo a sua candidatura um claro perfil de direita reacionária e uma inflexão que buscava catalizar todo tipo de preconceito das classes médias contra os pobres. Dilma pode, frente a isso, facilmente aglutinar o apoio de quase toda a sensibilidade de esquerda na sociedade brasileira, recebendo 55,7 milhões de votos (56% dos votos válidos) contra 43,7 milhões de votos para Serra (pouco menos de 44% dos votos válidos).

No mesmo período em que as eleições brasileiras reafirmavam a hegemonia do lulismo e do PT, Susana Villarán era eleita prefeita de Lima, reforçando a esquerda moderada peruana um ano antes da próxima eleição presidencial naquele país, e Nestor Kirchner falecia, lançando sombras sobre a continuidade do peronismo no governo em 2012. Meses antes Juan Manuel Santos e Sebastián Piñera tinham sido eleitos presidentes da Colômbia e do Chile, os dois países tradicionalmente mais alinhados com os Estados Unidos no continente sul-americano, e uma revolta policial no Equador quase se transformava em um golpe de estado.

Estes processos mostram as classes dominantes da região divididas entre os projetos de direita clássicos, elitistas, pro-estadounidenses e anti-populares – frequentemente manipulando temas conservadores no âmbito da religião e do comportamento (como aconteceu, pela primeira vez nas décadas recentes, na disputa presidencial brasileira), e projetos reformistas diversos, que vão da moderação de Bachelet ao radicalismo anti-imperialista de Chavez, projetos que tem crescido na sombra das iniciativas de integração regional sustentadas pelo governo Lula. Mas estas propostas reformistas também fecham o espaço, em muitas situações, para as iniciativas mais contundentes de esquerda no terreno institucional.

Na raiz destes deslocamentos políticos, está um fenômeno igualmente continental: América Latina viveu, na última década, uma forte reação popular aos efeitos da globalização neoliberal. Após as políticas de ajuste estrutural dos anos 1980 e 1990, vários países do continente conseguiram transformar a revolta inicial de nossos povos em propostas alternativas ao neoliberalismo. Esta é a qualidade diferenciada da nossa região em relação a outros

continentes. Aqui estas revoltas ganharam contornos de movimentos maciços dos setores populares e povos indígenas contra a desigualdade social e estruturas seculares de exclusão e opressão, contra a colonialidade do poder. A tradução desta insatisfação no plano institucional, no entanto, foi muito diferenciada entre os diversos países.

Os principais países da região —e em especial o Brasil— viveram (e vivem) uma certa reprimarização de suas economias, uma desindustrialização relativa nos marcos da globalização, que reproduz estas profundas desigualdades sociais, uma violência endêmica e a continuidade da devastação ambiental, reprimarização alicerçada na expansão do extrativismo e na transformação das matas e das terras indígenas em pastagens e lavouras extensivas de soja, cana e celulose. As indústrias locais foram, dessa forma, desarticuladas e rearticuladas de maneira dependente nas cadeias globais de produção. Não preservaram o que eram as sinergias das cadeias produtivas industriais montadas pelo nacional-desenvolvimentismo em um mercado interno protegido, mas sim propiciaram que o capital aqui instalado mantivesse e fortalecesse importantes nichos de mercado em uma economia cada vez mais aberta e fluida. Grande parte do setor de serviços foi privatizado (telecomunicações, energia, água, turismo) e desnacionalizado. O setor financeiro cresceu assombrosamente apoiado pelo Estado, asfixiando as atividades produtivas. A classe média formada nas décadas desenvolvimentistas reduziu seu peso relativo diante da concentração de renda e riqueza nas mãos desta oligarquia “moderna”, ligada às finanças globais.

Ao mesmo tempo, no Brasil o governo Lula aproveitou-se da crise global do capitalismo, deflagrada em agosto de 2008, para alavancar uma reorganização estrutural da burguesia brasileira. Ela já tinha se apropriado, através das privatizações, de ativos e áreas de atuação antes em mãos do estado. A crise evidencia que o acesso aos fundos públicos continua central para o grande capital: o governo apoia os processos de fusão de grandes empresas, diretamente através do BNDES ou indiretamente a pela ação dos fundos de pensão das estatais; socializa os prejuízos das grandes corporações brasileiras na crise; fornece linhas de crédito para vendas de seus produtos; dinamiza os setores de máquinas, equipamentos e infra-estrutura através das encomendas da Petrobrás; sustenta a demanda de setores de bens de consumo



duráveis através da redução de impostos; abre novos programas imobiliários para sustentar a atuação das construtoras, etc. O governo Lula pode, através do Banco do Brasil e da Caixa Econômica Federal, jogar um papel anti-cíclico e indutor de investimentos. E promete continuar a fazer isso através dos investimentos da Petrobrás na exploração do petróleo do pré-sal.

A financeirização e a globalização envolvem ainda a transformação do latifúndio em agronegócio produtor de *commodities* agrícolas, na medida em que a terra se valoriza e os grupos empresariais neste setor se modernizam; este foi, inclusive, o setor em que se formaram a maioria das corporações de capital brasileiro no último período. Isso não elimina o recurso, na base do processo produtivo, até mesmo a formas de trabalho escravo, mas isso já não é necessário ao sistema; o que é orgânico ao capitalismo no campo brasileiro é a super-exploração e mesmo a dilapidação da força de trabalho, que pode se dar sob formas assalariadas modernas de forma tão intensa como na escravidão, como mostra o caso da cana. O que a modernização elimina é qualquer possibilidade de reforma agrária ou democratização do acesso à terra fora dos marcos de uma luta anticapitalista.

O fracasso da ALCA impôs, de outro lado, um percurso mais autônomo para o capitalismo brasileiro, com a transformação dos grupos empresariais aqui instalados em “*global players*” e sua consolidação, como política consciente do BNDES, depois de 2008. Mas novamente isso se dá nos marcos das formas de financeirização normais do capitalismo global: a consolidação de grupos como a Embraer, a Vale, a Ambev, a Brasil Food (fusão da Sadia e da Perdigão), a fusão Itau-Unibanco, a enorme capitalização de grupos pecuários como a Friboi e Bertin; o controle, pelos capitalistas brasileiros financeirizados, dos movimentos especulativos de entrada e saída de capitais no país; a utilização sistemática de paraísos fiscais como bases para negócios, etc. Esta parcela brasileira da classe capitalista global está, como suas congêneres nos países centrais, muito mais desterritorializada do que em qualquer momento do passado e é hoje muito mais cosmopolita do que então. Mas é do seu interesse ganhar espaço e mercados frente aos capitais originários dos países centrais.

A região conheceu, desde o início da globalização, processos diferenciados de integração regional, tendo a atuação do Brasil

marcando seu ritmo. Há forças poderosas empurrando esta integração adiante do ponto de vista das forças capitalistas no território sul-americano; assim, as relações que o Brasil estabeleceu com os regimes de Chavez, Correa e Morales nada têm de altruísta ou ideológica, mas refletem as preocupações, em marcos subimperialistas, de garantir acesso à fontes de energia que se tornarão cada vez mais escassas nos anos vindouros (apenas agora atenuada pela descoberta do pré-sal). Da mesma forma, as grandes empresas brasileiras estão em uma situação privilegiada nos países da região, adquirindo centenas de empresas dos demais países do continente. Este é o sentido dos mega-projetos regionais de infra-estrutura, o IRSA. Trata-se de uma proposta para abrir mais a economia do continente para fora, voltando-a ainda mais para o extrativismo e as exportações primárias para os mercados asiáticos em expansão, devastando áreas até agora preservadas da ganância do mercado mundial.

Esta modificação da economia e da relação de forças na região foi, assim, acompanhada de transformações profundas na morfologia das classes nestes países, mais visíveis no caso do Brasil e da Argentina. São estas mudanças que redefinem as estratégias dos principais atores e suas propostas. São elas que embasam, depois de três décadas de neoliberalismo, uma profunda regressão política e ideológica, visível nos governos “populares”, que assumem discursos mais ou menos nacionalistas e neodesenvolvimentistas, que as esquerdas da região criticavam entre as décadas de 1960 e 1980.

No caso brasileiro, o reordenamento geopolítico global decorrente da crise e da estagnação dos países da Tríade e da expansão dos emergentes, na onda da qual surfa a expansão do capitalismo brasileiro, aprofunda a autonomia da política de Brasília frente a Washington. Mas não há que se ter nenhuma ilusão: a política neodesenvolvimentista de gestão pelo PT do capitalismo brasileiro tem propiciado enormes lucros as grandes empresas do país. Mesmo uma pequena redistribuição de renda operada em benefício dos mais pobres pelos programas sociais (que custa apenas 1/31 do gasto com a rolagem da dívida financeira) e pela elevação sistemática do salário mínimo, é funcional para garantir um mercado interno capaz de suprir a demanda perdida com a crise internacional.



Tudo isso favoreceu enormemente a candidatura de Dilma na disputa presidencial de 2010. Embora todas as grandes corporações dividam suas contribuições de campanha eleitoral entre Dilma e o candidato do PSDB, José Serra, houve uma clara perda de espaço dos projetos conservadores tradicionais, que tiveram seu espaço ocupado pelos petistas. Mas, mesmo Serra, fortemente ancorado por seus laços com a Federação das Indústrias do Estado de São Paulo (FIESP), não representava a posição liberalizante da direita mais tradicional. As grandes corporações brasileiras lucram enormemente com a gestão petista do capitalismo brasileiro e não lhes interessa a derrota de Dilma.

É claro que estamos aqui perante alinhamentos políticos muito diferentes dos que se dão em outros países da região, onde a fragilidade dos projetos neodesenvolvimentistas alimenta iniciativas muito mais agressivas da direita (como a dos ruralistas na Argentina, dos separatistas na Bolívia ou, em menor grau, dos colorados no Paraguai). Ainda assim, são projetos neodesenvolvimentistas – dependentes do extrativismo – os que animam Rafael Correa ou Evo/García Linera, como evidencia claramente a dinâmica interna recente destes países, em especial os choques com os movimentos indígenas, que formulam um horizonte político novo, para além do desenvolvimentismo.

As vitórias eleitorais de Juan Manuel Santos e Sebastián Piñera em países tradicionalmente alinhados com os Estados Unidos são menos reveladoras dos realinhamentos políticos na região do que as iniciativas que vem sendo articuladas na América Central e no Caribe (Honduras, Panamá, Costa Rica, Haiti...), reativação da 4ª Frota... Washington busca recuperar a iniciativa depois dos anos de paralisia de Bush, embora Obama ainda continue ocupado com duas guerras no Oriente Médio e com uma dinâmica interna muito conflitiva, reforçada pela vitória republicana nas eleições de meio de mandato. Mas seus sucessos são, em boa medida, resultado de uma disputa da direita com projetos de centro e de centro-esquerda, cujo horizonte é, em diferentes graus, o do desenvolvimentismo nos marcos de um capitalismo mais democrático, que em absoluto se coloca para além da globalização neoliberal. Uma esquerda socialista portadora do projeto de organização de uma outra forma de organização social está ausente ou é muito fraca.

Nosso continente vive, apesar disso, um amplo processo popular de busca de alternativas. Isto está na raiz da radicalização anti-neoliberal na região, onde se destacaram o levante zapatista de 1994, a sublevação argentina de 2001 e a formação de governos progressistas. A reestruturação, a partir da liderança de Chávez à frente do governo de Caracas, de uma vasta e heterogênea corrente política radical continental, é o ponto mais visível de uma vaga política de esquerda sem igual desde a da década de 1960.

A primeira eleição de Chavez, em 1998, além de não ter ainda o significado que viria a adquirir depois, parecia uma exceção num país singular. Após as eleições de Kirchner, de Lula e de Tabaré Vasquez, entre 2001 e 2004, percebeu-se que havia uma onda antiliberal, materializada também em um incremento das mobilizações sociais em diversos países: Peru, Bolívia, Equador, Paraguai, Argentina... A nova rodada de eleições continentais -iniciada com a vitória de Evo Morales em dezembro de 2005, de Rafael Correa em outubro e a reeleição de Hugo Chávez, em dezembro de 2006 — marcou o aprofundamento deste um ciclo histórico latino-americano. Hoje, a exceção se espalhou pelo continente e um bloco bolivariano está claramente perfilado, procurando fazer a política de Brasília pender mais em um sentido antiimperialista tradicional. É neste contexto que operaram as iniciativas que buscavam alternativas ao neoliberalismo, como o Fórum Social Mundial, as articulações indígenas e a iniciativa boliviana contra as mudanças climáticas.

A América Latina também recolocou em pauta a questão nacional e da sua soberania frente aos Estados Unidos, a partir de movimentos e governos nacionalistas egressos de processos políticos mais clássicos. O gradual crescimento da luta popular e antiimperialista na Venezuela depois da eleição de Hugo Chavez originou uma nova realidade política e geopolítica no continente. Estabeleceu um diálogo com duas outras referências, o regime socialista cubano, de um lado, e o protagonismo de fortes movimentos indígenas (desde os anos 1990 os mais radicais da região) com seu epicentro na região andina; catalisou a articulação de inúmeros movimentos transformadores em todo o continente. Mas o projeto de Chavez, ainda dependente do capitalismo petrolífero da Venezuela, vem mostrando nestes últimos anos suas limitações e registra hoje uma clara falta de dinamismo.



Para a esquerda de todo o mundo é muito positivo a existência de governos críticos à hegemonia norte-americana, como os da Venezuela, Bolívia e Equador, respaldados por Cuba. Do mesmo modo, tem a maior importância o chamado de Chavez para debater o socialismo do século XXI e de Evo para associar a luta contra o aquecimento global à luta anticapitalista, na Conferência de Cochabamba. Mas todos estes governos estão em um impasse estratégico.

Enfrentar a contra-ofensiva estadunidense, que já conseguiu avanços importantes na América Central e Caribe, e lidar com o sub-imperialismo brasileiro e as opções social-capitalistas dos governos petistas, de outro, não é um jogo simples para os governos progressistas e movimentos sociais latino-americanos e para a esquerda socialista no Brasil.

A concentração de recursos políticos e econômicos em escala global retira o espaço das pequenas unidades políticas e torna a integração regional da América do Sul uma necessidade imperiosa. Mesmo um país do tamanho do Brasil tem que se somar aos seus vizinhos se quer enfrentar as perigosas tendências desagregadoras vinculadas à pressão mundial exercida no terreno econômico, político, cultural e ambiental como vemos, nos últimos meses, na guerra cambial entre EUA e China.

Adentramos em uma época histórica de crise de civilização e mudanças estruturais, de acirramento da competição por recursos, em que todas estas pressões são cotidianamente utilizadas pelas potências centrais para subordinar os países periféricos. Não há como viabilizar a governabilidade de qualquer processo de transição para o socialismo no nosso país se o continente estiver dividido, se as pressões externas forem trazidas para perto, se as fronteiras físicas não forem abolidas, mas reforçadas.

O Brasil é hoje o policial benevolente responsável – em uma concorrência contida com os EUA – pela manutenção da ordem em nossa região e faz isso com grande flexibilidade. Exerce hegemonia no sentido pleno do termo. Mas a ordem vigente é a da ditadura dos mercados, cada vez mais estabelecida nos países vizinhos em benefícios das corporações transnacionais brasileiras. É o regime dos megaprojetos da IRSA com financiamento do

BNDES, que reforça o extrativismo das economias vizinhas e suas estruturas sociais conservadoras, que mesmo sob governos progressistas criminaliza a luta dos movimentos sociais – em especial dos indígenas que não abrem mão do controle sobre seus territórios.

Integrado e com o Brasil caminhando rumo a uma sociedade igualitária e sustentável, nosso continente dispõe de condições potenciais de autonomia e capacidade de enfrentar todo tipo de pressão, seja as ofensivas de restabelecimento do espaço tradicional de Washington, seja a escalada da crise ambiental. Mas a integração regional não pode ser concebida como integração de mercados, que acirra as desigualdades (sociais, de gênero, de etnia, de cultura...) e agrava a crise ambiental, e sim como a integração consciente de povos diversos, que reconhecem sua diversidade, os direitos recíprocos e a força que representam. Isso exige da esquerda continental e brasileira uma nova agenda, com a integração de novos atores e a constituição de um novo horizonte histórico, que delineie com clareza uma sociedade não capitalista, igualitária e sustentável, organizada por uma lógica social não mercantil.

A agenda discutida nos últimos anos pelos movimentos indígenas da região andina constitui a contribuição mais importante para isso. Mas ela terá que dialogar com a que emergir da mobilização das massas populares das grandes metrópoles do continente, um desafio que provavelmente terá que ser vivido e vencido ou perdido no Brasil.



El componente militar en el reagrupamiento de las derechas

*Claudia Korol**

El reagrupamiento de las derechas en América Latina expresa el intento del capital transnacional, de los Estados imperialistas y de las oligarquías locales, de restablecer la hegemonía deteriorada en la década anterior por la crisis de las políticas neoliberales. Podemos analizarlo como parte de la iniciativa que intentan retomar las élites mundiales para reafirmar las posiciones colonialistas, patriarcales, racistas, propias del capitalismo. El componente militar y represivo de este reagrupamiento es uno de los factores con los que se profundizan las distintas modalidades de explotación y opresión. El mismo acompañó sistemáticamente la política y la cultura de las derechas, ya que éstas sólo tienen posibilidad de existencia sobre la base del terror.

En los procesos de constitución del capitalismo, y en estos momentos, de reconfiguración del mismo a escala mundial, América Latina es considerada territorio de saqueo por parte de los países que constituyeron su riqueza en base a la rapiña de nuestros bienes comunes, la destrucción del ecosistema, y el genocidio y esclavización de nuestros pueblos.

Actualmente, los procesos de recolonización del continente se producen con el telón de fondo de la crisis capitalista mundial, y de la crisis del paradigma neoliberal como modelo de “desarrollo” de los pueblos. Éstos se benefician de la herencia del colonialismo y de la impunidad.

* Integrante del Centro de Investigación y Formación de los Movimientos Sociales Latinoamericanos (CIFMSL). Militante del Equipo de Educación Popular Pañuelos en Rebeldía y editora de América Libre



Algunas de las características con las que se reconfigura el sistema político, económico, cultural hegemónico son:

- La reorganización de las formas de dominio internacional capitalista, de acuerdo con los intereses de las corporaciones transnacionales y con el interés geopolítico imperialista.
- La gigantesca concentración de capitales basada en la transferencia de valores de la periferia al centro, en una nueva forma de colonización a escala mundial, y en el crecimiento de la super explotación del trabajo a partir de la precarización laboral.
- La ocupación de los territorios para políticas extractivas, la acumulación por desposesión, provocando la expulsión de los pueblos originarios y de las poblaciones locales que interfieren con esas políticas .
- Los Estados actúan como disciplinadores del territorio y de las poblaciones y como legitimadores de los megaproyectos del capital.
- Se avanza en la criminalización de la pobreza y de la protesta social para acentuar el control sobre las poblaciones.
- Se agrava la militarización de las disputas por la hegemonía capitalista.
- Donde no alcanza con el militarismo “legal”, se legitima la represión a través de la actuación abierta del paramilitarismo.
- Se acentúa la mercantilización de todas las dimensiones de la vida, de los bienes de la naturaleza, y de los cuerpos, fundamentalmente de las mujeres.
- Se profundiza la anulación de la soberanía nacional y popular, por la falta de respeto de las transnacionales a los regímenes legales de los Estados donde operan, y de los tratados internacionales ratificados por los países.
- Se refuerzan los fundamentalismos, especialmente religiosos, que son ideología básica de los totalitarismos y las dictaduras.
- Los sistemas educativos y de comunicación tienden a volverse productores y amplificadores del pensamiento hegemónico de recolonización mundial.

Como señala Horacio Machado, *la violencia es parte central de los dispositivos coloniales, y es el principal medio de producción y de legitimación de las relaciones sociales*. Desde esta hipótesis,

reflexionamos sobre los mecanismos de rearticulación de la derecha, sin dejar de conectarla con el análisis de los beneficios que éstos reciben de la herencia colonial. Escribe al respecto Luis Tapia: “La transnacionalización y gran flujo de capitales, las nuevas estrategias de flexibilización laboral y producción, apuestan a la explotación de la fuerza de trabajo subvalorizable, que es producto de las colonizaciones de siglos pasados. Sus tasas de ganancia son posibles gracias al pasado colonial”¹. Y como parte de estos mecanismos, es crucial subvalorar el trabajo de las mujeres mediante mecanismos de reordenamiento patriarcal, y la sobre-explotación del trabajo de sectores indígenas, afrodescendientes, migrantes, multiplicando su vulnerabilidad con el aliento al racismo y a la xenofobia.

Así se va reconfigurando el nuevo mapa mundial dibujado por las transnacionales, sin importar las poblaciones que queden fuera de sus dibujos, beneficiándose de la fuerza de trabajo subvalorizable, producto de las colonizaciones de siglos pasados, del desmonte de los derechos sociales, de los grados de democratización de los Estados realizados por las dictaduras primero, y por los gobiernos neoliberales después. Estos elementos son componentes de la política hegemónica del capital.

Sin embargo, la misma se despliega en confrontación con las resistencias de los pueblos latinoamericanos, particularmente intensas en las últimas décadas.

El final del siglo XX y los inicios del siglo XXI estuvieron marcados por diferentes maneras de expresión del descontento popular hacia las políticas neoliberales. El Caracazo en Venezuela, el “Ya Basta” de los zapatistas en México, las guerras del gas y del agua en Bolivia, las insurrecciones populares en Ecuador y Argentina, los levantamientos populares en Atenco y en Oaxaca, la increíble fuerza de resistencia presentada por el movimiento popular hondureño frente al golpe de Estado, son distintas modalidades de luchas de masas. Esto se expresa también en políticas electorales que dieron el triunfo a sectores históricamente identificados como progresistas, que llegaron a los gobiernos de

¹ Luis Tapia 2007. “La densidad de la síntesis”. En *El retorno de la Bolivia Plebeya*. (Bolivia: Muela del Diablo Editores).



varios países de América Latina. En ese contexto se dio impulso a la integración de experiencias de gobiernos latinoamericanos que tomaron distancia de las políticas imperiales, buscando nuevas maneras de articulación de sus esfuerzos. En el centro de esta dinámica se encuentran la Revolución Cubana, la Revolución Bolivariana de Venezuela, el proceso de descolonización popular de Bolivia, el régimen ecuatoriano -aún con sus fuertes contradicciones con el movimiento popular del que surgió-. Desde aquí se dio impulso a la iniciativa del ALBA² que ha venido desafiando la hegemonía imperialista.

Desarticular este proceso es uno de los factores que aceleró la iniciativa de las derechas, de reagrupamiento y acción política concertada. La militarización del continente, la instalación de bases norteamericanas, los golpes de Estado, los ejercicios militares conjuntos, las intervenciones abiertas, se colocaron como prioridad en la agenda de los EE.UU., articulados con políticas de militarización y criminalización de las resistencias que realizan incluso sectores considerados progresistas, con la intención de frenar la movilización de los pueblos.

La política norteamericana de dominación en el plano militar

Según el Pentágono, en el 2008, EE.UU. tenía 865 bases militares en más de 40 países. Más de 190 mil soldados, en más de 46 países y territorios. Las siete bases norteamericanas en Colombia, y una en Costa Rica, elevarían a 873 estas bases.

Haciendo un poco de historia, podemos ubicar un momento de inflexión en la política militar norteamericana en la región con la *invasión a Panamá producida el 20 de diciembre de 1989*, en pleno proceso de crisis del llamado “socialismo real” con la caída del

² ALBA: Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América. Iniciativa de integración latinoamericana, nacida por el impulso de la Revolución Cubana y la Revolución Bolivariana, y asumida por diversos gobiernos del continente. En su origen surgió como contraposición al ALCA, proyecto de integración subordinada a la política hegemónica norteamericana; pero fue avanzando en el terreno de las alternativas populares concretas. Actualmente integran la ALBA: Venezuela, Cuba, Bolivia, Nicaragua, Dominica, Ecuador, San Vicente, Granadinas, Antigua y Barbuda. Honduras se integró al ALBA, pero desde el golpe de Estado en ese país, suspendió su participación. En paralelo con la iniciativa gubernamental, fue promovido un proceso de unidad en la lucha común desde diferentes movimientos sociales del continente, que se reconoce como ALBA de los MOVIMIENTOS POPULARES. Actúan con articulación, y a la vez con autonomía de los gobiernos que integran el ALBA.

muro de Berlín, y la emergencia de EE.UU. como gendarme de un mundo que se pretendía unipolar.

Fruto de la intensa lucha popular desarrollada en Panamá, *en 1999 logró concretarse -en cumplimiento de los tratados Torrijos-Carter- el cierre de la Base Howard que utilizaba el ejército de los EE.UU. para el adiestramiento de militares de todo el continente, y para el control directo sobre el Canal.* Esta base fue trasladada a Miami. También debieron levantar, la Escuela de las Américas, que instalaron a partir del año 2000 en Fort Benning, con el nombre de Instituto de Cooperación Hemisférica (desde ahí continúan adiestrando a militares latinoamericanos en torturas, golpes de Estado, y desestabilización). El Pentágono tuvo que reprogramar sus planes de control sobre la región creando los llamados Puntos de Avanzada de Operación (FOL por sus siglas en inglés) estructurados como centros de “movilidad estratégica” y “uso de fuerza decisiva” en guerras relámpago y con bases y tropas de despliegue rápido.

Como parte de esa reorganización, EE.UU. logró un *acuerdo con Ecuador y Holanda para acceder a las bases de Manta, Aruba y Curazao, para mantener sus operaciones militares en la región. El 12 de noviembre de 1999 se firmó el convenio que otorgaba al ejército estadounidense el acceso a la Base de Manta -en Ecuador- por diez años.*

En el año 1999 los Estados Unidos iniciaron la implementación del Plan Colombia, con el afán de desarticular a los movimientos guerrilleros colombianos. Paralelamente, en el plano comercial, se intentaba consolidar el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y se iniciaron conversaciones en Centroamérica para la implementación del Plan Puebla Panamá, como una extensión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que vinculaba a México, Estados Unidos y Canadá.

En mayo de 2003, fruto de una intensa movilización popular, debió ser *cerrada la base militar norteamericana de Vieques en Puerto Rico.*

El 29 de febrero del año 2004, una intervención militar franco-norteamericana destituyó al presidente haitiano Jean Bertrand Aristide. Posteriormente, este golpe de Estado fue “legitimado”

con la presencia de tropas militares que integran la *Misión de Estabilización de Naciones Unidas para Haití* (MINUSTAH), con efectivos de diferentes países de América Latina³, y de otros continentes, organizados y financiados por EE.UU. y Francia. A partir del 12 de enero de 2010 se produjo una nueva remilitarización e invasión a Haití por parte de miles de marines norteamericanos, portaviones y armas de guerra.

El 15 de octubre de 2010, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas prorrogó el mandato de la Misión de Estabilización de la ONU en Haití (MINUSTAH) por un nuevo año. Alerta en un documento Jubileo Sur: “En lugar de una fuerza de ocupación, impulsada por los Estados Unidos, Francia y Canadá, lo que necesitaba verdaderamente el pueblo haitiano era la solidaridad activa de nuestros gobiernos y países, respetando su soberanía. ¿Cuántas escuelas, hospitales y viviendas se podrían haber construido con los casi 4 mil millones de dólares que costó sostener la ocupación militar en estos seis años? Por el contrario, la situación se agravó, y las denuncias y hechos de asesinatos, torturas y violaciones a los derechos humanos de la población por parte de las tropas militares se multiplicaron; especialmente la violencia sexual hacia las mujeres, niños y niñas. Esto, sumado a la incapacidad e inoperancia puesta de manifiesto por la MINUSTAH durante el terrible terremoto que azotó al país”.

El 2 de marzo de 2008, aviones de la fuerza aérea colombiana, dirigidos por el ejército de los Estados Unidos desde la base de Manta, *bombardearon en Sucumbíos* a un campamento guerrillero, violando el territorio ecuatoriano. Fueron 25 los asesinados por órdenes de Álvaro Uribe Vélez.

En junio de 2008 Evo Morales denunciaba el peligro de las bases militares de Estados Unidos en el Perú. Ese año se realizaron ejercicios militares conjuntos entre EE.UU. y Perú, como parte del programa de entrenamiento Nuevos Horizontes, que se llevaron

³ Los países que aportan personal militar, son: Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Guatemala, Jordania, Nepal, Paraguay, Perú, República de Corea, Sri Lanka y Uruguay. Los países que aportan personal policial son: Argentina, Benin, Bangladesh, Brasil, Burkina Faso, Camerún, Canadá, Chad, Chile, China, Colombia, Côte d'Ivoire, Croacia, Egipto, El Salvador, España, Estados Unidos, Federación de Rusia, Filipinas, Francia, Guinea, Jordania, India, Jamaica, Madagascar, Malí, Nepal, Níger, Nigeria, Pakistán, República Centroafricana, Rwanda, Rumanía, Senegal, Serbia, Sri Lanka, Suiza, Togo, Turquía, Uruguay y Yemen.

a cabo en la selva de Ayacucho. En la Amazonia peruana se encuentra la principal base de la DEA, con equipos, funcionarios, helicópteros. También en el 2008, el Ministerio de Defensa coordinó la construcción de un Centro de Asistencia Médica y un Centro de Operaciones e Inteligencia Conjunto en la base de Pichari, en el Valle de los ríos Apurímac y Ene (VRAE).

En julio de 2008 la armada estadounidense reactivó la Cuarta Flota que había sido desactivada en 1950, y comenzó a patrullar los mares de América Latina y del Caribe, respondiendo a las órdenes del Comando Sur de los Estados Unidos (Southcom), cuyas bases se encuentran en Miami. La Cuarta Flota cuenta con el portaviones nuclear George Washington, fragatas con misiles, 120 aviones, entre ellos bombarderos F-14, tanques, submarinos nucleares y 12 navíos. Entre las operaciones “anunciadas”, se incluye el combate al tráfico ilícito, la cooperación de seguridad en el teatro, el adiestramiento bilateral y multinacional.

En 2009, fruto de la intensa lucha popular, Ecuador no renovó la autorización para la base de Manta. Fue un importante triunfo de la movilización que llevó a declarar constitucionalmente a Ecuador como “territorio de paz”. El gobierno norteamericano reaccionó, pactando con Uribe la instalación de 7 nuevas bases en Colombia.

En 2009 México profundizó sus lazos militares con los norteamericanos, al ratificar la ASPAN (Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte) y operativizar la Iniciativa Mérida, que antes se llamó Plan México, gemelo del Plan Colombia.

*El 5 de junio de 2009, Alan García fue responsable de la masacre de Bagua en Perú. Después de casi dos meses de intensa movilización en la Amazonia para conseguir la derogación de los decretos legislativos que permitían una abusiva **explotación de los bienes comunes -sin consulta ni consentimiento de los pueblos originarios-**, una feroz represión por aire y tierra se saldó con 34 muertos oficiales, 10 indígenas y 24 policías, cuando las tropas pretendieron desalojar a los miles que bloqueaban carreteras.*

El 28 de junio de 2009, con el aliento claro de los EE.UU., se produjo el golpe de Estado en Honduras. Entre los objetivos estaba arrancar



a Honduras del ALBA, y defender la base militar norteamericana de Soto Cano en Honduras (a la que llevaron al presidente Zelaya secuestrado), avanzando incluso en la instalación de nuevas bases. *En octubre de 2010 el Ministro de Seguridad hondureño anunció la solicitud de un Plan Colombia o Iniciativa Mérida para Honduras, fortaleciendo la presencia norteamericana en la región.*

Cuando se cumplían 20 años de la invasión a Panamá, el movimiento popular panameño denunció la existencia de un informe que evidencia *la presencia de tropas militares estadounidenses en la provincia panameña de Dairén*, fronteriza con Colombia, y el acuerdo del gobierno panameño encabezado por Ricardo Martinelli, para establecer 4 bases militares de Estados Unidos en ese país, que tanto luchó por liberarse del colonialismo en el siglo 20, y que por eso sufrió las consecuencias de invasiones y magnicidios⁴.

En julio de 2010, el Parlamento de Costa Rica autorizó el ingreso al país de 46 buques de guerra, 200 helicópteros, 10 aviones, 2 submarinos y 7 mil marines de EE.UU. De acuerdo a la publicación en diferentes medios de comunicación de Costa Rica, la mayoría de las naves de guerra son fragatas con una eslora de 135 metros, con capacidad para transportar dos helicópteros artillados, 200 marines y 15 oficiales en cada uno. Otras naves y portaviones, como el USA Making Island, tienen capacidad para transportar a 102 oficiales y casi 1500 marinos, y están artillados y preparados para el combate intensivo. Pueden transportar 42 helicópteros, 5 aviones de combate duro y 6 helicópteros. También se ha autorizado la entrada de submarinos de combate, naves tipo catamarán, un buque hospital y vehículos de reconocimiento y combate con capacidad de movimiento tanto por mar como por tierra, además del buque norteamericano “Freedom”, con capacidad para combatir a submarinos. Éste es uno de los despliegues de EE.UU. más grandes en el mundo.

El 17 de agosto de 2010 la Corte Constitucional de Colombia emitió un fallo histórico que declaró “inexequible” (inaplicable o sin efecto) el llamado Acuerdo Complementario para la Cooperación

⁴ Torrijos murió a causa de un atentado el 31 de julio de 1981, después de haber sido incluido como un gobernante militar de izquierda molesto a los intereses de Estados Unidos en el Documento de Santa Fe I (que trazó las líneas fundamentales de la política norteamericana para la región), junto al presidente ecuatoriano Jaime Roldós, fallecido en otro “avionazo” en ese mismo año.

y Asistencia Técnica en Defensa y Seguridad, que permite la instalación de 7 bases militares estadounidenses en ese país. De acuerdo con este fallo, el Acuerdo debe ser sometido al debate y aprobación del Poder Legislativo. Esto parecería detener la construcción de las bases, por lo cual los EE.UU. están buscando nuevos mecanismos de intervención militar directa, en un país que se ha vuelto una amenaza para toda América Latina, del mismo nivel que Israel en Medio Oriente.

El 30 de septiembre de 2010, un levantamiento policial en Ecuador, puso en riesgo la continuidad institucional y la propia vida del presidente Correa. Hubo una vez más, una clara complicidad de los EE.UU. en la desestabilización del proceso.

A estas situaciones mencionadas, se suman los operativos y ejercicios conjuntos de las FF.AA. latinoamericanas y norteamericanas, el adiestramiento a militares y policías latinoamericanos por militares estadounidenses y últimamente por sus colegas colombianos, que están asesorando incluso a jueces y legisladores en políticas “antiterroristas”, los avances en el establecimiento de bases para la posible presencia norteamericana en Paraguay (en Mariscal Estigarribia), los ejercicios militares que en octubre de 2010 se realizaron en la base de la OTAN en Malvinas, y otras muchas maneras de acentuar y “naturalizar” la presencia militar norteamericana o extranjera, basada en argumentos de persecución al narcotráfico, o a las fuerzas de un supuesto “terrorismo internacional” que ponen o sacan de los titulares de los medios de comunicación que ellos controlan, de acuerdo con las necesidades del momento.

También utilizan como “justificaciones” para la intervención directa, el control de fronteras realizado para combatir “la trata de mujeres”, el “tráfico de armas” o evitar las migraciones ilegales. Iniciativas todas que completan las políticas de control del territorio y de los pueblos.

Otras dimensiones de la militarización

Es necesario llamar la atención sobre la articulación de estas políticas militares, con otras acciones para las que concurre la llamada “sociedad civil”. Por ejemplo, las iniciativas legislativas como las Leyes Antiterroristas, votadas por los parlamentos de la mayor parte de nuestros países. Estos instrumentos legales



favorecen las políticas de persecución de los y las militantes populares, y llegan a auténticos procesos de exterminio como los que se desarrollan contra el pueblo mapuche en Chile, o contra los movimientos populares colombianos.

También actúan en esta perspectiva de “control de la población” las políticas de criminalización de la pobreza y de judicialización de la protesta social, que son moneda corriente para frenar las demandas sociales en nuestros países. Los medios de comunicación masiva realizan una importante acción dirigida a estigmatizar a los sectores excluidos por las políticas dominantes, capitalistas y patriarcales. Estigmatización del diferente, para generar miedo, romper las solidaridades, crear desconfianzas, y establecer nuevos muros que hagan de la fragmentación social un estado permanente.

Funcionales a estas políticas son algunas modalidades del accionar judicial, que utilizan mecanismos como el agravamiento de las figuras penales empleadas en los procesamientos, para fijar condenas más altas, y evitar las excarcelaciones. Así el castigo se produce en el mismo proceso. Las cárceles se han vuelto lugares donde la exclusión de los y las pobres se expresa con mayor crudeza –al igual que los lugares de encierro para menores- y donde, como en comisarías y otros centros de detención, son recurrentes los malos tratos y las torturas, tendientes al “disciplinamiento” de los cuerpos.

En el acervo de políticas de recolonización que posicionan a la derecha en el continente, el terror se resuelve en la combinación de la acción militar abierta, con la coerción simbólica que significa quedar rehenes de las políticas de exclusión que niegan a las personas como sujetos.

Por ello enfrentar estas políticas tiene como condiciones, avanzar en el reconocimiento de nuestras propias fuerzas, en la descriminalización de la protesta -reivindicando el derecho a luchar por nuestros derechos-, en la descolonización de nuestras maneras de estar y de sentir, de pensar y de vivir, en un enorme esfuerzo de desaprender lo aprendido. Es un proceso fundante de nuevas identidades, de nuevas prácticas, de experiencias de creación de poder popular, que sólo podremos encarar desde una perspectiva en la que lo local, e incluso lo nacional, se entrelacen con una clara articulación continental, indoamericana, mestiza, feminista y anticapitalista.

A ofensiva da direita na batalha das ideias: Métodos e instrumentos

*José Jonas Duarte da Costa**

*“Nesse instante pensei:
quão grande é o nosso povo,
quão invencível é uma idéia justa,
quão importante é acreditar no homem,
quão belo é lutar por grandes ideais...”*
Fidel Castro, 5 de Julho de 2000.

Introdução

Esse artigo procura analisar, de forma breve e introdutória, alguns aspectos ideológicos e culturais da ofensiva da direita no propósito de manter sua hegemonia e conseqüentemente a dominação de classes e a opressão às classes trabalhadoras no Brasil e na América Latina. O recorte temporal é feito a partir do desmanche da experiência socialista na União Soviética e no Leste Europeu. Para isso retrocedemos no tempo e reconstruímos aspectos importantes no panorama político internacional a partir do final da II Guerra Mundial e o início da Guerra Fria. Apontamos como objetivo fundamental do conservadorismo o combate aos ideais progressistas, socialistas e comunistas que, de alguma forma indique a defesa dos interesses dos trabalhadores e dos povos oprimidos.

Buscamos identificar alguns métodos, estratégias e atitudes que se encerram numa construção ideológica em defesa do imperialismo, do pensamento neoliberal, sobretudo, na apresentação do sistema capitalista como algo eterno, passivo de alterações apenas na sua forma de se impor. Discutimos o capitalismo apresentado como única possibilidade de sistema

* Professor da UFPB – Brasil.



social, experimentado pela humanidade seja no passado ou no futuro. Em outras palavras, inferimos elementos que, utilizados pela direita internacional e nacionais promoveram a hegemonização do pensamento conservador na América Latina. Damos ênfase, em especial, ao caso da sociedade brasileira.

O enfoque que daremos analisa a ideologia que alimenta a direita latino-americana, apoiada e associada à direita internacional, sob metodologias e estratégias pensadas e organizadas em espécies de laboratórios políticos estruturados pelas grandes corporações econômico-financeiras, por governos e consultorias políticas das grandes potências capitalistas do mundo. Essas, erguidas a partir da segunda guerra mundial, numa espécie de núcleos político-filosóficos de prevalência conservadora.

Adotamos para compreender o processo, o conceito de hegemonia abordado pelo teórico marxista italiano, Antônio Gramsci. Sobre a construção da hegemonia na sociedade civil Gramsci analisa o elemento ideológico como aspecto fundamental. Em uma frase. Não a dominação econômica, social e política sem a hegemonia no campo das ideias. Qualquer sistema social para se impor precisa de conquistar “mentes e corações” para sua realização.

Procuraremos evidenciar como e com quais objetivos, alguns elementos no âmbito cultural/educativo foram trabalhados no século XX, na direção de erigir um arcabouço ideológico favorável a manutenção e imposição dos objetivos da reprodução do capital.

Na América Latina, esse processo de construção de uma ideologia das classes dominantes para consolidação de sua hegemonia realizou e se realiza através de um instrumental gigantesco, compostos por organismos estatais e privados, equipados, capacitados e habilitados a construir, difundir e manter essa ideologia. Neste artigo recortaremos o elemento cultural-ideológico desse estratagema utilizado pelos setores hegemônicos da sociedade atual.

Procuramos abordar aspectos pouco analisados pela historiografia convencional que se dedica a essa temática, como o papel dos desenhos animados, gibis e programas infantis apresentados aos públicos do mundo inteiro como algo desinteressado, desideologizado e sem qualquer objetivo político. Também

procuramos analisar o papel desempenhado pela Universidade, nesse caso particular, a Universidade brasileira, na difusão de uma ideologia do pensamento único, vitorioso e de eternidade proclamados pelas vozes do sistema hegemônico dominante.

A ofensiva da direita durante a Guerra Fria

A construção desse arcabouço ideológico, erguido diretamente para combater ideologias progressistas, anti-colonialista ou vinculadas às lutas históricas dos trabalhadores se estruturou e se aperfeiçoou após a segunda guerra mundial. No apagar das chamas daquela Guerra, os Estados Unidos declararam uma ofensiva sem tréguas ao seu principal e temível inimigo histórico: o comunismo soviético (Hobsbawm, 1997).

Com o fim da 2ª Guerra, a superpotência imperialista atacou em três frentes consideradas estratégicas para sua dinâmica de acumulação, concentração e centralização de capitais. 1 – combater a União Soviética, seus aliados e os simpatizantes da causa comunista em todos os recantos do Planeta, como inimigo de classe; 2 – expandir sua dominação sobre novos mercados, necessários à nova fase de acumulação do imperialismo. Dessa forma tornaram-se inconvenientes alguns governos com características nacionalistas, especialmente na América Latina; e 3 – combater os movimentos de emancipação colonial quando estes enveredavam por processos de emancipação social (Vietnã, Argélia); apoiar quando se transformaram em possibilidades mercadológicas ao seu plano de expansão.

O histórico discurso do Presidente dos Estados Unidos, Harry Truman, em março de 1947, no Congresso Nacional, defendendo e justificando o direito dos Estados Unidos interferirem militarmente no embate político interno de Grécia e Turquia, desencadeando uma ofensiva militar em favor dos fascistas locais, no combate aos comunistas em luta, liderando amplas lutas populares pela tomada revolucionária do poder. O discurso de Truman inaugurou a batalha incessante dos imperialistas contra as idéias progressistas de emancipação das classes trabalhadoras, elegendo como inimigo principal do “mundo livre” as idéias e os ideais comunistas. O discurso de Harry Truman torna-se peça documental capaz de mobilizar a direita internacional no combate ao comunismo e qualquer ideia que tivesse indícios de luta emancipatória dos trabalhadores. A sistematização das idéias e a



elaboração de um método de análise e difusão criaram o que ficou conhecido como a Doutrina Truman.

O objetivo central da Doutrina Truman era aniquilar qualquer possibilidade de questionamento do sistema capitalista, em seu formato liberal ou autoritário. Para isso, medidas econômicas, políticas, sociais e culturais foram tomadas. No âmbito econômico, para Europa o Plano Marshall. Obedeceu a estratégia de unir o projeto de acumular capital ao de domínio hegemônico do pensamento político.

“A fim de garantir o desenvolvimento pacífico das nações, sem exercer pressão, os Estados Unidos assumiram a maior parte na criação das Nações Unidas. Mas só concretizaremos nossas metas, se estivermos dispostos a ajudar povos soberanos na manutenção de suas instituições livres e de sua integridade nacional contra imposições de regimes autoritários”¹.

No rastro da libertação do jugo nazistas, os movimentos populares europeus alcançavam o poder e construíam governos democrático-populares, alinhando-se à União Soviética. Para evitar que o processo do Leste Europeu tomasse conta de toda Europa, os Estados Unidos apoiaram economicamente os países do ocidente, obviamente obedecendo à lógica de grandes lucros financeiros ao cabo de suas ações. No campo social as grandes mobilizações populares na Europa impuseram significativas derrotas aos detentores do grande capital que se viram forçados a realizar importantes concessões aos trabalhadores, tornando-se significativas as conquistas das sociedades capitalistas, chamadas desenvolvidas. Liderado pelo pensamento social-democrata, uma série de benefícios sociais e trabalhistas resultou desse processo, procurando neutralizar as lutas populares, sindicais e políticas dos trabalhadores daqueles países por transformações radicais, atendendo suas reivindicações no campo do capitalismo. Foi à chamada “Era de Ouro” do capital, como denominou o historiador Éric Hobsbawm (Hobsbawm, 1997).

O instrumental utilizado na difusão dessas idéias e na conquista de mentes e opinião pública se tornou fundamental para a hegemonia do sistema. Demonizar os objetivos socialistas,

¹ www.dw-world.de/dw/article, 2010

comunistas, emancipatórios, progressistas e sacralizar os ideais do sistema capitalista em sua fase imperialista foram e são os princípios norteadores dessa batalha. Originalmente, desinformar, deformar e deturpar os princípios, as conquistas e realizações das experiências socialista na Europa do Leste passaram a ser o alvo dessa ofensiva ideológica.

O discurso e a elaboração teórica para classificar o inimigo e seus defensores se utilizavam da bipolaridade da Guerra Fria entre Estados Unidos e União Soviética, criando uma falsa e irracional dicotomia entre o bem e o mal. Na realidade essa bipolaridade escondia contradições e dilemas inerentes e insolúveis à sociedade capitalista, supervalorizando e distorcendo contradições e dificuldades realmente existentes na experiência do Leste Europeu.

A partir da Doutrina Truman, nas sociedades capitalista se difundiu a idéia de associar o sistema capitalista às conquistas e conceitos positivos e caros à humanidade; resultado das lutas sociais populares ao longo de sua história. Nesse período a sociedade capitalista não se assumia enquanto capitalismo, denominando-se “Economia de Mercado”, sociedade da “Livre Iniciativa” da “Democracia”. Associaram “Democracia” e “Liberdade” ao capitalismo, contrapondo-se ao “Comunismo Soviético” de caráter “Totalitário”. Já em 1947 o movimento comunista internacional denunciavam os propósitos da Doutrina.

“A Doutrina de Truman é uma tentativa de fazer um novo e grande avanço para o imperialismo americano. Na esperança de assustar os Estados mais fracos, levando-os à completa dependência dos Estados Unidos, os monopolistas americanos procuram, na forma de uma coalizão anti-soviética, fazer novas e grandes penetrações nos impérios britânico e francês; ao mesmo tempo, os monopolistas americanos procuram tomar posições de onde possam exercer pressão sobre a União Soviética, com a possibilidade de um ataque eventual. No processo, os monopolistas americanos desejam entrincheirar-se nos ricos depósitos de petróleo do Oriente Próximo e, por meio do controle desse petróleo, conquistar posição predominante sobre os seus próprios aliados, dele dependentes” (Problemas, 1947).

Não é objeto desse artigo analisar o sistema soviético nem dos países do Leste Europeu no pós- 2ª Guerra, onde se experimentou



uma sociedade alternativa ao capitalismo. Certamente, porém, a realidade daquelas sociedades foi muito distante da imagem construída na parte capitalista do mundo. Por outro lado, as desigualdades sociais, regionais; a miséria e a fome; os problemas de saúde, a chaga do analfabetismo, os dilemas da falta de educação formal e toda uma sorte de mazelas sociais comuns à periferia do sistema capitalista, denunciavam o escândalo do sistema, seu DNA autoritário, excludente, desumano.

A segunda parte da estratégia ofensiva ideológica da direita conservadora buscava a afirmação da *superioridade* e da *eternidade* do modo capitalista de produção. Nesse particular o uso das novas tecnologias e dos meios de comunicação de massas se tornaram os instrumentos fundamentais para alcançar seus objetivos e hegemonizar seu ideário. Sob a Guerra Fria a hegemonia e liderança dos Estados Unidos faziam-se necessárias. Tratava-se da potência ocidental, capaz de proteger o “mundo livre” do perigo comunista. Em função desse pensamento se forjava uma unidade entre as diversas nações que compunha o Bloco capitalista. Dessa forma, a difusão do modo de vida estadunidense, o chamado “*American Way of Life*”, passou a ser o expoente da estratégia. Associando o padrão de consumo e de vida da classe média daquele país à liberdade de escolha, à liberdade de ir e vir, à liberdade de expressão e, sobretudo, a possibilidade de ascensão social. O objetivo era vender o capitalismo estadunidense como o paraíso terrestre e o sonho de todos os seres humanos da Terra. Para isso a indústria cinematográfica, a televisão, a imprensa escrita e todas as formas de Comunicação Social foram utilizadas. Desde as histórias em quadrinhos escritas em filipetas de jornais e gibis, passando por filmes e seriados de TV, até desenhos animados aparentemente ingênuos dirigidos ao público infanto-juvenil disseminava o modo capitalista de produção e o estilo de vida dos Estados Unidos. Na realidade de parte da população estadunidense, pois os percalços do cotidiano de milhões de patriotas estadunidenses vítimas da discriminação racial, viventes sob o desemprego e em condições sociais desumanas eram efetivamente obscurecidos nas produções fantasiosas do universo cultural produzido para alardear as vicissitudes do sistema.

No início dos anos 70, no Chile, os autores Ariel Dorfman e Armand Mattelart procuraram analisar aspectos ideológicos de autores

norte-americanos dirigidos ao público infantil. Sob o título: *“Para ler o Pato Donald – Comunicação de massa e colonialismo”* (1971), os autores analisam o que estaria por trás das aparentemente inocentes histórias de Walt Disney. Para eles o objetivo central era divulgar e acentuar os valores liberais capitalista do mundo.

O que dizer, por exemplo, do Tio Patinhas? Personagem que se tornou mundialmente popular, criada e difundida a partir de 1947, por, Carl Barks em paralelo a Guerra Fria. O Tio Patinhas colocava o processo de acumular dinheiro acima de todos os demais valores da sociedade, mesmo assim, apesar de “muquirana” e extremamente rico, o velho Patinhas era simpático e bondoso, valores a ressaltar no capitalismo estadunidense. Trabalho e economia ou, trabalhar e economizar seriam os mecanismos de ascensão social. À história de “esperteza” do Tio Patinhas, vinculava-se a persistência e a obsessão em tornar-se milionário a qualquer custo, evidenciando aos povos do mundo a meritocracia da riqueza e despertando em cada um a ilusão de que qualquer indivíduo poderia ser milionário tanto como conseguira o esforçado Patinhas, que simbolicamente passou-se a chamar-se como a um parente próximo, um “Tio Patinhas”. Essa ideia procurava formar o lastro moral de uma geração, inseminando valores básicos do capitalismo estadunidense. Dessa forma se estabeleciam as relações capitalistas de produção como algo dado, imutável e o mais acentuado: justo. Esses valores apareciam e/ou aparecem nas produções estadunidenses aparentemente sem importância, “distraidamente”, mas compuseram o ideário hegemônico do sistema.

De forma que concretizasse como o ideal máximo do ser humano e a única condição para alcançar a felicidade o acúmulo de riquezas e que isso seria sempre possível.

“Em uma das histórias, Donald viaja para a longínqua Congólia. Os negócios do Tio Patinhas não estão dando lucro porque o rei local proibiu seus súditos de comprarem presentes de natal e os obriga a dar-lhe todo o dinheiro. Ao chegar de avião, Donald é tido como um poderoso mago e convertido em rei (como são supersticiosos esses subdesenvolvidos, pensa o leitor). ‘O antigo rei não era homem sábio como você’, diz um congoliano. ‘Não nos permitia comprar presentes’. Efetuadas as vendas de natal, Donald devolve a coroa ao rei com a condição de que ele sempre permita



que seus súditos comprem presentes nas lojas do Tio Patinhas. Moral da história: o rei aprende que para governar deve se aliar aos estrangeiros e que jamais deve intervir no lucro destes. O livro de Dorfman a Mattelart desmascarou a propaganda imperialista presente em histórias como essa” (Gian Danton, 2009).

Parte da produção cinematográfica dos Estados Unidos foi de grande exaltação do seu nacionalismo ufanista, imperialista, apresentando em vários momentos os Estados Unidos como os salvadores do planeta. Para isso construíram como o seu herói nacional um ser ficcional nacionalista e aguerrido na proteção dos desvalidos. Difundiram assim o “*Supermam*”. Nada mais propagandístico da superioridade de um sistema social e político que se propõe salvador da humanidade. Hegemonicamente foi essa a ideia exportada pelo cinema estadunidense. Além da difusão dos valores liberais e consumista daquela sociedade.

Muito útil nessa direção foi o trabalho da dupla Willian Hanna e Joseph Barbera, confessadamente anticomunistas, que criaram, com apoio governamental, ao final da 2ª Guerra, a mega empresa Hanna-Barbera, com o intuito de reproduzir em massa suas “estórias” em desenhos animados, segundo eles mesmos, baseadas no cotidiano estadunidense. Com o argumento de se reproduzir aquele modo de vida como eterno, estático e inalterável, tanto para o passado como para o futuro, alguns desenhos animados com reproduções emblemáticas das relações capitalistas de produção foram levados à tela de TV, em horário nobre. Originalmente nos Estados Unidos e posteriormente exportadas a todo o “Mundo Livre”.

Os desenhos animados “*Os Flinstones*” e “*Os Jetsons*” são representações caricaturadas da eternidade da sociedade capitalista. Os Flinstones nos levam a um passado remoto, na Idade da Pedra, mas com as mesmas relações de produções capitalistas do presente estadunidense: com patrão, exploração, baixos salários, desemprego, acumulação capitalista e lógico a extração de mais-valia. O objetivo não declarado é dizer aos assistentes que o mundo sempre se organizou sob essas regras, dividido em classes sociais, com empresas capitalistas, exploradores e explorados. Desde os “tempos das cavernas”. Naquele desenho, como na sociedade estadunidense, as inovações tecnológicas aparecem como a possibilidade de se alcançar conforto e

dignidade. Não se indica no horizonte uma alternativa de ruptura daquelas condições de exploração dadas. A “felicidade” se alcança com a aquisição de novos aparelhos tecnológicos representados por uma adaptação de animais pré-históricos para uso doméstico. O desenvolvimento tecnológico e o consumo seriam capazes de suprir todas as necessidades humanas. Da mesma forma “*Os Jetsons*”, um desenho animado, dos mesmos autores e com o mesmo enredo, só que agora em um futuro remoto. Mas com as relações capitalistas de produção rigorosamente mantidas. Capitalistas e operários se enfrentam em interesses contraditórios que sempre são resolvidos dentro do sistema. Sempre pela tecnologia. Tanto nos “*Jetsons*” como nos “*Flinstones*” o impulso consumista é ressaltado e a realização desse consumo sinônimo de felicidade plena. Para a autora.

“Mais grave que os conteúdos violentos apresentados nos desenhos animados e a sua influência na formação emocional e sexual precoce das crianças, são os conteúdos que abrangem pontos de vistas sociológicos, políticos, culturais, poder/autoridade, enfim; muitas vezes, esse tipo de conteúdo visa o acultramento, ou pior, pretende dominar a massa a fim de perpetuar o sistema político e econômico hegemônico” (Carvalho, 2009).

Na mesma direção da produção cinematográfica – televisiva desenvolveu-se a produção artístico-cultural em outras dimensões, como a dimensão teatral e, sobretudo, a musical. Durante a Guerra Fria houve uma espécie de “imperialismo sonoro”.

Não cabe, nesse artigo, aprofundar e detalhar os mecanismos e subterfúgios culturais e ideológicos utilizados para conquistar mentes e corações contra a emancipação dos povos oprimidos no período da Guerra Fria. Os exemplos acima citados são mostras suficientes de como a direita política se utilizava dos diversos instrumentos de comunicação ao seu alcance para propagandear uma suposta superioridade e a eternidade do sistema capitalista. No entanto, as contradições inerentes ao sistema e a permanente luta dos trabalhadores em defesa de seus interesses em maior ou menor grau de enfrentamento da luta de classes, amparados pela bipolaridade entre capitalismo e socialismo permitiu às classes trabalhadoras no período alcançarem importantes vitórias e produzir sistematicamente uma resistência cultural de caráter libertador, igualitário e socialista na batalha das ideias. Embora



hegemônica, o corpo de ideias difundidos pela direita durante a Guerra Fria encontrou resistência e a formação de uma contra-hegemonia ideológica e cultural que, mesmo em condições materiais e objetivas bastante inferiores aos das burguesias dominantes, conquistaram significativas vitórias na batalha das ideias.

Os novos instrumentos da direita sob a unipolaridade

O fim da União Soviética e o desmanche do chamado Bloco Socialista foi, sem dúvidas, a maior vitória alcançada pela direita internacional e seu arcabouço ideológico estruturado a partir do início da Guerra Fria. Ainda não há, e certamente não será obra de um único autor ou de um único título, estudos profundos que analisem com alto grau de credibilidade as principais causas do que ocorreu na experiência do socialismo no século XX. Sente-se, porém, que a queda da União Soviética abalou sensivelmente as esquerdas de todo o mundo. Mais que isso, ouriçou a direita e redirecionou sua ofensiva ideológica, conquistando campos e espaços, outrora hegemônizados pelo pensamento político e ideológico da esquerda.

O desmanche da União Soviética e do chamado Bloco Socialista do leste europeu foi proclamada pela direita como a vitória de sua ideologia. Como a vitória do ideário capitalista. Juntamente ao desmanche da União Soviética se construiu o discurso triunfante de que se havia consolidada a ideia de superioridade e eternidade do capitalismo. Para isso se difundiu a ideia de “fim da história”, pois, com o término da luta de classes e dos embates ideológicos, alcançamos finalmente, a condição de se caminhar para a construção de uma civilização em paz, sem as contradições e os embates apontados pelos setores de esquerda, especialmente da esquerda marxista.

Dos escombros da experiência socialista do século XX emergiu um mundo objetivamente mais contraditório e mais complexo política, econômica e socialmente falando; mas sob o domínio imperial de uma superpotência, com poderes jamais conhecidos na história da humanidade. Um mundo que se pretende unipolar. Com uma única verdade, o pensamento neoliberal. Com uma única possibilidade, o capitalismo.

Sob a nova realidade, a ideologia burguesa neoliberal ganhou contornos de verdade absoluta e reestruturou sua ofensiva ideológica e cultural sob nova dimensão e propósitos, reelaborando e revalorizando velhos paradigmas. De fato passou a uma ofensiva sem precedentes em nossa história. Procurou se apropriar de novos instrumentos de difusão de sua ideologia, aperfeiçoar e ampliar seus métodos de convencimento.

Se no período anterior a direita necessitava alcinhar a experiência socialista europeia de autoritária, totalitária e incapaz de promover a emancipação e a felicidade humana. Nessa nova fase procura evidenciar a falência, a incapacidade e o anacronismo das propostas cunho socialistas ou de contestação da ordem capitalista capitaneada por sua liderança imperialista, os Estados Unidos. Nessa nova fase, a direita apresenta a experiência socialista europeia do século XX como um “acidente” da história, prontamente superadas pelas idéias liberais, tanto como o nazi-fascismo. Nessa direção, o discurso ideológico assume uma nova dimensão teórico-metodológica, onde os fundamentos de uma sociedade democrático-burguesa, ou de qualquer caráter político que sirva aos ideais imperialistas, sob os princípios das relações capitalistas de produção são o último grau da evolução histórica do ser humano, são o que de mais avançado a humanidade poderia conquistar.

Desenvolve-se realmente, em campo aberto, uma ofensiva ideológica contra qualquer propósito de contestação da ordem burguesa imperialista. Essa, como vitoriosa procura ocupar todos os espaços de disputa do pensamento humano como força hegemônica, capaz de harmonizar a construção de um ideal de sociedade.

Dessa forma, além do domínio absoluto dos meios de comunicação, como ponta de lança dessa ofensiva ideológica, passaram a contar com um novo instrumental desse propósito, a academia. Nessa nova fase da ofensiva ideológica do sistema, um importante diferencial tem sido o universo acadêmico científico. O “modelo” neoliberal empregado a partir dos anos 80 desestruturou sindicatos, desmobilizou movimentos sociais, desarranjou organizações políticas de esquerda e tornou-se hegemônico no debate político-ideológico nos centros universitários, científicos. A intelectualidade e a academia que no passado foram importantes centros de resistência ao ideário da direita transformaram-se em correias de transmissão do pensamento conservador de direita, aderindo ao ideário neoliberal.



Com um sistema educacional público deficiente, frágil e vulnerável à voracidade e as necessidades mercadológicas, jovens e profissionais do meio acadêmico – científico viraram presas fáceis aos objetivos da direita, no propósito de dominar ideologicamente os protagonistas sociais, sujeitos fundamentais no processo de formação da opinião pública. Mantendo o grau de informação, criticidade e criatividade no meio acadêmico-universitário, em níveis sempre muito baixo, os arautos do pensamento burguês neoliberal difundem sua ideologia praticamente sem resistência, como verdades absolutas, sem contraponto capaz de gerar debate e propiciar alternativas ao sistema dominante.

Para alcançar estes propósitos a direita neoliberal se apropriou do estado nos anos 80 e 90 e o reorganizou em setores estratégicos como os centros educacionais universitários para obter logros em seus intentos.

A flexibilização dos centros universitários de pesquisa e da educação pública estatal em geral, para criar “parcerias” com o setor privado alterou e redirecionou os rumos e o sentido da pesquisa científica, especialmente na América Latina. O setor privado passou a determinar os objetivos das pesquisas nestes centros, fossem de caráter eminentemente tecnológico ou de cunho filosófico e social. Na estrutura vertical que se estrutura a educação e a produção científica, o sistema educacional adequou-se a essas diretrizes. Em outras palavras, o setor privado passou a determinar o sentido da produção do conhecimento nas universidades e institutos científicos, mesmo nas instituições públicas. Programas de Pós-graduação e mesmo cursos de graduação em nível superior e técnico adaptaram-se ao sistema, anulando ou reduzindo a capacidade crítica e criativa desses sujeitos. Segundo Roberto Leher.

“É importante ressaltar que o Estado vem subsidiando com recursos públicos diretos ou indiretos o setor privado, de modo sistemático, desde a ditadura empresarial-militar. Cardoso foi generoso na concessão de benefícios para as instituições ditas filantrópicas e subsidiou o crescimento do setor empresarial (particular) com vultosos recursos do BNDES. Com o ProUni o Governo Lula avançou na transferência de recursos públicos para as instituições com fins lucrativos. Ademais, a ação do Estado em favor das fundações de apoio que proliferam nas universidades

públicas opera no mesmo sentido da hipertrofia da esfera privada. Assim, as políticas concretas que estão em curso desde o governo empresarial-militar estão hipertrofiando a esfera privada, corroborando a análise de que o Estado capitalista é ele mesmo particularista. O público, como uma categoria relacional, encontra-se debilitado pela correlação de forças entre as classes fundamentais e o intento de diluição das fronteiras que o opõe ao privado-mercantil é parte da ofensiva ideológica neoliberal” (Leher, 2006).

A ofensiva e a vitória da direita neoliberal nos anos 90 produziram mudanças substanciais no sentido da produção de conhecimento nos centros de estudos acadêmico-científicos. Houve, na realidade uma guinada nos seus objetivos paradigmáticos. Se antes o conhecimento e o profissional recém saído desses centros seriam instrumentos da construção da cidadania, agora passaram a ser instrumento de formação e mão-de-obra acrítica para uma esperada expansão mercadológica. Ou seja, as universidades e os centros de pesquisas nessa nova fase do capitalismo, sob a ofensiva ideológica neoliberal existem unicamente para atender o “mercado” capitalista.

Há, contudo, que se observar que as contradições inerentes ao sistema capitalista são insolúveis nele mesmo. E que, mesmo com essa “sobrada” hegemonia, surgem contestações de todos os tipos, em toda parte e de todas as formas à sua dominação. A força militar repressiva empregada pelo imperialismo não tem sido suficiente para barrá-las. Mesmo com todo o aparato político-ideológico, povos de todo o mundo se levantam contestando a velha ordem arcaica, disseminadora de misérias, fome e violências. O monopólio dos meios de comunicação não consegue controlar de todo as informações e difundir suas ideologias. Novos mecanismos de comunicação e difusão dos ideais socialistas e emancipatórios ressurgem.

Os dilemas socioeconômicos, políticos e ambientais erigidos pela ordem imperialista impulsionam a novas ideologias, novas contestações.

A América Latina se tornou o centro dessa nova era de embates ideológicos que se travam entre a dominação imperialista e a emergência de novos processos contestadores da ordem capitalista. As diretrizes políticas, socioeconômicas e culturais empreendidas pelo dirigente da Revolução Bolivariana na



Venezuela, Presidente Hugo Chávez; os processos desencadeados pelos movimentos sociais na Bolívia, liderada por Evo Morales; as lutas populares e a Revolução Cidadã no Equador de Rafael Correa; a vitória alcançada pelos sandinistas na Nicarágua e diversos processos eleitorais e de movimentos sociais políticos de grande importância em *Nuestra América* indicam que os povos oprimidos e colonizados há séculos por mercadores e imperialistas capitalistas, se levantam e possibilitam aos trabalhadores de todo o mundo recomponem suas esperanças.

A organização da ALBA, com a participação vitoriosa de Cuba Revolucionária, símbolo maior da capacidade humana de resistir e indicar que outro mundo é possível. A se erguer sobre pilares profundos de uma nova consciência humana, alicerçada na liberdade e na solidariedade, também confirmam que na batalha das idéias, os povos oprimidos pela ordem imperialista também dispõem de instrumentos indestrutíveis e de uma retaguarda invencível.

Bibliografia

Carvalho, Carla Cristina Nunes de Oliveira A Ideologia dos Desenhos Animados. In: www.alexandrehistoria.blogspot.com

Danton, Gian Uma análise de Para ler o Pato Donald – Cultura de massa e colonialismo. In: www.zequinhabarreto.org.br. Socialismo e Democracia.

Gramsci, Antonio 1978 *Concepção dialética da história*. 2ª ed. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

Hobsbawm, Eric J. 1997 *Era dos extremos. O breve século XX. 1914-1991*. 2ª ed. São Paulo: Cia das Letras.

Leher, Roberto “Universidade no Brasil e na América Latina: tensões e contradições entre o público e o privado”. In: SILVA JÚNIOR, João dos Reis, Oliveira, João Francisco de &

Mancebo, Deise (Orgs) *Reforma universitária: dimensões e perspectivas*. Campinas: Alínea, 2006. (Coleção políticas universitárias).

Starobin, Joseph 1947 A Doutrina Truman. In: *Revista Problemas*, 1947.

Truman, Harry. Discursos. In: www.dw-world.de/dw/article.

II. LA SITUACIÓN EN LA REGIÓN



¿Se viene la derecha en la Argentina?

*Julio C. Gambina**

Resulta complejo el análisis político con los calificativos “izquierda” y “derecha”, conceptos bastardeados en el último tiempo, no solo en la Argentina.

El sentido común identifica a la izquierda con los partidarios de la transformación de la sociedad, de su orden social (relaciones sociales de producción), con satisfacción de necesidades y derechos sociales, en la perspectiva de un desarrollo independiente, autónomo de toda dominación. Con más precisión podría agregarse que son de izquierda aquellos que bregan por una sociedad anticapitalista, sin explotación, por el socialismo. En todo caso, ambas acepciones expresan variantes y debates en el arco de la izquierda. A la derecha se la asocia con el conservadurismo (las tradiciones de una cultura) y toda forma de gobierno a favor de la oligarquía, el capital externo y la gran burguesía local.

Más preciso sería indicar a los primeros, la izquierda, como expresión de las clases subalternas y a los segundos, la derecha, como fenómeno político de las clases dominantes. Se incluyen en esta acepción, una gran variedad de grupos sociales, políticos y concepciones e ideas diversas.

Entre los cambios operados en el ámbito mundial entre 1989 y 1991 luego de la caída del socialismo en el Este de Europa, la confusión entre izquierda y derecha se agiganta, con fragmentaciones en grupos, partidos, instituciones, movimientos

* Profesor Titular de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario, UNR. Doctorando en la UBA. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP. Integrante del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.



o coaliciones, que disparan orgánicas más o menos homogéneas a toma de posiciones diferenciadas. Más en nuestro país, la Argentina, con casi tres décadas de gobiernos constitucionales (1983-2010) que han mantenido, en esencia, los regresivos cambios estructurales ocurridos desde la dictadura genocida (1976-1983), acrecentados en la infame década de 1990. Sin embargo, no puede igualarse a todos los turnos constitucionales, y es correcto señalar momentos diferentes en la aplicación de las políticas públicas, especialmente condicionados por la lucha social y política del movimiento popular.

La pueblada de 2001¹ fue un punto de inflexión e instaló la resistencia de la mayoría de la sociedad, especialmente del movimiento popular, al discurso explícito por la política neoliberal, encausado políticamente desde 1976. Ni siquiera Mauricio Macri², claramente identificado a la derecha del arco político, en el 2007 no asumió con un discurso al estilo de los 90', pues la sociedad no lo hubiese aceptado, del mismo modo que no pudo aplicar sus propuestas más radicalizadas (hacia la derecha) en sus dos años de gestión, debido precisamente a la movilización y resistencia popular. No en vano en la actualidad parece frustrarse su proyección, por procesos judiciales que impactan en su continuidad al frente del gobierno de la ciudad capital de la Argentina.

Conflicto agrario y elecciones de medio turno

Con la crisis política desatada en 2008³ se hizo muy común en la Argentina la consigna “se viene la derecha”, ya utilizada con el triunfo electoral del PRO (Propuesta Republicana) en la Ciudad de Buenos Aires en las elecciones para Jefe de Gobierno de 2007. La consigna identificaba así al lockout del campo (marzo a julio de 2008) como manifestación de la “derecha” y claro, el fenómeno se alimentaba con la imagen del primer partido orgánico de la derecha que ganaba una elección bajo normas constitucionales:

¹ El 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjeron movilizaciones populares en las grandes ciudades, y en la Capital Federal, que condenaron al régimen político y provocaron la renuncia del gobierno. Se habilitó entonces un importante momento de disputa política que puso en crisis a la sociedad y a la política.

² Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la Capital Federal. Electo en diciembre de 2007 y con mandato hasta diciembre de 2011.

³ Conflicto entre el gobierno y sectores agrarios por la disputa de la renta agraria. Se discutía (aún se discute) la magnitud y extensión de los impuestos a las exportaciones (retenciones) a productos primarios.

Mauricio Macri, Jefe de Gobierno de la Ciudad Capital del país para el periodo 2007-2011.

Las elecciones porteñas de 2007 y la protesta patronal agraria de 2008, se constituían en expresión de una derecha con votos y capacidad de movilización (cortes de ruta y actos masivos). Toda una novedad para una parcialidad de la política que en el siglo XX, luego de la Ley Sáenz Peña de 1912 (voto universal para hombres), la fracción derechista había gobernado bajo procesos de “golpes de Estado”, especialmente entre 1930 y 1983. Las experiencias de “derecha explícita” fracasaron con la Nueva Fuerza en 1973⁴ y con la Unión del Centro Democrático⁵ (UCD), en el ciclo iniciado en 1983. Los intentos militares por perpetuarse, luego de culminadas las dictaduras, también fracasaron.

En rigor, la derecha, más allá de los gobiernos anticonstitucionales, puede ser visibilizada al interior de los partidos tradicionales hegemónicos: la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ). Antes del golpe de 1930 y luego del sufragio universal, está claro que la presidencia de Marcelo T. de Alvear (1922-1928) está a la derecha de la de Hipólito Irigoyen (1916-1922 y 1928-1930) y que aún en las dos presidencias irigoyenistas, pueden encontrarse expresiones políticas del pensamiento y la práctica de la derecha, en funcionalidad con las demandas de la clase dominante. Son casos emblemáticos, la “semana trágica” por la represión a los trabajadores de los talleres metalúrgicos Vasena en Buenos Aires de 1919, y la represión a los trabajadores rurales de la Patagonia en 1920-1921⁶.

Bajo gobiernos peronistas también está clara la diferencia al interior del partido y del, o de los gobiernos. No solo la diferenciación entre el primero y el segundo gobierno de Perón (1946-1952 y 1952-1955), más progresivo el primero, especialmente por el impulso a la constitución de una nueva subjetividad del

⁴ Liderada por Álvaro Alsogaray, impulsor del liberalismo a ultranza y expresión de las concepciones monetaristas propagandizadas en los años 60' y 70' por Milton Friedman (Economista de la Escuela de Chicago, EEUU, galardonado con el Nobel de Economía en 1976). No logró representación parlamentaria.

⁵ Liderada por Alsogaray, logró representación electoral desde 1987 y luego como aliado del menemismo sobrevivió en la década del 90', para luego perder toda participación parlamentaria.

⁶ Entre otros textos, sobresale la exhaustiva investigación de Osvaldo Bayer sobre los sucesos de la lucha y represión de los obreros de la Patagonia.



movimiento de trabajadores. Incluso pueden encontrarse diferencias con el tercero (1973-1974) donde emergió una propuesta política y social por la liberación contra la dependencia, especialmente estimulada por un clima de época en la región latinoamericana y mundial. La principal diferencia al interior del peronismo se presenta entre estos gobiernos (con Perón al frente) y los de Carlos Menem (1989-1995 y 1995-1999), claramente a la derecha, y aún, en fuerte contraste, entre este período “peronista” (menemista) y el breve gobierno de Héctor Cámpora (1973), quizá el momento de mayor radicalización del peronismo. A modo de anécdota vale comentar que recién asumido Néstor Kirchner (2003-2007) fue consultado sobre el carácter de su gobierno, si de izquierda o de derecha. La respuesta fue, como ya lo había dicho Perón, ni lo uno ni lo otro, peronista⁷.

El problema radica en el lugar de la “derecha” en la lucha política. Si se considera el lockout del campo en 2008, se encontrarán sectores del gobierno alineados históricamente con los grupos conservadores de la política. Daniel Scioli, en ese tiempo al frente de la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, había llegado a la política de la mano de Carlos Menem, del mismo modo que Mauricio Macri, ganador de la elección porteña en junio de 2007. Es difícil encontrar diferencias, aún matices, en el alineamiento ideológico (a la derecha) entre ambos dirigentes políticos, sin embargo, Scioli se alineó con las posiciones del Poder Ejecutivo Nacional, en tanto parte del gobierno y Macri, apoyaron las protestas de los ruralistas. Un análisis minucioso de la mayoría de los gobernadores de la Argentina, los encontrará, con escasas excepciones, asociados a variantes diversas de la derecha provinciana, funcional a las clases dominantes locales.

⁷ En el Diario La Nación del sábado 13 de agosto de 2005 se publicó la nota: “El peronismo no es de izquierda ni de derecha”, donde se expresan las opiniones de José Díaz Bancalari, conocido dirigente del PJ. La nota dice “...el diputado explicó que el peronismo es el que conduce y otras fuerzas se suman, como lo hicieron en los orígenes comunistas y conservadores, que fueron ministros del primer gobierno de Perón [Juan Domingo] y eso no significa que se tuerza el pensamiento. El peronismo tiene una doctrina que quienes participamos desde hace tiempo no desconocemos: no somos ni de derecha ni de izquierda. Recordó que Perón en su último discurso dijo que “en este camino nos vamos a encontrar con muchos bandidos que nos querrán tirar para la izquierda o para la derecha, pero no nos vamos a dejar tirar para ningún lado”, y en los 70 esa diferencia se marcaba con una consigna: no yanquis ni marxistas, peronistas”.

Para adicionar complejidad, veamos el caso del Vicepresidente Julio Cobos. Este emergió como el líder de la oposición de derecha, con su voto contra el gobierno en el Senado, en julio de 2008 (“voto no positivo”). Desde entonces está alejado de su compañera de fórmula, Cristina Fernández, pero continúa ejerciendo la titularidad del Senado de la Nación. Ambos (Fernández-Cobos) fueron electos en octubre de 2007 en primera vuelta (45% de los votos), como parte de una misma fórmula presidencial. Asumieron sus cargos en diciembre de ese año, y entraron en crisis 90 días después, separados por la disputa de las retenciones a las exportaciones agrarias. Cobos rompió oportunamente con la UCR para aliarse con el PJ liderado por Kirchner. La “concertación” entre sectores del PJ y de la UCR que ponía de manifiesto la fórmula presidencial, pretendía brindar una imagen de renovación (por izquierda) contra la impronta neoliberal de la derecha que hegemonizó los gobiernos de Menem (1989-1999) y de De la Rúa (1999-2001), líderes del peronismo y el radicalismo.

Vale la pena mencionar que estamos concentrando el análisis en la esfera de la disputa partidaria. En rigor, la discusión sobre derecha e izquierda atraviesa otros ámbitos de la organización social, con especial incidencia en la esfera ideológica y cultural. Remito al papel de los medios de comunicación y a la Iglesia, entre otras formas que asume la disputa, por el sentido del pensamiento y la práctica de la sociedad.

¿La disputa es derecha contra izquierda?

La disputa política en todo el mundo está condicionada por la crisis capitalista, y de algún modo por la historia de las crisis del capitalismo. La crisis del 30’ (en rigor, entre 1914 y 1945) se terminó “resolviendo” al final de la segunda guerra mundial, instalando la bipolaridad de la confrontación entre el socialismo y el capitalismo. En esas condiciones quedaba delimitada la izquierda y la derecha, incluso matices intermedios que llevaron a justificar una “tercera posición”.

La crisis de los 60’ y 70’ fue la excusa para la emergencia de la revolución conservadora (neoliberalismo) y terminó con la bipolaridad hacia comienzos del 90’, desdibujando en el imaginario social la posibilidad de la disputa anticapitalista y con ello, deslegitimando, aún parcialmente, la división entre izquierda y



derecha, aunque claro, los más radicalizados neoliberales asumían la revancha por derecha contra la izquierda “keynesiana” hegemónica entre 1930 y 1980, máxime con la caída de la izquierda soviética (1917-1991). Los 20 años transcurridos desde la ofensiva neoliberal (1990-2010) dejan el saldo de la crisis actual y unas políticas anti crisis que no reniegan de la liberalización, expresión concentrada del programa vigente de las clases dominantes. En clave de derecha e izquierda, la ofensiva sigue estando en la derecha, desde la constitución de la ofensiva del capital contra los trabajadores. Es una realidad que pone de manifiesto la restauración conservadora neoliberal. La resistencia popular a la renovada ofensiva del capital (en un marco de crisis mundial) es aún débil, salvo claro está, la experiencia de cambio político que muestra la región latinoamericana y caribeña de la primera década del siglo XXI.

Es en ese marco que debe pensarse el debate entre izquierda y derecha en el mundo, la región, y la Argentina. La ofensiva reaccionaria tiene cuatro décadas, y en el camino terminó con la bipolaridad, sin poder establecer una hegemonía estable con consenso global. Es un periodo hegemónico por EEUU con su poder económico (pese a sus límites estructurales), militar (aún con empantanamientos y probables derrotas), e ideológico (simbólico). En la otra esfera del conflicto y en la lucha de clases, pueden pensarse los procesos de construcción (intentos) de alternativa política. En ese sentido, el año 2001 tiene dos momentos de interés para considerar. Uno es la respuesta del Foro Social Mundial (FSM) convocado en enero de 2001, al emblemático Foro Económico Mundial (FEM) existente desde 1971 (Foro de Davos). El otro es la pueblada de diciembre en Argentina. El primero expresa la convocatoria a un movimiento de movimientos en el mundo, aún en discusión sobre su rumbo, formas de organización y movilización, tareas y hegemonía en su interior. El segundo, producido a escasos días de la ofensiva militarista de EEUU luego de los atentados del 11S, y que en el mundo se leyeron como una crítica a las políticas fondomonetaristas y neoliberales.

Estamos apuntando a un movimiento cíclico de la lucha de clases, a una dinámica de ofensivas y contraofensivas, donde los momentos de “crisis explícita y visible” del régimen del capital permiten saltos cualitativos en la definición transitoria de la

conflictividad entre las clases, por organizar la sociedad. Enfatizamos en lo explícito y visible, para remitirnos a momentos emblemáticos como la crisis del 30', la de mediados de los 70' o en la actualidad, puesto que la crisis es permanente, es la forma de funcionamiento del régimen del capital. Que no sea visible como fenómeno para la sociedad, o manifestación de las cuentas macroeconómicas, no implica la inexistencia de crisis en el proceso de valorización de los capitales.

Nuestra hipótesis apunta a syndicar a esos pocos momentos históricos de crisis, como "oportunidades" para el cambio, o la variación de las relaciones sociales, en sentido progresivo o regresivo. Más explícitamente aún, en torno a la crisis de 1874-76, la primera gran depresión capitalista, se establece la oportunidad en sentido contrario, con la experiencia de la Comuna de París (1871) ahogada en sangre por la represión del poder, tanto como la oportunidad de despliegue de un nuevo paradigma teórico en la Economía Política: la escuela neoclásica (de Karl Menger a Alfred Marshall entre 1871 y 1890), en oposición a la crítica de Carlos Marx a la escuela clásica (en 1867 ya se había publicado el Tomo I de "El Capital"). El monopolio surgido del producto de la concentración y centralización del capital entre 1860 y 1880 (Lenin, en El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo) necesitaba un nuevo paradigma teórico y el cambio de las preguntas científico-técnicas, de la historia a la matemática, de la escuela clásica a la neoclásica, de Smith y Ricardo a la escuela austríaca (Menger) y a Marshall. La crisis habilitaba la disputa del orden social, del mismo modo que en torno de 1930, con una realidad desafiante por la existencia del socialismo soviético (1917), lo que condicionó en el capitalismo una salida reformista a la crisis, el Estado de Bienestar y las políticas keynesianas.

Lo que afirmamos es que la ofensiva del capital en plena crisis de los 60' y 70', y actuando desde el terrorismo de Estado, en el Cono Sur de América, proyectó su iniciativa liberalizadora, de "derecha", imponiéndose en un proceso continuo en los últimos 40 años (1970-2010). Esa ofensiva, sugerimos, encontró límites en torno a los acontecimientos de 2001. No curiosamente ese es un año también de crisis y recesión en EEUU y la economía mundial. La respuesta estadounidense fue el endeudamiento deliberado de familias, empresas y gobierno, junto a la aceleración de la



militarización de la sociedad mundial. El trayecto recorrido desde entonces, desemboca en la crisis actual (2007-10) y sus manifestaciones territoriales en todos los países del capitalismo desarrollado, primero en EEUU, ahora en Europa. Es el trayecto de la crisis de las hipotecas sub-prime (2007), la caída de Lehman Brothers (2008), la banca de inversión, las bolsas y aseguradoras, junto a la recesión de la economía real desplegada durante el 2009.

En definitiva, lo que se presenta como derecha contra izquierda, o viceversa, no es otra cosa que la manifestación política de la lucha de clases a escala global. Es manifestación tendencial del ciclo mundial de acumulación de capitales y especificidades nacionales derivadas de su historia y conformación sociopolítica. La crisis capitalista en curso, reabre la potencia para la variación de las relaciones sociales, en un ciclo construido desde los 60' y 70' bajo ofensiva del capital, las clases dominantes y la derecha política, desafiada ahora en las condiciones esperanzadoras de la región "nuestra americana".

El caso de la Argentina

El problema del país está en la crisis política que no terminó de resolverse en el 2001, y el posterior proceso hacia la normalización del régimen político en 2003 con la elección del PJ liderado por Néstor Kirchner. Las clases dominantes habían impuesto su política de reestructuración regresiva entre 1975-1976 y 2001, que fuera objetada por la movilización popular. La crisis política intentó ser encauzada entre 2002 y 2008 en la perspectiva de "normalizar el capitalismo", de "reconstruir el capitalismo nacional", de organizar un "capitalismo serio". Todas expresiones de los gobiernos que se sucedieron en este periodo y que requerían crecimiento económico, satisfacción de necesidades y consenso social. Tanto el default decretado en la última semana de diciembre de 2001 (Adolfo Rodríguez Saa), como la devaluación del peso en la primera semana de 2002 (Eduardo Duhalde) generaron las condiciones estructurales para el crecimiento, el cambio de tendencia transitorio en el deterioro de los indicadores sociales (luego del primer impacto regresivo de la devaluación sobre el salario, los ingresos populares y la pobreza), y un consenso acrecentado, expresado en la duplicación de votos del kirchnerismo entre 2003 y 2007. Se cumplía con la tríada de objetivos (crecimiento, consenso y satisfacción de

necesidades desde un piso muy bajo), pero no se resolvía la cuestión de fondo, que volvía a ponerse en evidencia con la crisis capitalista explícita hacia el 2008. El problema es el capitalismo y su forma de manifestarse en Argentina.

¿Qué significa capitalismo normal en Argentina y en cualquier parte? ¿Qué supone reconstruir el capitalismo nacional? ¿Qué es un capitalismo serio? Los interrogantes deben responderse en el marco de la crisis capitalista en curso.

En Argentina creció la transnacionalización, puesto que son más las empresas extranjeras que dominan en la producción y la circulación económica local, pero también resulta creciente la salida de capitales locales que buscan ampliar sus inversiones más allá del territorio, casos emblemáticos son Arcor y Techint; aunque también la compra de activos externos por residentes locales que entre 2006 y 2009 equiparan el monto total de reservas internacionales (50.000 millones de dólares al 8/7/10). Un capitalismo normal para la Argentina significa su inserción subordinada en el sistema mundial del capital, y por eso desde 2003 en adelante se intenta “normalizar” la situación con los “mercados” cumpliendo con las cancelaciones de deuda externa pública, renegociando los títulos en cesación de pagos y en la búsqueda de diálogo con organismos internacionales (FMI, Club de París), más allá de discursos críticos. Por supuesto que ese es el marco de la participación argentina como socio menor en el G20, transformado en cumbre presidencial a iniciativa del Presidente de EEUU, George W. Bush, desde noviembre de 2008.

El “capitalismo nacional” ya no supone el carácter autónomo buscado en el 60’ y el 70’, aún cuando no fuera posible ya entonces. En la actualidad lo nacional está determinado por el territorio donde transitoriamente el capital busca función, sea su origen local o externo.

La transnacionalización de la Argentina es un proceso deliberadamente buscado desde 1975-1976, pero aún antes, desde 1966, y si se quiere, desde 1955. Los límites estuvieron en la concepción del desarrollo imperante en la Argentina de 1945 (el peronismo), convergente con las políticas de industrialización que desde el surgimiento de la CEPAL (1948) se imponían como



programa en la región latinoamericana y caribeña. Pero más que una estrategia de desarrollo, era la organización social y política, principalmente de los trabajadores, lo que impidió o retrasó el fenómeno de restauración conservadora por un largo periodo, hasta el surgimiento de la “solución definitiva”, la dictadura genocida de 1976-1983.

¿Este proceso de transnacionalización culminó en estos últimos años? No, la diferencia es que el 2001 expresó manifestaciones populares de rechazo a las condiciones en que hasta entonces funcionó la sociedad, el Estado y el orden económico. ¿La derecha como expresión de las clases dominantes se retiró de la dominación política? La base del orden social local sigue siendo la explotación bajo dominación transnacional. En todo caso, lo que hay es la pretensión de recuperar iniciativa para un proyecto explícito de liberalización de la economía, tal como ocurría en los 90', con Menem y Cavallo, la Mediterránea, Fiel y el Cema⁸. El poder económico (la explotación), base de la sociedad civil a lo Marx (ver la Introducción a la Contribución a la Crítica de la Economía Política de Carlos Marx) nunca abandonó su lugar de dominación. El restablecimiento de la tasa de ganancia de una parte importante del capital hegemónico entre 2002 y 2008 alejó las manifestaciones de crisis política. Los límites a la ganancia establecidos por la disputa de ingreso y el impacto de la recesión mundial, desataron la remarcación de precios (inflación) y la disputa por una política económica más acorde con las necesidades de mantener elevados niveles de rentabilidad logrados en el tiempo siguiente de la devaluación pos-convertibilidad.

La derecha no se retiró del poder en el 2001, solo tuvo un rechazo por la movilización popular, sin capacidad para instalar un proyecto alternativo. ¿La derecha se retiró del poder en la región latinoamericana y caribeña? La sola continuidad cincuentenaria del bloqueo a Cuba da cuenta del mantenimiento de la derecha y el poder en la región, aún desafiado por la revolución cubana. Lo que se presentó en la última década del siglo XX es un proceso de resistencias variadas que habilitaron una primera década de cambio político en la región para el inicio del siglo XXI. Eso no cambia la situación de dominación transnacional en toda la región,

⁸ Son tres instituciones creadas por el poder económico para la formación de intelectuales y proyectos orgánicos a las demandas de las clases dominantes.

pero sí expresa los límites políticos que la clase subalterna le impone a la clase dominante.

Hemos sostenido en un artículo anterior, que la novedad no es Sebastián Piñera en el gobierno de Chile, sino la renovación para un segundo mandato de Evo Morales y Álvaro García Linera en Bolivia. El nuevo gobierno trasandino retoma el legado neoliberal explícito que en su momento instaló Pinochet; mas, el segundo periodo del gobierno popular del Estado Plurinacional de Bolivia habilita a pensar en nuevo tiempo histórico. Un proceso fundado en la constitución de nueva subjetividad transformadora, que recrea condiciones vindicadoras del programa histórico de los pueblos originarios por cinco siglos, y la articulación con un proyecto de emancipación que fuera enunciado hace dos siglos y derrotado por el proyecto civilizatorio asociado al desarrollo capitalista. Es decir, de las relaciones sociales de producción organizadas en Estado Plurinacional, y que hoy pugnan por cambios al interior de cada país y una perspectiva de integración para la liberación social.

Ni testimoniales ni posibilistas

El peligro en la etapa no proviene de una amenaza por derecha, aunque es una realidad el avance de la militarización regional dada por las bases estadounidenses en Colombia, las aprobadas leyes de seguridad en regímenes constitucionales, o en el golpe hondureño; procesos que se suman a otros de base estructural como el avance en materia de Tratados de Libre Comercio, Tratados Bilaterales de Inversión y un conjunto de Institutos favorecedores de la seguridad jurídica y la liberalización demandada por los capitales transnacionales más concentrados que actúan en la región. El problema reside en el escamoteo de la crítica a las políticas de gobierno por temor al recambio gubernamental por opciones ubicadas a la derecha de las administraciones actuales. En otro sentido, también constituye una dificultad no diferenciar la especificidad del tiempo político en buena parte de los procesos de la región, que aún no modificando la institucionalidad instalada en los 80' y 90', levanta una prédica contra el neoliberalismo y sus políticas.



No se trata de identificar a los gobiernos neo-desarrollistas o “progresistas” con las administraciones propias del ajuste estructural, la modernización privatizadora y reformadora del Estado; pero tampoco subordinar un proyecto autónomo de las clases subalternas por defender el mal menor. La presencia de estos gobiernos es producto de la lucha, organización y movilización popular. Ese es el condicionante de la situación actual en Nuestra América, especialmente en el cono sur de la región y por ende, pasa a ser el propósito de un proyecto de generación de subjetividad para el cambio, sobre la base de un programa anticapitalista que pueda superar la situación de crisis actual, y que emerja con respuestas creativas a la demanda de organización política en las nuevas formas de objeción de las formas tradicionales de organización de la representación y la participación política.

En Argentina sigue siendo una asignatura pendiente, la constitución de una fuerza política que pueda articular una dinámica social de lucha y organización que está presente en el conflicto cotidiano sin expresión conjunta. Con base en la tradición histórica de la organicidad del movimiento popular, resulta imprescindible resolver la organización de los trabajadores en su composición actual, tarea que hace 20 años intenta la CTA. Se agiganta el desafío por afirmar el proyecto de la Central de los Trabajadores en la Argentina, para avanzar en la iniciativa popular que sustenta un movimiento hacia una asamblea constituyente para discutir el país que se tiene y el que se necesita. Es una perspectiva que supone la definición de un proyecto popular emancipador que sintetice la experiencia del saber popular con el saber específico en el camino que de la experiencia, con sus más y sus menos, de los países que integran la Alianza Bolivariana para las Américas, ALBA. Con ese espíritu debe pensarse la coyuntura y sin ser testimoniales o posibilistas, disponerse a ser parte de la experiencia de radicalización de las propuestas de transformación social para otorgarle rumbo nuevamente a un proyecto que rescate las tradiciones de lucha de los pueblos originarios y del bicentenario proyecto emancipador de la gesta libertadora.

Velhas e remodeladas formas da direita no Brasil

Virgínia Fontes*

Consideremos como base para qualquer definição da direita sob o capitalismo, o espectro social que agrega os defensores da grande propriedade, o que já de princípio demarca que na direita podem se encontrar proprietários de modalidades e extrações sociais diversas, como terratenientes, industriais, comerciantes, banqueiros, acionistas, especuladores, pequenos proprietários de bens correntes, etc. Não devemos esquecer entretanto que o foco central da direita na sociedade capital-imperialista contemporânea não é defender uma propriedade qualquer, mas a grande propriedade, a propriedade do capital. Esta carrega como marca de origem o fato de ser 'exclusiva', de não admitir a convivência com outras formas de propriedade, eliminando-as e subordinando-as (Wood, 2001) e, na atual escala de concentração de capitais, tornou-se crescentemente abstrata, descarnada. Como já alertara Marx, sua concentração a converteu em *pura propriedade* de recursos sociais de produção, preferencialmente reconversíveis em tempo quase instantâneo na forma dinheiro. O predomínio atual do capital portador de juros, ou do capital-monetário na formulação de Marx (Marx, 1985. Livro 3, Cap. 21: 255-268), não significa o recuo da extração de mais-valor, mas ao contrário, mostra a imposição potencializada da extração de valor em todos os níveis da vida social.

Ao mesmo tempo, os detentores da propriedade do grande capital não se amofinam por esbulhar a pequena propriedade, expropriando incessantemente a maioria da população (como os camponeses) e desconsideram totalmente a relevância e importância daqueles cuja propriedade fundamental é sua

* Professora da Escola Politécnica de Saúde Joaquim Venâncio Fiocruz; da Pós-Graduação em História da Universidade Federal Fluminense e da Escola Nacional Florestan Fernandes-MST. Pesquisadora do CNPq.



capacidade de produzir a existência de todos. A estes, a direita tende a negar a própria existência de sua propriedade (a capacidade de ativar o trabalho), considerando-o como mera natureza ou resíduo. A única propriedade da grande maioria é desconsiderada como tal. Portanto, a defesa da propriedade envolve tanto um princípio a priori *desigualitário*, ao situar a propriedade fora do ser social, no objeto detido por alguns em contraposição à grande maioria não-proprietária, quanto *negar a liberdade* da grande maioria para produzir e reproduzir sua existência, uma vez que a grande propriedade envolve, para além do objeto, a plena utilização da força de trabalho dos não proprietários. Isso significa eliminar a liberdade da grande maioria de dispor de sua própria existência, atrelando-a à liberdade da exclusiva da grande propriedade.

Não se trata de contrapor, como quis Norberto Bobbio, uma direita defensora da liberdade a uma esquerda defensora da igualdade, mesmo se autor precisou sugerir diversas nuances para estabelecer essa contraposição (Bobbio, 1995: 118-19). Nossa análise propõe deslocar o eixo da definição de maneira que ele incorpore o nervo central e doloroso sobre o qual se fundam os argumentos da direita, a propriedade do capital, a qual não lastreia nem liberdade nem igualdade.

Historicamente, entretanto, a contraposição esquerda e direita assumiu enorme variedade de significados. Como toda classificação topológica e relacional, admite enorme variação e incorpora gradações e matizes. A defesa intransigente da grande propriedade pode apresentar-se como defensora de todas as propriedades, aparentemente de maneira democrática, assim como oponentes muito bem adaptados à ordem do capital abdicaram da luta contra a propriedade e propuseram-se como gestores mais generosos da organização da vida social sob o capital, autoproclamando-se como esquerdas 'modernas'. Precisamos também levar em consideração que nem sempre são apenas e diretamente os grandes proprietários os que aparecem como os mais corrosivos defensores da direita, pois ela envolve toda uma gama de conservadorismos diversos, provenientes das mais profundas camadas de intolerância social, de elitismos diversos, de discriminações latentes ou expostas. Não obstante, estes tendem a repousar, em última análise, na defesa de formas pretéritas de grande propriedade ou da expectativa do acesso à

grande propriedade de tipo capitalista ou, ainda, em expectativa de conversão ao capital de formas variadas de propriedade. Ademais, há algo de muito corriqueiro: detentores da grande propriedade – da terra, do capital e outras – permitem-se pagar *defensores permanentes*; podem retribuir com pequenos agradecimentos aos serviços prestados por setores menos aquinhoados e, até mesmo, acenar com a ‘impessoalidade’ da grande propriedade, a ser atingida por todos os ‘meritórios’. Os grandes proprietários de capital (que fornecem a comensurabilidade das formas atuais de grande propriedade) conseguem dessa forma aliar-se a setores distintos baseados em modalidades pretéritas da propriedade, contanto que elas se tornem conversíveis à forma específica da grande propriedade do capital. Ademais, difundem e naturalizam a existência da própria propriedade, disseminam tal naturalização como um valor e, finalmente, cultivam hábitos de subserviência.

Se este é o fundamento axial da direita, suas modalidades de defesa e os argumentos de combate ao longo do processo histórico e dos conflitos sociais tendem a ocultar tal centralidade, escudando-se em noções ressignificadas da própria luta social.

Este artigo procura apresentar uma modificação peculiar na direita no Brasil: ela conserva sua histórica truculência no trato com os subalternos e, em especial, contra qualquer tentativa de avanço efetivamente democrático, mas vem crescentemente se combinando com formas de convencimento bastante refinadas, procurando aculturar setores populares.

Esse fenômeno encontra raízes no processo histórico brasileiro de todo o século XX, mas se tornou mais evidente desde a organização da vida política brasileira sob o formato democrático-eleitoral, cujo início remonta efetivamente à Constituição de 1988 e às primeiras eleições presidenciais de 1989, após a última ditadura militar (que durou de 1964 a 1985, com estertores prolongados até 1989).

A direita no Brasil

A direita brasileira é flexível e acomoda setores variados, que conservam traços comuns e relações mais ou menos estreitas entre eles. Na direita cabem os setores mais duros, que abrigam grupos monarquistas, neonazistas, militares nostálgicos de



qualquer ditadura, herdeiros de oligarquias prepotentes, setores da Igreja Católica e de outras confissões cristãs ou não, milícias variadas, etc. Embora sejam numericamente residuais, conservam influência e atuam como os *gansos de guarda* –estridentes e escandalosos– de uma “Ordem” vaga, porém hierárquica e rígida. São convenientes à direita ‘moderna’ que pretende se apresentar sob uma nova faceta democrática.

Em tese magistralmente documentada, defendida em 2005, e recentemente publicada Gilberto Grassi Calil demonstrou a longa continuidade do integralismo na política brasileira, e sua discreta adesão a outros partidos (Calil, 2010). No seu conjunto, tais grupos mantem-se como fiéis depositários da tradição autocrática na história brasileira, que remonta ao escravismo colonial e seu cortejo de desigualdades e discriminações. Dentre os gansos de guarda fazem parte, na atualidade, professores universitários como Olavo de Carvalho (atualmente em posição de reserva) e Denis Rosenfeld; escritores de jornais como Demetrio Magnoli, que obedecem à risca seu papel traçado por revistas como VEJA, assim como o senador Demóstenes Torres, do partido DEM. Não se trata apenas de defender a propriedade, qualquer que seja, o que aliás fazem com esmero. Aliam a garantia da grande propriedade (pois a pequena não lhes interessa, assim como a vida da grande maioria da população), a uma visão social elitista, hierárquica, anti-democrática, anti-popular e prepotente. Ainda que numericamente pouco expressivos, detêm enorme visibilidade, em espaço cuidadosamente nutrido pela grande imprensa, também grande proprietária.

Ao lado dessa truculência aberta, parcela do grande empresariado brasileiro (e seus associados estrangeiros) cultiva, de maneira mais evidente desde 1990, a ‘arte de administrar conflitos’, ao que reduzem a democracia. Se essa nova ‘arte’ se torna mais explícita neste período, este tipo de atuação empresarial atravessou toda a longa e duríssima ‘transição’ democrática no Brasil, com duros embates no campo sindical, associativo e organizativo popular, e incidindo também no terreno partidário. A burguesia brasileira organizava-se para enfrentar as primeiras experiências de luta popular abrangendo o conjunto do território brasileiro. Pela primeira vez, contra as interdições legais e apesar da violência que continuou a se abater sobre os setores populares, implantaram-se combativas organizações *massivas e nacionais* de trabalhadores

urbanos, de trabalhadores rurais, ao lado de um partido que, então, imantava e polarizava o conjunto dessas lutas e reivindicações.

O novo procedimento das direitas, já em curso no Brasil desde pelo menos a década de 1970, documentado em livro publicado pela principal agremiação industrial do país, a Federação das Indústrias do Estado de São Paulo-FIESP (FIESP, 1990), foi reiterado em livro do Banco Mundial, em 2000 (GARRISON, 2000). Neste último livro se sugeria que, deixando de lado os embates filosóficos, que tomam muito tempo e seriam ‘pouco eficientes’, todas as urgências imediatas poderiam ser alvo de atuação do Banco, abordando a questão social como mera *gestão de recursos escassos, de maneira civilizada e democrática*.

A década de 1990 iniciava-se de modo complexo para a sociedade brasileira. Uma enorme energia popular desaguava em diferentes lutas e reivindicações, algumas das quais inscritas na própria Constituição mas dependendo de legislação complementar para efetivar-se. Para conter essa energia, a burguesia brasileira, com o apoio de suas congêneres (em especial estadunidenses) se empenhou em organizar e difundir uma outra concepção de política, de democracia e de virtude cívica, analisado em detalhe nos livros de André Martins (2010) e de Lucia Neves (2005 e 2010). A burguesia brasileira contou ainda com as circunstâncias históricas, como a queda do muro de Berlim e a derrocada da União Soviética, que propiciaram uma enorme conversão para uma nova esquerda dedicada ao capital, processo exaustivamente demonstrado por Eurelino Coelho Neto (2005), em sua faceta política e por Sara Graneman em seu viés econômico, o do crescimento dos Fundos de Pensão (2006).

Em processo cujo elemento mais evidente foi a cunha introduzida no sindicalismo cutista pelo apoio empresarial à implantação da Força Sindical, acelerou-se a implantação de uma redução apassivadora da democracia, que destinava-se a conter as energias populares, capturando-a e redirecionando-a sob formas diversas, muitas vezes simultâneas: a) como força de trabalho sem direitos, com vínculos laborais precarizados ou integrada quase totalmente sem direitos nessas crescentes ‘empresas’ sem fins lucrativos; b) como uma nova ‘cultura cívica’ rebaixada, disseminando-se uma consciência social de cunho corporativo, voltada para urgências



imediatas; c) como processo 'pró-ativo', de atuação incessante mas impotente, produzindo modalidades limitantes de consciência, desfigurando a reivindicação de participação; e, finalmente, d) como adequação, através da incorporação à 'gestão subalterna' de recursos escassos.

Em descosturado mosaico, acoplam-se empreendedorismo e formação de trabalhadores dóceis, em estimulado ativismo de urgências várias, incapaz de agir sobre as verdadeiras causas das crescentes desigualdades, ao lado da produção de subalternos na política.

Este tipo de atuação burguesa –de direita, defensora ferrenha da grande propriedade, embora esgrimindo argumentos formalmente democráticos e, em alguns casos, procedentes das próprias lutas populares- adequa-se à forma dominante da política capital-imperialista no pós-II guerra mundial.

Como um brevíssimo parênteses, é importante esclarecer o que venho designando como capital imperialismo. Trata-se do agigantamento de uma forma de capitalismo, já impregnada de imperialismo, porém nascida sob o fantasma atômico e a Guerra Fria. Houve uma exacerbação da concentração concorrente de capitais, mas tendencialmente consorciando-os, exatamente em razão da ameaça interna, em cada país imperialista, que a existência da experiência soviética suscitava. Derivado do imperialismo, sob o capital-imperialismo a dominação interna (nacional) do capital necessita e se complementa por sua expansão externa, não apenas de forma mercantil, ou através de exportações de bens ou de capitais, mas exportando o próprio processo produtivo e, também, impulsionando expropriações de populações inteiras das suas condições de produção (terra), de direitos e de suas próprias condições de existência ambiental e biológica. Sob o capital-imperialismo, ocorreu a imposição acelerada de relações sociais fundamentais para a expansão do capital, o favorecimento contraditório de burguesias e de novos Estados, ao mesmo tempo que se reduziu a diversidade da organização interna desses Estado, enclausurando-os em múltiplas teias hierárquicas e desiguais. À extensão do espaço de movimentação do capital corresponde o encapsulamento nacional das massas trabalhadoras. Mantém o formato representativo-eleitoral, mas reduz a democracia a um modelo censitário-autocrático, similar a assembleias de acionistas, compondo um padrão bifurcado de atuação política, altamente

internacionalizado para o capital e fortemente fragmentado para o trabalho (cf. Fontes, 2010: 149).

Retomando pois o padrão burguês de atuação política capital-imperialista – isto é, o padrão dirigente construído pela direita que, sem excluir suas demais facetas, apresenta-se como modelar para sua atuação – o período do pós segunda guerra mundial assistiu ao nascimento de algo que não mais se limitava à atuação parlamentar ou sindical inaugurada pela social-democracia clássica, mas envolveu a constituição de uma enorme teia paralela aos partidos políticos, tanto em âmbitos nacionais quanto em espaços internacionais. Constituíram-se verdadeiras frentes móveis de atuação internacional (Dreifuss, 1986), com razoável autonomia de atuação, em grande parte sustentadas por generosas doações empresariais e públicas.

Agir enquanto entidades privadas não diretamente lucrativas, sem carregar o fardo das decisões governamentais de seus próprios países, permitia a difusão cosmopolita de certos interesses, de certas formas de agir e certas maneiras de pensar muito mais ampla e extensa do que se estivessem atadas aos acordos políticos internacionais ou às legislações nacionais que incidiam sobre atividades diretamente econômicas, vigentes para a instalação de empresas. Assim, fundações e entidades diversas, precariamente nomeadas de “não governamentais” (ONGs), envolviam think tanks, agências internacionais sob patrocínio mas não sob direção direta dos governos dos países capital-imperialistas, como as Fundações estadunidenses, por exemplo, ou associações internacionais recobrando o interesse específico de setores do grande patronato internacional, tal como a Sociedade Interamericana de Imprensa (SIP). O americanismo assinalado por Gramsci ganhava uma dimensão muito mais vasta e complexa, de caráter cosmopolita e, embora predominassem entidades de origem estadunidense, não se limitava unicamente a ela. Fomentavam entidades similares em terceiros países, atuavam como formadoras para entidades patronais locais, ainda que algumas vezes também experimentando tensões e contradições com as organizações burguesas locais e com governos de países dependentes (Fontes, 2010:174).

A situação política brasileira encontra-se neste momento numa confluência peculiar. Encontram-se práticas sustentadas pelas lutas



populares ao longo dos últimos 30 anos (de esquerda, portanto), mas ajustadas e adequadas aos interesses do grande capital. Seus personagens seguem atuantes na política e paramentando-se como se ainda pertencessem plenamente à esquerda, embora divorciados – na fala e na prática – da organização anti-capitalista da classe trabalhadora. Uma esquerda para o capital. Na outra ponta, encontram-se com as entidades empresariais, dispostas a financiar e a apoiar algumas das iniciativas populares, contanto que ‘não discutam filosofia’.

Entre 1996 e 2002, o número de entidades para-políticas, nomeadas como Fasfil (Fundações e Associações sem fins lucrativos) cresceu de 105 mil para quase 276 mil entidades. Essa ampliação, de 169 mil novas organizações, equivale a um crescimento de 157% no período. Entre os anos de 2002 e 2005, “houve um acréscimo de 22,6% no número de associações e fundações sem fins lucrativos, que passaram de 275,9 mil em 2002 para 338,2 mil em 2005”. (Brasil, IBGE, 2005).

Tais práticas parecem adoçar o convívio entre as classes no Brasil. No entanto, não devem permanecer ilusões a respeito, pois convivem cotidianamente com a manutenção da truculência clássica no trato da classe trabalhadora brasileira, dos quais seguem alguns recentíssimos exemplos. O primeiro deles foi colhido no próprio dia em que eu viajei para apresentar esse trabalho. Transcrevo partes de uma longa carta-apelo lançada no dia 06/08/2010 por sindicalistas de oposição à Força Sindical [central sindical nacional criada com apoio patronal em 1991], à qual se filia o sindicato que domina na região da empresa em questão, uma das maiores do país, a Sadia que, incorporada à Perdigão, integra atualmente a faraônica Brasil Foods: “ (...) Faz 22 anos que o sindicato da indústria de carnes não realiza eleições. Como previa o Estatuto desta entidade até o início deste ano, no caso de 10% da diretoria desistir do cargo, o sindicato convocaria nova assembléia para preencher essas vagas e renovaria por 5 anos o mandato dos demais dirigentes. Além disso, o Estatuto também previa a expulsão de qualquer membro da direção do sindicato que atentasse contra a harmonia entre capital e trabalho (isso estava literalmente escrito no texto estatutário).” No Sindicato local, “apesar de os trabalhadores receberem em torno de R\$600,00 a R\$800,00, dois dos dirigentes deste sindicato já chegaram a declarar para a receita federal um patrimônio de R\$ 4

milhões, no caso do dirigente mais jovem, e de R\$20 milhões, no caso do dirigente mais antigo. Esse status desses dirigentes coloca em evidência a máfia que está instalada nesse sindicato e que precisa ser demovida”.

Quanto à situação dos trabalhadores, é definida como “trágica. Além de receberem salários baixos, de um universo de 5 mil trabalhadores, cerca de 1 mil estão afastados com problemas de saúde contraídos no trabalho. O ritmo de trabalho por aqui é intenso. Cada trabalhador precisa desossar um frango em oito segundos na água gelada, o que tem causado paralisia ou falência de membros do corpo. O problema todo é que a atual e velha gestão do sindicato nunca empreendeu esforços contra esse tipo de superexploração do trabalho. Há muitos casos de selvageria contra os trabalhadores na empresa. Os trabalhadores relatam que, num acidente de trabalho, um dos trabalhadores (...) chegou a perder a perna em uma das máquinas e que havia a possibilidade de esta perda ser parcial (até os joelhos). No entanto, a empresa para salvar a máquina preferiu que ele perdesse também a parte superior da perna. (...) Para se beneficiar da exploração do trabalho, a (...) empresa tem pagado ônibus para os trabalhadores que habitam cerca de 3, 4 ou 5 horas da cidade. (...) Isso significa que cada trabalhador gasta entre 6 a 10 horas diárias só para se locomover até o trabalho.

Diante dessa situação brutal, há três anos, alguns companheiros começaram a organizar clandestinamente na cidade a oposição sindical. Tratava-se de um trabalho difícil e árduo, tendo em vista a quase nula experiência dos trabalhadores em atividades políticas, a repressão e a ameaça de morte e de demissão por parte da empresa e dos dirigentes do sindicato. Felizmente, esses trabalhadores contaram com o apoio de um Procurador da República que moveu uma ação no Ministério Público, visando promover um processo eleitoral para a escolha da direção do sindicato. Ontem, essa organização deixou de ser clandestina quando os militantes dos diferentes movimentos e organizações políticas e os trabalhadores da empresa conseguiram inscrever a chapa de oposição. A eleição ocorrerá no dia 1º de setembro e a campanha da oposição sindical não será nada fácil. Para se ter uma ideia, na primeira panfletagem que conseguimos realizar na porta da Sadia, o ônibus que transportava os militantes que apóiam ou compõem a oposição sindical foi perseguido por cinco carros



importados dirigidos por dirigentes ou capangas do sindicato. Só conseguimos despistar a máfia sindical depois de pararmos o ônibus em frente a delegacia de polícia e solicitarmos uma escolta até o lugar onde queríamos chegar”.

O segundo exemplo é de mais uma criança assassinada no Rio de Janeiro, em 16 de julho de 2010, em mais um tiroteio realizado por policiais. Segue trecho de Carta aberta do Sindicato Estadual dos Profissionais de Educação – SEPE-RJ, em 2010: “Na última sexta-feira, nosso aluno Wesley faleceu dentro da sala de aula, vítima do descaso dos governos e de uma bala “achada” durante uma “ação” policial. Cada um de nós que já saiu com os alunos rastejando pelo chão da escola, em busca de um local menos vulnerável ao tiroteio sabe bem o que aconteceu. Cada um que já ficou cantando para acalmar os alunos e minimizar seu próprio pavor também sabe. Talvez quem não saiba é quem deveria nos proteger: a polícia, os governantes.” “Somos todos do CIEP Rubens Gomes”.

O terceiro exemplo, também recentíssimo, é tristemente irônico. Em 24 de junho de 2010, o Repórter Brasil¹, em matéria assinada por Bianca Pyl, informava que trabalhadores eram mantidos em situação similar á de escravos em obra do Programa “Minha casa, minha vida”, do governo federal. “*Vítimas, que tinham sua carteira de trabalho retida, denunciaram a situação após quatro meses sem receber salários em obra do programa habitacional*”. As obras estavam em curso na cidade de Catalão, Goiás, e a repórter menciona que o programa “poderia ser assunto apenas para boas notícias. Seria assim se 74 trabalhadores que prestavam serviços na construção das casas populares não tivessem sido submetidos a condições análogas às de escravos”.

Essas características truculentas persistem e são internacionalmente reconhecidas. Sylvester Stallone declarou brutalmente, como é de seu estilo, em entrevista durante a feira Comic-Con 2010, em julho, na Califórnia, EUA, sobre sua experiência na realização de um filme no Brasil: “Filmamos no Brasil porque lá você pode machucar as pessoas enquanto filma. Você pode explodir o país inteiro e eles ainda dizem para você, “obrigado e tome aqui um macaco para você levar para casa”. (...) “Os policiais de lá usam camisetas com uma caveira, duas armas e uma adaga cravada no centro. Já imaginou se

¹ www.reporterbrasil.org.br, acesso em 08/08/2010

os policiais de Los Angeles usassem isso? Já mostra o quão problemático é aquele lugar”².

Nos deparamos no Brasil contemporâneo com uma forma de democracia apassivadora, pró-ativa, segundo o jargão da moda que, afastando-se resolutamente de uma transformação substantiva das condições de existência, dedica-se a conter crescentes setores populares, direcionando sua energia, capturando-a tanto como força de trabalho (por vezes quase gratuita, através de bolsas, de voluntariados diversos ou de precaríssimas condições contratuais), quanto na forma de ver e compreender o mundo, forjando uma concepção restrita e míope de “participação” e de sociabilidade. Uma peculiar visão de mundo vem sendo elaborada, costurada como um mosaico no qual o motivo central – a subalternização do trabalho ao capital – aparece esfumado. Nesse mosaico desconexo, se exibem de maneira acoplada, empreendedorismo e formação de trabalhadores dóceis, participação e subalternização, cultura popular e indústria cultural, cidadania e aprofundamento das desigualdades, elogio da flexibilidade ao lado de extrema rigidez (quase cadavérica) do mercado e da grande propriedade, convencimento e violência.

Trata-se de uma operação em grande escala de convencimento e de persuasão, voltada para os setores populares, cuja extensão não creio ter precedentes na história do Brasil. A seu lado, nesse monstruoso mosaico, a constante referência à necessidade de mais “segurança” justifica a repressão e a truculência, crescentemente empregadas de maneira “preventiva”, caso a persuasão não seja suficiente. Esta dupla prática é exportada juntamente com os capitais de origem ou procedência brasileira.

Torna-se quase impossível definir a direita por suas posições eleitorais ou seu discurso, quando praticamente todo o espectro político vem sendo recoberto por diferentes maneiras e discursos, todos voltados para a defesa da grande propriedade do capital. Um enorme leque abrangendo diferentes posições se exhibe nessa nova direita, que se moderniza e se remodela, para manter a mesma e velha lógica da acumulação.

² http://www.divirta-se.uai.com.br/html/sessao_8/2010/07/23/ficha_cinema/id_sessao=8&id_noticia=26524/ficha_cinema.shtml acesso em 08/08/2010

Bibliografía

Bobbio, N. 1995 *Direita e Esquerda. Razões e significados de uma distinção política*. SP, Unesp.

Brasil. 2005 *As fundações privadas e as associações sem fins lucrativos*. Rio de Janeiro, IBGE.

Calil, G.C. 2010 *Integralismo e Hegemonia burguesa: a intervenção do PRP na política brasileira (1945-1965)*. Cascavel (Paraná), EdUnioeste.

Cohelo Neto, E. T. 2005 *Uma esquerda para o capital: crise do marxismo e mudanças nos projetos políticos dos grupos dirigentes do PT (1979-1998)*. Tese de Doutorado em História, Niterói: Universidade Federal Fluminense.

Dreifuss, R. A. 1986 *Internacional capitalista: estratégias e táticas do empresariado transnacional, 1918-1986*. Rio de Janeiro: Espaço e Tempo.

Fiesp. Federação das Indústrias do Estado de São Paulo 1990 *Livre para Crescer*. SP, Cultura.

Fontes, V. O. 2010 *Brasil e o capital-imperialismo*, Rio, Ed.UFRJ/EPSJV-Fiocruz.

Garrison, J. W. 2000 *Do confronto à colaboração: relações entre a sociedade civil, o governo e o Banco Mundial no Brasil*. Brasília: Banco Mundial.

Graneman, S. 2006 *Para uma interpretação marxista da 'previdência privada'*. Tese de Doutorado, Rio de Janeiro: Escola de Serviço Social, Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Martins, André 2010 *A direita para o social*, MG, Ed. Univ. Fed. Juiz de Fora.

Marx, Karl 1985 *O Capital*. 2ª ed., SP, Nova Cultural

Neves, Lucia M. W. (org.) 2005 *A nova pedagogia da hegemonia* SP, Xamã. (Publicada em espanhol por Miño Dávila, B. Aires, 2009)

Neves, Lucia M. W. (org.) 2010 *Direita para o social e esquerda para o capital. Intelectuais da nova pedagogia da hegemonia no Brasil*. SP, Xamã.

Wood, Ellen M. 2001 *A origem do capitalismo*. Rio, Zaha.

La revolución boliviana y la rearticulación de la derecha

*Hugo Moldiz Mercado**

La derecha boliviana ha experimentado una derrota de dimensiones estratégicas. Pero esta derrota no ha sido, por las condiciones en las que se lleva adelante la confrontación clasista y nacional-cultural, el resultado de un solo episodio político en un tiempo más o menos corto, sino más bien el resultado de un proceso de largo aliento que hay que situarlo a inicios del siglo XXI. La derecha boliviana empieza a sufrir su derrota en abril de 2000, cuando –al inaugurarse la cuarta crisis estatal de este país sudamericano– los movimientos sociales toman la iniciativa, crean los espacios de la política, arrinconan a los centros institucionalizados del poder, comienzan a liberar la democracia de las restricciones a las cuales se la sometió durante dos décadas, y marcan los ritmos en el que los actores se mueven. La cuestión del poder se presenta así en la centralidad de la política, sus estrategias y sus tácticas.

La derecha pierde el poder real mucho antes de perder el poder formal; las clases dominantes y sus partidos terminan de perder su condición de dirección política y moral de la sociedad. Las jornadas de febrero y octubre de 2003, son los puntos más altos de esa crisis estatal en la que ni los de arriba pueden seguir dominando como antes, ni los de abajo están dispuestos a seguir siendo dominados como hasta ese momento. En los movimientos sociales es donde la política se produce. Es, como diría Gramsci, un protoestado en el que se sabe lo que no se quiere, aunque todavía no hay certeza de lo que se quiere.

* Comunicador Social y Abogado. Magíster en Relaciones Internacionales. Director del Semanario La Época. Miembro del Consejo Editorial de Contexto Latinoamericano de Oceansur. Miembro de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad y Autor de varios libros.



Esta derrota sin embargo, se ha registrado en el campo de la política y la estructura simbólica, y no se ha ampliado todavía al plano del sistema de creencias, al menos no con la fuerza necesaria que se requiere para avanzar hacia una formación histórica superior que trascienda el régimen capitalista, ni mucho menos en el campo de la economía, donde todavía persiste el predominio de una manera de organizar la producción de la vida material, basada en la enajenación del trabajo y de la naturaleza. La toma del poder político por el bloque nacional-indígena-popular es un dato de extraordinaria importancia, pues es desde el Estado y no de otro lugar, que se abre la posibilidad de estructurar nuevas relaciones de poder, de socializar los medios de producción -que no solo son estatales- y avanzar -si el paso es al menos continental- hacia formas de organización social con ese “*no Estado*”.

La pérdida del poder formal y de muchos niveles del poder real, explican la situación desfavorable del viejo bloque en el poder, que iba a traducirse en derrotas de distintas dimensiones en el periodo 2006-2009, pero al mismo tiempo guarda como potencial de su reconstitución, su presencia en otros niveles en la medida que todavía, como es lógico, no hay cambios en la estructura económica y social.

Por esta razón, para tener una mirada lo más objetiva posible de la situación de la derecha en Bolivia, se impone la exigencia de tomar en cuenta una serie de hechos y escenarios en los que, con los instrumentos que la realidad concreta demandaba, se ha ido manifestando la pugna por el poder entre dos bloques, el indígena-campesino-popular- por un lado, y el imperial-oligárquico -colonial- por el otro. Esta pugna, como es obvio, es portadora del cambio pero también de la contramarcha, de la contrarreforma y de la reconstitución, sobre bases distintas, de un orden social basado en la exclusión. Las revoluciones y las contrarrevoluciones tienen momentos de avance y retroceso, a veces temporales, otras definitivos. No hay revolución que sea irreversible, sobre todo si en la transición, que abre una diversidad de salidas, no se ha pasado de la revolución política a la revolución social, que es aquella propuesta emancipadora de la que nos habla Marx, para que el poder político conquistado vaya siendo cada día menos en su forma estatal y cada vez mas en su forma societal o comunitaria.

Esto hace, desde la perspectiva de la derecha y los intereses globales del capital al que está conectado, que las estrategias de

la burguesía para recuperar el poder político perdido sean distintas en función de las coyunturas específicas. No hay una sola apuesta y las respuestas tienen que ver con los múltiples escenarios en los que se ha ido moviendo uno de los procesos políticos más profundos de la historia de este país sudamericano, desde un horizonte emancipador, y por eso mismo, el que siempre tendrá abierta la posibilidad de una de las derrotas más profundas si no se construye un nuevo bloque histórico, en el que, como sostiene Gramsci, se produce una particular relación entre la estructura y la superestructura.

A partir de la victoria político-electoral de diciembre de 2005, tres han sido los escenarios en que el proceso de cambio en Bolivia se ha ido desarrollando:

Primero, el simbólico, que implica que los cambios no lleguen a un grado tal que pongan en peligro el orden social capitalista. Es decir, que se registre un *cambio temporal* en la superestructura sin llegar a un *cambio permanente* y estratégico. Estos cambios simbólicos se dan en lo que Marx denomina, la autonomía relativa del Estado, y consiste en que gobiernos de izquierda administren el sistema capitalista, incluso mejor que lo hecho por la burguesía, hasta otra coyuntura favorable para reconcentrar el poder. Se trata que la revolución política, que en determinados momentos de la historia las clases dominantes no pueden evitar, lleve junto a ella un candado de fuerza que impide transformaciones de fondo en la estructura económica y social. Aquí, lo que hay es una apuesta por el desgaste de lo nuevo que no termina de nacer y la reconstitución de lo viejo que no termina de morir.

Segundo, el violento. Este escenario tiene dos variantes que en la realidad concreta no se han presentado ni antes ni ahora como excluyentes. Uno, el de la confrontación violenta entre los dos bloques en pugna y dos, de la eliminación física del primer presidente indígena de Bolivia. En ambos casos se aporta, desde el bloque oligárquico-colonial-imperialista, a la ruptura de la institucionalidad democrática. En este caso, ha sido la derecha en los países con gobiernos progresistas y de cambio, que ha ensayado múltiples formas de agresión, violencia, intentos de golpe de Estado e incluso planes de magnicidio, pasando por métodos de sicariato y acciones de lumpenización.



Tercero, la construcción -no lineal- de hegemonía. Este escenario, al que los conductores han apostado desde un inicio, implica ir pasando, no sin tensiones y peligros, de la hegemonía política a una hegemonía económica e ideológica. Es una articulación entre Estado y movimientos sociales para presionar y arrinconar al viejo bloque en el poder, ya sea para tener la condición de posibilidad de desestructurarlo o para abrir las puertas para ampliar las élites, lo cual ya marca una sustancial diferencia entre una cosa y otra. Esta pugna por la hegemonía se ha librado desde el control territorial y una combinación, en lenguaje militar, de guerra de posiciones a guerra de movimientos. Los dos bloques en pugna desarrollaron ese tipo de batallas, pero es el bloque indígena-campesino-popular el que ha resultado victorioso.

Un paréntesis necesario. El peligro que la derecha –vieja y nueva- representa para Bolivia hay que mirarlo desde una perspectiva geopolítica continental. Hoy, como ha ocurrido en el pasado, pero hoy adquiere mayor importancia, los procesos de emancipación están estrechamente condicionados y su proyección histórica demandará una mayor articulación, lo cual llevará a superar la camisa de fuerza de los Estados-nación, ya que también enfrentan una articulación de la derecha a nivel mundial y no solo continental. Empero, por la brevedad del texto que se exige y para no perder la especificidad del tema asignado, el ámbito de análisis es el boliviano.

Ahora bien, una mirada a los últimos cinco años (2005-2010) permite reconocer que el proceso de cambio en Bolivia se ha movido, al impulso de las fuerzas, en tres escenarios. La transición se lleva adelante en medio de tensiones a veces abiertas, otras poco perceptibles que dejan latente la condición de posibilidad de avanzar hacia una sociedad que supere al capitalismo, lo que implica *el socialismo del Vivir Bien* en términos de Boaventura de Sousa Santos, o también un Estado Plurinacional capitalista. Es decir, la Constitución Política del Estado es un avance frente al pasado monocultural, pero nada indica que sea el pasaporte seguro para evitar otras formas de colonialidad del poder ni mucho menos para organizar una sociedad diferente a la capitalista. Es más, lo mismo puede dar para construir capitalismo, “un sujeto social dominante, de naturaleza plurinacional y un sujeto social subalterno de carácter plurinacional” que para construir socialismo o comunitarismo, en los cuales la emancipación se abra paso ante las enajenaciones.

Lo cierto es que la presencia dialéctica de estos tres escenarios permite identificar que la derecha imperial –que es una articulación compleja entre la burguesía imperial y la burguesía agroindustrial latifundista– se ha movido entre *la estrategia de la confrontación para el derrocamiento de Evo Morales*, más focalizada entre 2006 y 2008, y *la estrategia del desgaste para lograr una derrota del proceso desde abajo*, más perceptible ahora. Es obvio que ni la primera carecía de elementos tácticos de desgaste, ni la segunda deja de tener aspectos de la primera.

Las condiciones de la rearticulación de la derecha están dadas. Lo están a partir de un reagrupamiento de la *vieja derecha* –aquella que como dice Nils Castro, usufructuaba de las democracias restringidas y las dictaduras militares– o de *la nueva derecha*, que no solo está en su pertenencia a una de las esferas del dominio global del capital, principalmente financiero-mediático, sino incluso en el tipo de mentalidad que existe en fracciones sociales que acompañan a los procesos de cambio, nada distinta a la del viejo bloque en el poder. El hecho de que todavía no se haya modificado la forma de organizar la reproducción de la vida, y mucho menos el sistema de creencias haya cambiado la ideología y la práctica de la cotidianidad –que es donde mejor se reproduce el sistema capitalista– mantiene el peligro de la reconstitución.

La cuarta crisis de Estado

Antes de ingresar a otros niveles analíticos, descriptivos y explicativos de la rearticulación de la derecha en Bolivia y para entender el carácter y la profundidad de la crisis estatal boliviana que sentó la condición de posibilidad de un salto estratégico e histórico, hay que hacer un breve repaso a la historia de este pequeño país sudamericano, al menos en sus *momentos constitutivos o fundacionales*, a decir de Zavaleta¹. Es el momento en que lo creativo se abre paso en medio de la oscuridad a través del sujeto revolucionario con sentido de la historia².

¹ El destacado intelectual boliviano, fallecido en 1984 en México, sostenía que *hay un momento en que las cosas comienzan a ser lo que son, y es eso a lo que llamamos el momento constitutivo*. Zavaleta, René, “El Estado en América Latina”, Ensayo 1, 1984, p.68

² Por sujeto revolucionario entenderemos no a una clase, sino al conjunto de las clases subalternas o a una parte de ellas, que se eleva a la categoría de tal como cuando rompe ideológica y moralmente con un sistema de creencias que lo somete y camina hacia la revolución.



No cabe la menor duda de que Bolivia, desde que fuera constituida la República en 1825, vive en una constante inestabilidad y crisis permanente. De hecho, su propio nacimiento fue el resultado de contradicciones y vaivenes. Los periodos de breve estabilidad a lo largo de su historia han sido pocos, más por defectos que por acción. Esa “Dramática insurgencia de Bolivia” de la que nos habla el investigador estadounidense Charles Arnade, se ha expresado en toda su vida republicana, en la que los gobiernos militares han sido más que los democráticos, a pesar de las ideas liberales con las cuales se fundó el país y en la cual los gobiernos civiles, no obstante su ropaje liberal y moderno, nunca vieron la necesidad de superar su naturaleza colonial.

Unas crisis han sido más profundas que otras. Algunas han sido más económicas que políticas o a la inversa. Pero, producto de las condiciones en las que se fundó la república y de la no correspondencia entre estructura económica y superestructura político-ideológica, Bolivia ha atravesado por *cuatro momentos de crisis de Estado*³, es decir, por desequilibrios de carácter estructural: la Guerra Federal (1899-1900), la post Guerra del Chaco (1932-1952), la caída del nacionalismo revolucionario (1982-1985) y el desmoronamiento del neoliberalismo (2000).

Cada una de esas cuatro crisis, como es obvio, tiene sus especificidades en cuanto a la naturaleza de los proyectos cuestionados y a las propuestas en proceso de incubación, así como en sus actores. Sin embargo, también tiene sus grandes similitudes: alumbramiento de procesos inconclusos, recomposición de la hegemonía dominante, niveles de injerencia extranjera, ajustes/desajustes económicos y creciente movilidad de los actores políticos.

Pero quizá lo que más adquiere similitud, lo que da cuenta de temas no resueltos desde la fundación de la república, es la exclusión de las amplias mayorías, particularmente de los pueblos indígenas u originarios. Ninguna resolución de las crisis de Estado ha pasado por construir una sociedad inclusiva y de amplia participación democrática. La superación de las crisis estatales ha contado con un rediseño hecho por las clases

³ Por crisis de Estado se entiende desde la perspectiva definida por Gramsci, y que hace referencia a una crisis de hegemonía ideológica. La ideología deja de ser el cemento que une a la estructura económica y a la superestructura política y jurídica.

dominantes y por la puesta en marcha de nuevas formas de dominación y subordinación de las clases subalternas.

En las crisis estatales pasadas, tampoco ha dejado de tener importancia la irresolución de las contradicciones y conflictos regionales. En el pasado, en la llamada Guerra Federal, la confrontación entre las burguesías locales se dio entre el norte y el sur; en el pasado inmediato se perfilaba, en cierto sentido, entre el oriente y el occidente, pero ya no una pugna por la hegemonía entre clases dominantes sino entre el *bloque nacional-indígena-popular*⁴ y el *bloque imperial-burgués-colonial* que encontró en el discurso de la autonomía, la defensa de sus intereses de clase y la manera de ponerle freno al proceso de cambio impulsado por las clases subalternas.

La última crisis estatal, cuyas más altas expresiones fueron abril y setiembre de 2000, febrero y octubre de 2003 y mayo y junio de 2005, ha entrado en una nueva etapa en enero de 2006, y con la aprobación de la actual Constitución Política del Estado se ha ingresado en su fase de resolución, ya que de ahí o surgirán las pistas de una nueva sociedad que supere el capitalismo o se reconstituya sobre bases distintas. La asunción de Evo Morales a la Presidencia de Bolivia, le ha devuelto un alto grado de legitimidad a uno de los poderes del Estado, el Poder Ejecutivo, pero se está todavía lejos de apreciar la luz al final del túnel. Las discrepancias en torno a los alcances del reconocimiento de la existencia de las naciones originarias, la propuesta de construir un Estado plurinacional y autonómico, el desprestigio y caída de los partidos políticos tradicionales, el derrumbe del otrora sistema de creencias y la poca precisión de lo que es el proyecto contrahegemónico⁵, el afloramiento de las demandas regionales, la crítica al centralismo paceño pero también rechazo de las periferias a los centralismos de las élites regionales, y el papel de “observador” del viejo sindicalismo revolucionario, constituyen

⁴ El concepto de lo nacional-indígena-popular es una ampliación reinterpretativa del concepto de lo nacional-popular que René Zavaleta empleaba para replantearse el estudio y explicación de la historia de Bolivia desde la centralidad proletaria. En este caso es la interpretación de la historia no solo desde la clase obrera sino desde lo indígena. Zavaleta, René, “Lo nacional-popular en Bolivia” Siglo Veintiuno Editores. Tapia, Luis, “La producción del conocimiento local” Muebla del Diablo Editores, p. 345.

⁵ En los dos años y ocho meses, salvo esporádicas alusiones del presidente Evo Morales al Socialismo Comunitario como el proyecto en que se orienta la revolución boliviana, no hay nada más preciso. Se ha llegado a hablar incluso del capitalismo andino con el sujeto indígena como articulador.



los principales problemas que cruzan transversalmente el acontecer boliviano.

La resolución de la crisis por voluntad de sus actores, bien pudo transitar por caminos democráticos o violentos. Era imprevisible lo que iba a ocurrir, pues si bien el espacio de lo democrático había sido ocupado plenamente por lo nacional-indígena-popular, las clases dominantes habían dado señales en el periodo 2006-2009, de sus inclinaciones oscuras y violentas para recuperar el espacio perdido.

Pero, ya a once meses de este segundo mandato de gobierno del presidente Morales, con partidos de derecha casi inexistentes y quebrada la “Media Luna” como concepto político y territorial, los peligros están lejos de haber desaparecido. Todo lo contrario, los peligros son aún mayores pues el enemigo es más difuso y los caminos que pretende recorrer para revertir el proceso revolucionario boliviano, son menos visibles.

Otro paréntesis previo a desarrollar un análisis en torno a las acciones de la derecha, las derrotas que sufrió y los espacios de su siempre posible rearticulación. Bolivia vive uno de los procesos más profundos de su historia. Los bolivianos cuentan hoy, frente al pasado, con uno de los mejores gobiernos, quizá el mejor, de toda su historia, pero todavía hay mucho por recorrer y varias incertidumbres que vencer con miras al futuro. La articulación social y política de los movimientos sociales ha hecho posible que la cuarta crisis estatal, a diferencia de las tres que le precedieron, vaya resolviéndose por un cauce indígena-popular de alcances anticapitalistas y anticoloniales.

Sin embargo, para seguir avanzando, hay que asimilar las lecciones de la historia, del pasado inmediato, y anticipar los escenarios potenciales de conflicto que alimentados e impulsados por la derecha imperial, seguirán tratando de revertir, por la fuerza o la captación, la revolución boliviana.

Las derrotas de la derecha en el periodo 2000-2009

Una vez que hemos procedido a una descripción del contexto histórico de largo plazo en el que se debe situar el proceso de cambio en Bolivia, se podría afirmar que la derecha ha experimentado entre el año 2000 y fines de 2009, sucesivas derrotas políticas,

electorales y militares que han configurado un cuadro general favorable para una revolución de profundos alcances.

Las derrotas electorales de la derecha en Bolivia, que le han posibilitado al bloque nacional-indígena-popular una mayor expansión y avance en su irrupción y sublevación democrática, se han dado de la siguiente manera:

- En las elecciones generales de diciembre de 2005 convocadas dos años antes de lo previsto como salida político-institucional a la crisis estatal desencadenada, el Movimiento al Socialismo (MAS) y Evo Morales, sorprenden con un 54% de la votación frente a un 40% de la derecha (Podemos 28%, Unidad Nacional 7% y Movimiento Nacionalista Revolucionario MNR 6%).
- En las elecciones para asambleístas ante la Asamblea Constituyente, celebradas el 2 de julio de 2006, las fuerzas protagonistas del cambio alcanzan el 55 % de apoyo electoral, frente a un 45% de la derecha aún más fragmentada nacional y regionalmente.
- En el referéndum revocatorio, convocado para el 10 de agosto a iniciativa de la derecha, el presidente Evo Morales es ratificado con un 67% de la votación. Al mismo tiempo resigna a nivel de prefecturas el departamento de Chuquisaca, cuya capital (Sucre) fue sede de la Asamblea Constituyente, aunque conquista La Paz y Cochabamba, donde por una errónea designación de candidatos, pierde en diciembre de 2005.
- La aprobación en referéndum popular de la nueva Constitución Política del Estado el 25 de enero de 2009 con un 61% de la votación.
- En las elecciones generales de diciembre de 2009, el binomio Evo Morales-Álvaro García Linera es reelecto con un 64 % del electorado, obteniendo 10 puntos más de los que recibió en 2005, frente a una oposición cuya votación total disminuye en 3 puntos en igual periodo de tiempo, es decir, llega al 37%.

Pero la derecha en Bolivia ha sufrido no solo derrotas electorales. Sus sucesivas derrotas han sido también políticas en este periodo de cerca de una década de iniciativa del emergente bloque nacional-indígena-popular. Las más significativas han sido:

- La victoria en referéndum popular, en julio de 2004, de la propuesta de recuperación estatal del petróleo. El resultado de esta consulta popular es importante no solo porque daría



lugar a la llamada “Agenda de Octubre” de 2003 con la que los sectores subalternos hicieron “causa común” para echar del Palacio al liberal Gonzalo Sánchez de Lozada, sino que además –junto a la demanda de Asamblea Constituyente” llegó a ser un mandato para el gobierno de Evo Morales.

- La derrota de las acciones de boicot que los sectores de la burguesía vinculados a la producción de alimentos, hicieron en cerca de un año y medio. El gobierno puso en marcha medidas efectivas para garantizar el abastecimiento de alimentos que han pasado, desde la prohibición de exportación, hasta la creación de una empresa estatal dedicada al tema, lo cual implica cierto nivel de regulación estatal que –habrá que analizar más– no necesariamente implica un freno a la ley del valor que rige el orden capitalista.
- La aprobación en la Asamblea Constituyente, del texto constitucional trabajado en 18 meses de los 12 que al principio se fijó para los asambleístas, pero que fue ampliado por los constantes boicots de las fuerzas de derecha. La aprobación en grande se hizo en Sucre, en medio de una ofensiva paramilitar derechista, y en detalle y revisión en la ciudad de Oruro, a fines de 2007, que destrabó uno de los obstáculos más grandes que el proceso tuvo al frente.
- La convocatoria a Referéndum Constitucional en octubre de 2008, luego que un acuerdo político llevara a que el Congreso Nacional introdujera modificaciones –muchas de ellas muy importantes como se verá luego– al texto constitucional que se aprobó en la Asamblea Constituyente. Si bien al texto aprobado en la Asamblea Constituyente se le introdujeron algunas modificaciones en las mesas de diálogo en la ciudad de Cochabamba, es evidente que la derecha apostaba a impedir que el pueblo decidiera su aprobación mediante consulta popular.
- La aprobación por el Congreso, de una Ley para la convocatoria a elecciones generales para diciembre de 2009. Esto tampoco hubiese sido posible sin la movilización del pueblo y sin que el presidente Morales incluso, ingresara en una huelga de hambre en la que, en un hábil movimiento, hizo suya la demanda de elaborar un padrón electoral biométrico que garantizara la transparencia del acto electoral.
- La expulsión del embajador de los Estados Unidos en Bolivia y de la DEA en setiembre de 2008, luego de constatarse los planes de subversión y contrarrevolución en la que se encontraban comprometidos. Con esto se ha tratado de cortar

los conductos de apoyo político y financiero que Estados Unidos le da a la derecha en Bolivia.

Finalmente, siempre con la aclaración de que esta clasificación solo es hecha por razones didáctico-metodológicas, hay que hacer una rápida referencia a las derrotas que en el plano militar ha experimentado la derecha en Bolivia.

Abril y setiembre de 2000, cuando dos de las instituciones del aparato estatal (Fuerzas Armadas y Policía) no pudieron impedir la victoria popular en la llamada “guerra del agua” y el denominado “setiembre negro”.

- Febrero de 2003, se produce una fractura en el aparato de Estado (enfrentamiento entre policías y militares, con muertos y heridos) y la toma de instituciones del gobierno central por parte de vecinos, jóvenes y sindicalistas.
- Octubre de 2003, el entonces presidente Gonzalo Sánchez de Lozada –el emblema del neoliberalismo– se ve forzado a renunciar y huir de Bolivia en la tarde del 17 de octubre, producto de una de las sublevaciones democráticas más grandes de los últimos 50 años.
- En mayo-junio de 2005, la Casa Blanca, la embajada de Estados Unidos y la derecha local, no pueden lograr la juramentación del Presidente del Senado como Presidente interino del país, en sustitución de Carlos Mesa, quien pasó de su condición de Vicepresidente a Presidente interino en octubre de 2003. El objetivo imperial y derechista apuntaba a impedir el adelanto de las elecciones (en las que Evo ganó) y sentar las condiciones de una contraofensiva.
- Agosto-setiembre de 2008, es derrotado el “golpe cívico-prefectural”, cuyo objetivo inicial no era sacar al presidente Morales del Palacio de Gobierno, sino fracturar el territorio nacional en dos, lo cual hubiese abierto la posibilidad de una intervención militar extranjera o presionar por la renuncia y el adelantamiento de la convocatoria a elecciones generales. Es la movilización social y no la pasividad del aparato represivo del Estado, la que es determinante para la derrota del proyecto reaccionario. Ha sido el protagonismo de la democracia comunitaria y participativa, la que igual que en el periodo 2000-2005 jugó un papel determinante en la derrota de los planes violentos de la derecha.



- En abril de 2009 se desmantela una célula paramilitar con participación extranjera que se encontraba en los preparativos de una estrategia política y militar que apuntaba a los objetivos de agosto-setiembre de 2008, o incluso terminar con la vida del presidente Morales.

Hay que apuntar que detrás de las acciones violentas de la derecha boliviana en Bolivia, estaba la extrema derecha internacional, tanto de la refugiada en la Casa Blanca, en Fundaciones privadas como la Human Rights Foundation, agencias como USAID y organizaciones internacionales, como UnoAmérica.

¿Cuál ha sido el resultado?

Antes de hacer una síntesis de lo que ha producido esta derrota de la derecha en Bolivia, es necesario, sobre la base de los puntos anteriormente desarrollados, hacer algunas complementaciones.

Como se ha señalado líneas arriba, en el periodo 2006-2009, el imperialismo estadounidense y la derecha en Bolivia han desarrollado una *estrategia de la confrontación para el derrocamiento del presidente Evo Morales*. Esto implicaba la combinación de acciones políticas de alcance territorial, medidas de boicot económico-productivo y acciones militares.

La bandera con la que se pretendió llevar adelante esta estrategia ha sido la *autonomía*, y el campo de batalla han sido las Regiones y su control territorial.

Esto implicaba dos tipos de articulación: primero, entre comités cívicos y los prefectos de la llamada "Media Luna", lo cual allanaba una alianza entre la burguesía, principalmente agroindustrial y latifundista, con las clases medias, sectores populares atrasados y lumpenizados.

Segundo, una articulación entre el primer anillo (Comités Cívicos y Prefectos) con los partidos con representación parlamentaria (Podemos y Unidad Nacional). Es más, la mayor parte de los diputados y senadores de la oposición respondían más a las directrices de las autoridades regionales que a sus partidos.

La derrota de la estrategia de la derecha no hubiese sido posible sin el protagonismo decisivo de los movimientos sociales, y la

victoria de esa “otra democracia” sobre la democracia representativa (aunque sin desconocerla y destruirla).

Realizada esta precisión, el resultado de la confrontación clasista y nacional-cultural entre el bloque nacional-indígena-popular y el bloque imperial-oligárquico-colonial se expresa de la siguiente manera:

- El desplazamiento del viejo bloque en el poder. En Bolivia hay una revolución en marcha. El poder político del Estado ha sido tomado por las clases subalternas, las que, al menos en el plano político, se han constituido en clase dominante. Es el nuevo bloque en el poder, aunque todavía no llega a ser un nuevo bloque histórico.
- El derrumbe del sistema de partidos. La derecha no cuenta con partidos y una de las pruebas más contundentes es que ninguno de los partidos que co-gobernó Bolivia en veinte años de neoliberalismo, está vivo. Por si fuera poco, los intentos de impulsar nuevas organizaciones han fracasado. Unidad Nacional (UN) ha invertido mucho más dinero de lo que ha recibido como apoyo electoral y los partidos de la ultraderecha –primero Acción Democrática Nacionalista y luego Podemos– han sido borrados del mapa y sus deseos de regresar a la arena política por la vía del PPB-CN en 2009 se han frustrado.
- Una política de recuperación estatal de los recursos naturales. Bolivia ha nacionalizado el petróleo, la empresa de telecomunicaciones, una parte de las empresas de electricidad y la empresa metalúrgica Vinto. El Estado tiene ahora el 35% de participación en la composición del PIB.
- Una política social de redistribución expansiva. Los bonos Renta Dignidad para los ancianos, Juancito Pinto para los niños en edad escolar de las escuelas públicas, y Juana Zurduy para las mujeres embarazadas han logrado, sobre todo el primer bono, que cerca de 500 mil personas hayan salido de la extrema pobreza según estudios de PNUD.
- La fractura política de la “Media Luna”. La victoria del MAS en las elecciones para Gobernadores de abril de 2010, le dan el control de La Paz, Oruro, Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y Pando, con lo que la “Media Luna” –que involucraba a Santa Cruz, Pando, Tarija y Beni– no solo ha perdido a uno de sus componentes, sino que además el MAS hace mayoría, junto a otras fuerzas regionales, en las asambleas departamentales en Beni y Tarija, con lo que Santa Cruz queda sin el margen de



- maniobra que tuvo en el periodo 2006-2009.
- La expansión territorial del MAS. A pesar de una derrota política en la ciudad de La Paz, al no poder ganar la alcaldía, el MAS tiene más de 229 municipios de los 315, y 6 de las 9 gobernaciones. Más de dos tercios del país está pintado de azul.
 - La aprobación de una nueva Constitución Política del Estado – que pasa de su condición monocultural a su carácter plurinacional– pone en marcha, como punto de partida y como programa, varias pluralidades: económica, democrática, política, jurídica y cultural. Lo que resta, como se ha dicho, son los nuevos puntos de equilibrio de esas pluralidades.

Pero no todos los efectos han sido favorables al proceso de cambio. También los hay negativos, y donde siempre estarán los gérmenes de la reversión del proceso de cambio. Veamos los siguientes:

- La aprobación de la nueva Constitución Política del Estado demandó, en el Congreso Nacional, respetar el derecho propietario de los grandes latifundistas de establecer que la dotación de un máximo de 5.000 hectáreas regía a partir de la promulgación del texto constitucional. La posibilidad de revertir o expropiar tierras adjudicadas en el pasado depende del engorroso proceso de saneamiento. Con esto se deja intacto el poder de la burguesía agroindustrial y latifundista. Es de esperar que con dos tercios en la Asamblea Legislativa Plurinacional, el gobierno y los movimientos sociales puedan corregir ese obstáculo.
- La preservación de un aparato mediático, que si bien ha cambiado en sus formas de oposición después de la reelección de Evo Morales, no ha modificado su hostilidad ante el proceso de cambio. De hecho, uno de los espacios de reconstitución de la derecha –como ocurre en otras partes del continente– es el mediático. Una prueba de eso ha sido la pugna desatada en torno a la Ley contra el Racismo y toda forma de exclusión. La derecha levantó la bandera de la “libertad de expresión” que –según la oposición de derechas– se estaba coartando con esa norma.
- La presencia todavía predominante de un enfoque financiero sobre el productivo, lo cual ayuda a mantener la tendencia anti-productiva con la que nació la república. Evo ha demostrado tener la capacidad de mantener la macroestabilidad, elevar el nivel de reservas de 1.700 millones

de dólares en 2005 –ahorrados en dos décadas– a más de 9.200 millones de dólares a octubre de 2010. Pero, al mismo tiempo no deja de ser cierto que el proyecto del Vivir Bien no ha construido otros indicadores distintos radicalmente a los que usa el Banco Mundial para medir el comportamiento de las economías.

- Si bien se ha puesto en marcha una política de recuperación estatal de los recursos naturales, las formas de gestión no han trascendido a las determinadas por el capitalismo de Estado, lo cual abre peligros inherentes a una manera de gestión: el surgimiento y desarrollo de una burguesía burocrática de Estado que reedite, como farsa o tragedia, el camino recorrido en Bolivia entre 1952 y 1985. No hay nada que asegure que los bolivianos no sigan el camino que recorrieron los rusos, búlgaros, yugoslavos, checos, húngaros y otros Estados del desaparecido bloque socialista de la Europa del Este.
- La economía plural todavía cuenta con el predominio de lo privado, ya sea en su versión pequeña o grande, lo que ciertamente es un impedimento para construir un nuevo punto de equilibrio basado en la economía comunitaria, donde existe la condición de posibilidad de hacer algo distinto para construir un orden civilizatorio diferente. Quizá el dato más preocupante en este terreno sea que la planificación está todavía dentro de los parámetros del capitalismo y no incorpora al sector privado, independientemente de su tamaño. Por tanto, hay todavía predominio del mercado y cero planificación.

La derecha en el periodo 2009-2010

A once meses del segundo mandato de gobierno del presidente Morales, un balance de los principales hechos políticos permite apreciar un peligroso proceso de desaceleración. La movilización de los movimientos sociales, que ha sido fundamental para derrotar política, electoral y militarmente a la derecha apoyada por el imperialismo, se ha desactivado y las que se han producido han sido más bien en contra.

Esto se explica porque uno de los rasgos centrales de este segundo mandato es el de la *fetichización del poder*, tanto en los conductores del proceso, que cada vez más actúan con la razón de Estado de la que nos hablaba Hobbes, como de los movimientos sociales que se han estatizado en la medida que esperan de arriba



todas las respuestas. Se ha entablado una particular relación entre el Estado y la sociedad civil, con lo cual se reproduce el principio de separación entre ambos niveles, propio de la modernidad capitalista y que conduce en una ruta contraria a la recomendada por la experiencia histórica y el aporte teórico de muchos intelectuales, para lograr las emancipaciones de las múltiples formas de enajenación. Es decir, si la ecuación para el capitalismo es, cada vez menos Estado y más mercado –dejando aclarado que el primero no dejará de existir pues es el mando político del capital– en un proceso social con horizonte emancipatorio, la dialéctica debería ser cada vez menos Estado, cada vez más comunidad. Esta y no otra es la manera de pasar –en un proceso largo y complejo– del Estado en su fase restringida, a un Estado en su fase ampliada. Para decirlo en otras palabras, es la extinción del Estado dentro de la sociedad y no a la inversa.

Las causas de esta situación de “reposo” de los movimientos, reducidos ahora a organizaciones sindicales burocráticas y con prácticas clientelares, parecen encontrarse en:

- i. la ausencia de una definición estratégica (¿socialismo vs. vivir bien? ¿desarrollismo vs. pachamamismo? ¿autonomías indígenas con herramientas liberales? ¿capitalismo de Estado como vía al socialismo?)
- ii. la tendencia a una temprana “institucionalización” de la gestión política y pública,
- iii. la baja formación política de los dirigentes sociales para encarar tareas que la realidad concreta exige,
- iv. la constatación de que los movimientos sociales convergieron frente a lo que no querían (neoliberalismo) pero que ahora no saben lo que quieren y tampoco tienen un “espacio común” para discutir eso que aún no saben,
- v. el afloramiento y la multiplicación de demandas regionales y sectoriales que hacen perder de vista un proyecto de conjunto,
- vi. las dificultades de seguir avanzando hacia un proceso de socialización de los medios de producción que solo se ha reducido a un criterio de estatatalidad, con lo cual no se advierte el peligro de que el capitalismo de Estado no conduce al socialismo sino a más capitalismo.

En ese contexto, a diferencia del periodo 2006-2009, no hay que hacer mucho esfuerzo para anticipar que la estrategia de Estados

Unidos y la burguesía boliviana apuntarán a la *estrategia del desgaste, para el cambio político institucional desde abajo*.

Esta estrategia va a implicar, como ya es posible advertir en lo que va del año, al menos los siguientes aspectos:

- Estimular la multiplicación de demandas regionales y sociales, con énfasis particular en la heterogénea base social del MAS y el proceso de cambio. Es decir, montarse sobre las demandas crecientes que pudiendo ser legítimas, muestran que los sectores pierden una mirada de conjunto y desde la plurinacionalidad emancipadora.
- Construir en el imaginario colectivo la idea de un presidente alejado de los pueblos indígenas y de su causa. Las tensiones derivadas de proyectos industrialistas con algunas comunidades indígenas han tratado de ser explotadas por sectores de la oposición y agencias internacionales para mostrar esa imagen.
- Uso político de algunos casos de corrupción para demostrar que en el gobierno de Evo se está “robando” mucho más que en los gobiernos “precedentes”.
- Amplificación de la información que da cuenta del crecimiento del narcotráfico y de lo poco o nada que el gobierno hace para revertir la tendencia.
- Estimular a las corrientes de pensamiento y acción dentro del gobierno, que son partidarias de incrementar aún más el principio de separación entre la sociedad política y la sociedad civil. Es decir, reducir al mínimo esa “otra democracia” en la que durante años de resistencia al neoliberalismo, fueron acumulando fuerzas y experiencia, y que fue parte constitutiva de la revolución boliviana.
- Estimular la convergencia de dirigentes políticos y sociales que han salido del MAS y que tienen un relativo peso en la base social, como alternativa política al gobierno del presidente Morales. Esta carta es quizá la más importante, pues el objetivo es quebrar la unidad de los sectores indígenas y campesinos alrededor del liderazgo de Evo, indispensable para cualquier proyecto político que pretenda ser viable.
- Impulsar una mayor fragmentación social por la vía de su regionalización y sectorialización, lo cual conduce a incrementar las dificultades para retomar su capacidad movilizadora después de cumplirse el primer mandato del gobierno de Evo.



- Ponerle una serie de obstáculos para el paso de la revolución política a la revolución social, lo cual implicará, en concreto, impedir cambios estructurales en la forma de producir y de gestionar la economía. Es más, bloquear cualquier espacio para concebir una nueva manera de reproducir la vida y obviamente de la organización material que la debe sustentar. Es decir, mantener el principio de autonomía relativa del Estado.

Algunos aspectos para destacar de este segundo mandato

A poco de concluir el primer año del segundo mandato continuo del gobierno del presidente Evo Morales, para hacer un balance de lo que ha ocurrido en Bolivia, quizá sea importante tener en cuenta los siguientes aspectos.

Primero, Bolivia ha ratificado desde la Conferencia Mundial de los pueblos sobre el cambio climático y los derechos de la Madre Tierra que se celebró en la localidad cochabambina de Tiquipaya, en abril pasado, su decidido compromiso de empujar y vanguardizar a nivel mundial, la necesidad de organizar la producción de manera distinta y en armonía con la naturaleza. El objetivo: disminuir al máximo el peligro de la desaparición de todas las formas de vida.

Segundo, se ha mantenido una política exterior basada en el pleno apego a los principios de soberanía y dignidad. Tres han sido las expresiones más contundentes de esta línea de acción: primero, la reiteración al gobierno de Estados Unidos de que el restablecimiento de relaciones bilaterales a nivel de embajadores entre ambos países pasa por el respeto mutuo, la responsabilidad compartida en la lucha contra el narcotráfico, la cooperación de Estado a Estado y el fortalecimiento del comercio sin presiones ni chantajes.

Tercero, la denuncia de injerencia de USAID en asuntos internos. La resolución de expulsión de las ONG y de la agencia estadounidense de Pando, adoptada por los alcaldes de ese departamento, es una señal de lo profundo que ha calado este cambio en el comportamiento estatal. Tercero, la denuncia que Evo Morales hizo en la inauguración de la IX Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas (en noviembre), al poner al descubierto las acciones desestabilizadoras de Estados Unidos contra los gobiernos progresistas y revolucionarios, particularmente de los países miembros del ALBA.

Cuarto, se mantiene una estabilidad macroeconómica a pesar de la crisis del capitalismo en otras partes del mundo; la inflación ha sido baja respecto a lo esperado, las exportaciones han crecido, las reservas internacionales netas no han dejado de aumentar. Sin embargo, como contrapunto, el gobierno sigue enfrentando dificultades para revertir la tendencia anti-productiva con que nació la república, y que el neoliberalismo se encargó de fortalecer durante dos décadas, lo cual incide en los niveles de desempleo.

Quinto, se ha cumplido el mandato constitucional de promulgar antes del 22 de julio, las “cinco leyes orgánicas” que servirán para darle un impulso a la construcción del Estado Comunitario, Plurinacional y Autónomo, aunque la premura de los tiempos políticos, por un lado, y una especie de reflujo de los movimientos sociales, por otro, no han posibilitado que exista, en la consideración de esas leyes, un nivel al menos aceptable de participación social y ciudadana.

Todo lo anterior conduce, a poco de concluir el año, que no se han registrado mayores sobresaltos que los derivados de dos conflictos sociales que se pudieron evitar (Caranavi, movilización de los sindicatos de asalariados, y marcha indígena), pero que la desaceleración en el protagonismo de los movimientos sociales refuerza la tendencia a que la iniciativa esté solo en el Estado en su nivel de gobierno central y que el vicepresidente, en sus reflexiones intelectuales y en la presentación de la reedición de uno de sus libros, espera que sea solo pasajera. No hay revolución sin protagonismo social.

A manera de cierre. El imperialismo –que finalmente busca resultados a su favor antes que dar testimonio de sus lealtades– ante las dificultades de construir una alternativa al MAS “desde afuera”, va a priorizar –sin dejar de lado aún esa mínima posibilidad– el trabajo “hacia adentro y desde adentro”, para crear la condición de posibilidad de reversión y derrota del proceso revolucionario boliviano. La carta de reagrupar a los actores políticos del pasado, de esa vieja derecha, será siempre una alternativa. Pero, amplificar las prácticas de derecha en los nuevos actores, sembrar la semilla del capitalismo en sectores sociales emergentes bajo el argumento de que *ahora nos toca*, desestimular tendencias de restablecimiento comunitario o colectivo y separar aún más al Estado de la sociedad civil, serán las cartas más valiosas al servicio del capital y su dominio. Es decir, dejar atrás la



determinación del color de la piel y la naturaleza del apellido en la constitución de las clases sociales, para dar pie a una poderosa burguesía plurinacional.

Si la tendencia se mantiene, no hay riesgo e impedimento alguno para que Evo Morales sea reelegido por un período más en las elecciones de 2014. Ese no es el problema, pues las posibilidades de estructuración de una alternativa electoral desde la derecha, externa al proceso, son mínimas. Los peligros siguen siendo, un golpe de Estado, el asesinato de Evo Morales o quedarse administrando –con la presión de la derecha desde adentro del proceso– el sistema capitalista, desgastando o deslegitimando un discurso de cambio civilizatorio.

Por lo demás, las prioridades tácticas y los caminos a seguir obviamente estarán en dependencia de lo que vaya a ocurrir en el escenario internacional, donde el golpe de Estado en Honduras, la victoria electoral en Chile de Piñera, la continuidad del “uribismo” en Colombia a través de Juan Manuel Santos, la instalación de bases militares en territorio colombiano y el intento de golpe de Estado en Ecuador, muestran una tendencia a un cambio en la dirección del péndulo. No hay que pasar por alto que la rearticulación internacional de la derecha en la “Era Obama” ha crecido respecto de la administración Bush. De tres países alineados a la estrategia contrainsurgente (Colombia, México y Perú), en la actual administración de la Casa Blanca se ha ampliado al menos a siete (los tres anteriores más Panamá, Chile, Costa Rica y Honduras), sin contar con la neutralización que se hizo de varios países del Caribe, como Trinidad y Tobago. A eso hay que agregar las reuniones de organizaciones de extrema derecha en Colombia (UnoAmérica) y Estados Unidos (Interamerican Institute for Democracy). En ambas se aprobó la línea de acabar con los procesos de cambio, ya sea por la vía política (institucional) o violenta.

En definitiva, la rearticulación de la derecha en Bolivia y en América Latina plantea a los líderes de los gobiernos revolucionarios y progresistas, radicalizar sus procesos, apoyarse en la capacidad organizadora y movilizadora del pueblo, pasar de la revolución política a la revolución social y acelerar la integración latinoamericana desde una perspectiva emancipadora.

La derecha política en la sociedad neoliberal chilena, 1990-2010

Juan Carlos Gómez Leyton*

Introducción

Para los científicos políticos Mireya Dávila y Claudio Fuentes (2003:13) el comportamiento electoral clasista de las y los ciudadanos chilenos en las últimas décadas habría experimentado un significativo cambio en relación al periodo anterior a 1973. Para ellos *“hasta antes de 1973, la pertenencia a un estrato social [léase clases sociales] era un fuerte predictor del comportamiento político chileno. La clase alta votaba por partidos de derecha, la clase media se inclinaba por partidos de centro y las clases trabajadoras lo hacían por los sectores de izquierda. Mientras la derecha defendía los intereses de los dueños del capital y los valores conservadores, la izquierda se identificaba con los intereses de los pobres y aquellos que no tenían acceso a derechos políticos y sociales”*. Sin embargo, desde 1990 en adelante, producto de las radicales transformaciones sociales, económicas y políticas no solo registradas en la sociedad chilena sino a nivel mundial, *“las cosas parecen haber cambiado. Mientras la clase alta sigue votando mayoritariamente por partidos de derecha, las clases medias y la clase trabajadora parecen dispersar sus preferencias entre partidos de centroizquierda e incluso de derecha”*.

En su opinión, el planteo hipotético que explicaría este cambio en la conducta electoral dice relación con el cambio de la oferta programática de los partidos de izquierda y derecha en Chile. Ahora bien, este cambio obedece, al “triunfo” de la economía de mercado, o sea, del capitalismo, sobre los socialismos reales.

* Doctor en Ciencia Política. Historiador, Profesor e Investigador titular de la Universidad ARCIS. Director Académico del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de la Escuela Latinoamericana de Estudios de Posgrados ELAP, UARCIS. Profesor Visitante en el Centro de Estudios Latinoamericano, CELA-UNAM.



Estas afirmaciones, ciertamente discutibles, resultan relevantes para abrir este artículo sobre el “reagrupamiento de la derecha política en Chile”. Lo son, fundamentalmente, porque tienden a avalar en algún sentido, lo que he venido sosteniendo en mis últimos análisis sobre lo que acontece en la sociedad y, especialmente, con la ciudadanía nacional. He sostenido que dada la consistente hegemonía del proyecto histórico-político neoliberal establecido por la derecha chilena tras el golpe militar de 1973, la sociedad chilena se ha transformado en la principal “sociedad neoliberal” de la región latinoamericana, conformándose un nuevo tipo de ciudadanía, esto es, el ciudadano neoliberal.

Las “élites dominantes” nacionales que abigarradamente conformarían aquello que podríamos denominar como “clase dominante”, y que a su vez constituirían la derecha política, no solo re-estructuraron o refundaron y/o revolucionaron el capitalismo en Chile desde 1973 hasta la actualidad, sino que lograron un objetivo político e histórico mayor, recomponer y restablecer su “hegemonía” o “weltanshaung” al interior de la formación social chilena. En otras palabras, lograron que importantes sectores sociales medios y populares, asumieran la “weltanshaung neoliberal” como propia.

La hegemonía de las élites dominantes, tanto de los sectores tradicionales como de los modernos, había sido quebrada y modificada desde fines del siglo XIX hasta 1973. Por esa razón, el historiador conservador Gonzalo Vial Correa, en su Historia de Chile 1891-1973, considera que el quiebre entre 1890-1920 de la hegemonía que las élites dominantes ejercían sobre la sociedad nacional, dio lugar a un largo periodo de decadencia (del alma) nacional. La instalación de la dictadura militar de las fuerzas armadas chilenas, el 11/9/1973, vino a detener, por un lado, dicho proceso y, por otro, reinstalar la dominación de las élites dominantes. Al cabo de tres décadas y medias de esa instalación, podemos afirmar que las élites dominantes, han logrado recomponer la hegemonía perdida hace un siglo, a través de los consensos autoritarios neoliberales.

Por esa razón es que importantes sectores de las clases populares y medias, actualmente no tendrían mayores problemas para apoyar ciudadanamente los planteamientos políticos, culturales, económicos e ideológicos, postulados por la derecha política

chilena. En otros términos, estos sectores sociales no rechazarían la cosmovisión neoliberal impuesta por la derecha desde 1973. La reciente elección del empresario Sebastián Piñera, militante de Renovación Nacional, al parecer, estaría demostrando la validez de este planteo.

No obstante, siendo efectivo que la hegemonía neoliberal actualmente es aceptada gruesamente por la mayoría de los actores sociales de la sociedad chilena, voy a sostener que el triunfo político electoral de la derecha política en la elección presidencial de 2009-2010, no está directamente relacionado con el supuesto cambio del comportamiento electoral de las y los ciudadanos nacionales, según su condición socio-económica; sino, con dos factores sociales y políticos centrales de las sociedades neoliberales, por un lado, la configuración de una ciudadanía abstencionista y, sobre todo, por la ausencia de un proyecto político contrahegemónico.

En esta comunicación me voy referir a la “derecha política” como la “nueva derecha política chilena”, que en realidad no es tan nueva, sino que ya tiene sobre los cuarenta años y explicar cómo ella ha recuperado el gobierno en las elecciones presidenciales del 17 de enero de 2010, recuperando la conducción gubernamental del Estado y de la sociedad neoliberal, tras haberla perdido hace 20 años. Voy enfatizar el hecho que, a pesar de las dos décadas de gobiernos concertacionistas, esta coalición política inicialmente de centro-izquierda, no transformó la weltanschauung neoliberal instalada por la nueva derecha en la sociedad chilena. Todo lo contrario, la profundizó y la extendió por toda la sociedad nacional, venciendo o barriendo o arrinconando o marginalizando cualquier manifestación política, ideológica y cultural anti-neoliberal. La Concertación de Partidos por la Democracia (CPPD) al neoliberalizarse se volvió un conglomerado de centro-derecha, en vez de continuar siendo opción alternativa al capitalismo autoritario neoliberal.

He estructurado este artículo en tres apartados. En primer lugar, entraremos en ese mar tormentoso que supone definir lo que vamos a entender por derecha política, advirtiendo desde ya que el concepto mismo de “derecha política” es más amplio e inclusivo que decir “élites dominantes” o “clases dominantes”. Una cosa es la “derecha” como actor político que nos remite a los partidos



que asumen esa posición al interior del sistema político y, otra cosa, es la “clase dominante”, aunque en muchas ocasiones se tiende a asimilarlas. En segundo lugar, vamos a caracterizar la derecha política chilena actual a través de sus organizaciones políticas partidistas. Aquí me voy a referir a la Unión Demócrata Independiente, UDI, y a Renovación Nacional, RN, los dos partidos políticos que integran la Coalición por el Cambio, alianza política que postuló a Sebastián Piñera como candidato a la presidencia y son la base partidista de su gobierno. En tercer lugar, analizaré la vuelta de la derecha política al gobierno a través de los mecanismos electorales, destacando que su triunfo obedece al manifiesto apoyo ciudadano de los sectores socioeconómicos altos, como de importantes segmentos sociales de los sectores medios y en menor medida de los sectores populares. Pero, por sobre eso, por la existencia de una ciudadanía neoliberal abstencionista apolítica y, sobre todo, el quiebre interno de la centro derecha neoliberal.

Definiendo a la derecha en la sociedad neoliberal

Como es obligado en cualquier comunicación histórica, sociológica o politológica que se precie de tal, ésta debe iniciarse con la tediosa pero necesaria tarea de definir el objeto de nuestro análisis, en este caso, la derecha política en la sociedad neoliberal chilena.

De acuerdo a una primera acepción de carácter general y tradicional, la derecha política en el siglo XX y en la actualidad, estaría conformada por todos aquellos partidos políticos vinculados a la defensa del capitalismo. O sea, defensores de la propiedad privada, de la acumulación de capital y, por tanto, de la defensa del statu quo en términos valóricos. En ese sentido, podríamos considerarlos como partidos políticos que expresan una tendencia conservadora, obviamente entendida ésta de una manera distinta a como se manifestó el conservadurismo durante los siglos XIX y XX.

De manera que esta acepción presenta varios problemas de entrada. Uno de ellos se encuentra en el hecho que actualmente muchos partidos políticos se presentan como defensores de la propiedad privada, de la acumulación capitalista y del status quo en materia valórica. Aunque declaran no tener ni asumir posturas políticas conservadoras como es el caso, por ejemplo, del Partido

Demócrata Cristiano chileno, o inclusive, de los partidos socialdemócratas, el Partido por la Democracia (PPD) y el Partido Socialista de Chile, (PSCh), éstos han aceptado la existencia de la propiedad privada y de la acumulación capitalista. A pesar de plantear posturas valóricas distintas y significativas en relación al orden social con otros partidos políticos, igualmente, sostienen el orden capitalista actual. La pregunta entonces, que nos debemos formular en relación a este punto, debiera apuntar sobre lo acertado o no de usar como criterio de “diferenciación” entre los partidos, la cuestión “valórica”.

Pienso que ese criterio no es suficiente. Entonces, nuevamente pregunto ¿qué es lo que hace hoy en Chile a un partido político, ser de derecha y qué hace que otro no lo sea? Establecer esta cuestión para el caso chileno, se vuelve mucho más compleja y difícil, debido a que la cosmovisión dominante y hegemónica es justamente la “weltanshaung” neoliberal, es decir, una “constelación ideológica” elaborada por intelectuales y pensadores ligados a posiciones conservadoras, como liberales, es decir, a sectores que tradicionalmente se consideran de derecha. Es más fácil establecer cuáles son los partidos políticos, actualmente, no neoliberales, o sea, todos aquellos que se oponen, justamente, a la hegemonía capitalista neoliberal o al capitalismo en general.

Ahora bien, de acuerdo al análisis del proceso político chileno en los últimos 20 años, como también de la acción de los gobiernos concertacionistas, tanto en su fase democratacristiana (1990-2000) como en su fase socialista (2000-2010), permite sostener que al asumirse el neoliberalismo como forma económica de acumulación y, al mismo tiempo, como forma de organización de la sociedad, se abandonaron las posiciones anti-neoliberales manifestadas durante la dictadura militar. La sociedad chilena se hizo neoliberal.

Esto último nos lleva a plantear lo siguiente: si la formación social chilena la hemos caracterizado como una sociedad neoliberal, debemos concluir lógicamente entonces, que en ella la derecha política estaría conformada tanto por los partidos que conforman la “Coalición por el Cambio”, Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), como por los partidos que integran la Concertación de Partidos por la Democracia (CPPD), el



Partido Demócrata Cristiano, (PDC), el Partido Radical Socialdemócrata (PRSD), el Partido por la Democracia (PPD), y el Partido Socialista de Chile, PSCh. Y tan solo los partidos de la izquierda como el Partido Comunista de Chile (PCCh), la Izquierda Cristiana (IC), el Partido Humanista (PH), y Verde Ecologista, entre otros, serían los partidos antineoliberales.

La CPPD conformaría la centro-derecha-neoliberal. Este conglomerado, por cierto, se diferencia políticamente bien de la izquierda antineoliberal, pero muy mal de la derecha neoliberal. En este caso, el recurso de la dimensión valórica y cultural, para algunos analistas, se vuelve central a la hora de establecer las distinciones políticas entre estos dos sectores políticos. Ciertamente, los partidos de la derecha neoliberal, la UDI y RN, poseen un conjunto de valores culturales que chocan abiertamente con los postulados valóricos de los partidos, PPD y PSCH, pero no necesariamente con los valores que defienden algunos sectores demócratacristianos. No obstante, al aceptar los principales elementos que configuran el orden capitalista actual, aspectos que sí permitieron diferenciarlos claramente en el pasado, hoy terminan por situarlos en un mismo espacio político-ideológico hegemónico: el neoliberalismo.

Estos partidos de derecha, como de la centro-derecha, aceptan tres aspectos constitutivos del orden político, económico, social y cultural actual, a saber: en primer lugar, ninguno de ellos cuestiona la existencia del capitalismo como forma de organización económica y social de la sociedad; por tanto, no proponen su superación, ni su abolición, ni su reemplazo, por otra forma de organización económica como podría ser, por ejemplo, el socialismo. En segundo lugar, todos coinciden en aceptar y defender la propiedad privada en todas y sus variadas formas que adquiere en el capitalismo. En tercer lugar, todos aceptan al mercado competitivo. Unos proponen cierta regulación e intervención del Estado, mientras que otros postulan el rol subsidiario de éste. O sea, unos son partidarios de más mercado y los otros de más Estado, sin que ello suponga modificar las bases de sustentación del orden neoliberal o del capitalismo.

En consecuencia, las coincidencias entre ambos conglomerados políticos es larga y variada en diversos planos, ya sean económicos, políticos, sociales, e inclusive, culturales, para sostener que

estamos en presencia de dos sectores políticamente de derecha. Pero, otra vez, entonces, dónde radica(n) la(s) diferencia(s) política(s) para sostener que la “derecha política” ha vuelto al poder en Chile. En realidad, existe un conjunto de factores históricos, políticos y sociológicos por un lado, y factores doctrinarios e ideológicos relativos a diversas dimensiones de la sociedad, por otro, los que permiten establecer una delgada línea fronteriza entre lo que es la “derecha política neoliberal” y la centro-derecha-neoliberal. Veamos brevemente en que consisten estos factores.

El factor histórico dice relación con la vinculación de estos partidos políticos no con el capitalismo neoliberal actualmente predominante, sino con la dictadura militar (1973-1990). Los partidos que integran la Coalición por el Cambio, la UDI y RN, surgen en el escenario político de fines de los años ochenta como activos defensores del proyecto político autoritario establecido por los sectores sociales ligados al capital nacional e internacional. Serán agrupaciones políticas que defenderán la obra histórica y política del general Augusto Pinochet, la Constitución Política de 1980, la economía de mercado y apoyarán al dictador en el plebiscito sucesorio de 1988. Aunque entre ambos partidos políticos existen matices en sus posturas relativas a la dictadura, éstas resultan nimias comparadas con las diferencias de fondo que tienen con los partidos de la CPPD, especialmente con el PPD y PSCh. Pero también se marcan en relación con el PDC, si bien este último apoyó políticamente el derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular, y muchos de sus militantes participaron en la primera fase de la dictadura, a fines de los años setenta, tomará distancia y pasará a engrosar la fila de los sectores opositores prodemocráticos. De manera que este factor histórico-político se constituye en elemento diferenciador fuerte entre ambos sectores.

El factor político institucional tiene como eje diferenciador, la Constitución de 1980. Para algunos sectores concertacionistas, especialmente en su ala “izquierda neoliberal” (PRSD, PPD y PSCh) pero también en el PDC, la vigencia de la Constitución Política de 1980 ha sido permanentemente cuestionada por su condición eminentemente autoritaria, mientras los partidos de la “Coalición” se declaran abiertamente defensores de ella y propician la continuidad de sus principales articulados, pues en su opinión, la Constitución de 1980 ha sido el principal factor de estabilidad



institucional del régimen político post-dictadura, o sea, la democracia protegida (1990-2010). Los sectores concertacionistas han propiciado permanentemente su modificación integral o parte significativa de ella, para avanzar hacia la conformación de un régimen democrático liberal representativo. Durante los gobiernos concertacionistas se avanzó algo en esa dirección.

Sin embargo, los poderosos enclaves autoritarios establecidos en el régimen político y, sobre todo, en el institucionalizado sistema electoral binominal, -sistema electoral que permite a los partidos de la “Coalición” disponer de una sobrerrepresentación política en el Parlamento y un inmenso “poder de veto”- han impedido la reforma integral de la autoritaria constitución legada por la dictadura militar. Por tanto, teniendo en cuenta este eje político-institucional, es posible señalar en Chile la existencia de, una derecha política neoliberal de orientación autoritaria electoral, y una centro-derecha neoliberal de orientación democrática-electoral.

Un tercer factor diferenciador entre estos dos conglomerados, tiene que ver con los sectores sociales que constituyen su base de apoyo electoral ciudadano. Chile ha sido siempre una sociedad con una sólida estructura de clases. Más allá de las transformaciones socioeconómicas operadas en los últimos años, la diferenciación social y de clase se impone en todos los ámbitos de la sociedad. La clase alta, vincula a las élites dominantes, (la gran burguesía) vive, estudia, trabaja, consume y se divierte en determinados espacios socio-urbanos-culturales, económicos, políticos, claramente diferenciados de los sectores medios (mediana y pequeña burguesía) y éstos, de los sectores populares. Hay un espacio para cada uno en la ciudad, por ejemplo, de Santiago. Este esquema se reproduce en todas las ciudades del país, pero también en las zonas rurales, desde Arica a Punta Arenas.

Esta estructura social, obviamente con matices, se manifiesta en la conformación de los partidos políticos y sus adherentes, sobre todo, en los núcleos dirigenciales, más allá del comportamiento político electoral de los ciudadanos. Los partidos de la clase alta, o de los estratos socioeconómicos altos, son los partidos de la “Coalición por el Cambio”. Estos sectores mayoritariamente se identifican política, doctrinaria e ideológicamente con los postulados que formulan tanto la UDI como RN. Un porcentaje no despreciable también, lo hace con los sectores conservadores de la Democracia Cristiana.

Los sectores medios, gruesamente se identifican con los partidos concertacionistas, pero también con los partidos de la Coalición, especialmente con RN y en los últimos años con la UDI, si bien en los últimos 20 años favorecieron electoralmente a la Concertación. Este apoyo obedeció, fundamentalmente, a la posición conservadora adoptada por este conglomerado. Además, en estos sectores, en las nuevas clases medias constituidas en los últimos 35 años, es en donde la hegemonía neoliberal se manifiesta con toda su intensidad cultural, económica, social y política. Estas “nuevas” clases medias son eminentemente neoliberales. Ello explica su apoyo a la Coalición por el Cambio, y a Sebastián Piñera, ante el agotamiento y crisis política de la CPPD. Además, porque este cambio gubernamental, o sea, la alternancia política, no modificaba ni alteraba las condiciones materiales obtenidas tras 20 años de políticas neoliberales de parte de los gobiernos concertacionistas.

Por último, los sectores populares se han identificado en los últimos 20 años con los partidos de la CPPD y, especialmente, con la izquierda “neoliberal” concertacionista. Y también, con los partidos políticos de la izquierda extraparlamentaria. Esta identificación está fuertemente ligada a la percepción que tienen de los partidos de la “Coalición por el Cambio” como los partidos de los “ricos”, de los patrones, de los “milicos”, o partidos del Dictador. Mientras que los partidos concertacionistas son percibidos como partidos democráticos y defensores de posturas progresistas y defensores de sus derechos sociales, políticos y culturales, o sobre todo, defensores de los derechos humanos. Los sectores populares, al visualizar la derechización neoliberal de la Concertación, optaron por abandonar el espacio político electoral, transformándose masivamente en ciudadanos abstencionistas o votando por los partidos extraparlamentarios antineoliberales, principalmente por el PCh. Incluso, también, votando por los partidos políticos de la Coalición por el Cambio. Esto llevó a algunos analistas a sostener que los sectores populares apoyaban significativamente a la derecha neoliberal autoritaria. Sin embargo, la reciente elección presidencial proporciona un dato electoral duro, interesante de constatar, pues, si bien no contradice lo antes afirmado, lo relativiza, o pone en duda la efectividad de la penetración doctrinaria o ideológica de la derecha neoliberal, en el espacio social popular. Revisando los resultados electorales por comunas de la Región Metropolitana y ordenadas éstas por



condición socioeconómica: en ninguna comuna popular, o sea, donde viven los sectores socioeconómicos “bajos” o “pobres”, ganó Sebastián Piñera, en la segunda vuelta. El voto popular fue al candidato presidencial de la CPPD, marcando con ello, de manera contundente, su distancia con el representante de las élites dominantes y del poder económico nacional.

En conclusión, si bien, los partidos que conforman el actual sistema político chileno y participan activamente en el régimen autoritario electoral (la democracia protegida) han asumido los principales postulados del neoliberalismo, tanto en su dimensión económica, política y social distanciándose sólo en algunos elementos culturales, los diversos grupos socioeconómicos que actualmente están inscritos en el padrón electoral nacional, tiende a diferenciar por su vinculación de clase. Aunque la hegemonía cultural e ideológica se manifiesta de diversas formas sobre estos sectores, es claro que el voto de clase en Chile tiende a mantenerse. Los sectores altos votan por los partidos políticos de la derecha neoliberal, sectores medios, dividen sus preferencias entre los partidos de la derecha neoliberal y los partidos de la coalición de centro derecha neoliberal, mientras que los sectores populares, si bien votan por los partidos de la coalición de centro derecha neoliberal, se inclinan por los partidos de tradición histórica de izquierda como el Partido Socialista y el Partido por la Democracia y otros; en menor proporción votan por los partidos de la izquierda antineoliberales. Pero también habría que resaltar que una importante proporción de estos sectores lo hacen, como también lo hicieron en la vieja democracia chilena (de 1973 hacia atrás) por partidos de la derecha. En ese sentido, a pesar de lo señalado en la “sociedad chilena inscrita”, las preferencias electorales se mueven desde la centro derecha neoliberal a la derecha neoliberal, marcando un rasgo característico de las sociedades neoliberales: su tendencia conservadora.

Cerrando este apartado pienso que queda relativamente claro que la sociedad chilena es una sociedad conservadora, con el predominio de sistema de partidos hegemonizado por el pensamiento neoliberal y que las diferencias entre los partidos de la derecha neoliberal con los de la centro derecha neoliberal, está marcada:

- i. por su vinculación con la dictadura militar
- ii. por la concepción de la democracia que defienden, unos son

defensores de la democracia protegida constitucionalmente diseñada en el Constitución política de 1980 y los otros, defensores de la democracia liberal representativa, y

- iii. por su condición de clase o representación clasista de ellos, que manifiesta el electorado nacional.

En fin, luego de 20 años de gobierno de la centro derecha neoliberal (CPPD), la derecha neoliberal autoritaria recupera tanto la conducción política del Estado como de la sociedad neoliberal. O sea, pasa a dirigir, respaldada en la institucionalidad política instalada en 1980 y dinamizada en 1990 a través de los consensos políticos autoritarios, la marcha del capitalismo neoliberal.

La derecha política, la Coalición por el Cambio, obtiene el poder político del Estado neoliberal y con ello las élites dominantes nacionales vinculadas a las distintas fracciones del capital nacional e internacional, logran tener el control total de las principales fuentes del poder: ideológico, económico, social, judicial, medios de comunicación, militar, etcétera. En ese sentido, la dominación y la hegemonía neoliberal es total y completa en la sociedad chilena. Ahora bien, como toda dominación, puede por cierto presentar algunas fracturas o grietas o resistencias, éstas no son más que “leves y superficiales rasguños”, que difícilmente le hacen daño. Desde 1983-1985, periodo de las movilizaciones sociales y políticas en contra de la dictadura militar, hasta el día hoy, es decir, durante 25 años, el neoliberalismo chileno no ha experimentado ninguna crisis política de dominación ni de hegemonía, semejante a las crisis políticas experimentadas en Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, México u otros países de la región. Incluso, ni las crisis económicas capitalistas centrales, la asiática (1997-1998) ni la actual (2008), ni las movilizaciones sociales como la denominada “revolución pingüina” de los estudiantes secundarios (2006), han logrado generar una crisis política en la dominación neoliberal chilena.

La derecha neoliberal autoritaria: UDI y RN

La UDI: el bastión del autoritarismo neoliberal. La derecha política neoliberal autoritaria está conformada por dos partidos, la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional. El partido principal en términos electorales en la actualidad es la UDI. Veamos algunas características de este partido.



La UDI mezcla postulados liberales en lo económico y conservadores en lo valórico. A esto se añade una visceral desconfianza hacia el Estado y la política. Este partido defiende el modelo de economía de mercado. El principio de la libertad es lo esencial, por sobre la igualdad. Esta libertad comprende fundamentalmente la libertad individual para emprender en el ámbito de los negocios, para que el Estado tenga el menor control posible de la economía. Sin embargo, esta libertad está restringida a lo económico, pues en el ámbito valórico son más restrictivos. Valoran a la familia, estructurada de manera tradicional, como la unidad esencial a partir de la cual se deciden muchos temas y en los cuales el Estado no debe tener injerencia. Es partidaria del sector privado en casi todas las áreas de gestión pública. Para la UDI basta con el crecimiento para superar la pobreza.

El partido se define como popular, por la libertad y con sentido cristiano. Popular en el sentido de una definición integradora. “Del pueblo chileno forman parte todos, sin exclusión”. Apuesta, al igual que RN, por la libertad y el individuo. La UDI quiere un Estado más pequeño, más sector privado, menos regulación.

El origen de la UDI está el movimiento gremialista de la Universidad Católica. A fines de los años sesenta, este movimiento controlaba la Federación de Estudiantes de dicha Universidad. Este grupo rechazaba la politización de diferentes estamentos de la sociedad. Querían estamentos intermedios poderosos que contrapesaran el poder estatal. Para ellos la sociedad estaba en crisis, por lo que proponían un Estado subsidiario que tuviese la menor injerencia posible en los temas de la sociedad. En 1983 deciden convertirse en partido político. La UDI postuló la instauración de una sociedad libre y democrática que respetara el derecho de propiedad y a la libre empresa.

La UDI es un partido relacionado fuertemente con la religión, especialmente, con los sectores del Opus Dei. Expresa un marcado rechazo hacia el socialismo y el marxismo, así como hacia sus experiencias históricas. Lo ven como algo totalmente negativo desde el punto de vista teórico e histórico.

En lo político, la UDI postula que el régimen democrático es la forma de gobierno inherente a la tradición e idiosincrasia chilena. Sin embargo, postulan un tipo de democracia lo más ajena posible a la democracia que funcionaba antes del golpe de Estado de 1973.

Esta colectividad defiende la Constitución de 1980 como un marco legal y jurídico coherente, por lo que ha rechazado sistemáticamente las propuestas de reformas constitucionales planteadas por los gobiernos y parlamentarios de la Concertación. En el mismo sentido, la UDI postula reforzar los derechos establecidos en la Constitución. Es decir, la defensa a ultranza de la democracia protegida.

Desde 1992 el partido diseñó un programa “UDI en Terreno”, con la idea de expandir los valores y postulados políticos hacia sectores que tradicionalmente no eran cubiertos por la acción del partido. Bajo este programa, toda la estructura de la UDI, entre ellos: dirigentes regionales y juveniles, diputados, senadores, profesionales, técnicos, alcaldes y concejales, abordaron a lo largo de todo el país, los problemas supuestamente reales que afectan a la población, y profundizaron los lazos con las zonas extremas de Chile y con el mundo agrícola y campesino.

En las elecciones parlamentarias de 1997, la UDI creció electoralmente y logró ganar a un número importante de senadores. Por su parte, el alcalde de la Comuna Las Condes, Joaquín Lavín, impuso un nuevo estilo de hacer política. Este estilo, cercano y ajeno al de los políticos tradicionales, lo llevó a ser el candidato presidencial para las elecciones de 1999 donde se produjo un empate técnico, en primera vuelta, con Ricardo Lagos (Lagos 47,96% , Lavín 47,51%).

En el año 2000, la UDI logró ganar un centenar de municipios, imprimiendo en todo Chile el estilo Lavín a los gobiernos locales. Al año siguiente en las elecciones parlamentarias, se transformó en el partido político más grande de Chile, con un 25,18%. La UDI comenzó a ganar aún más popularidad, los votos aumentaban elección tras elección.

La UDI desde las elecciones de 2001, es uno de los partidos más votados, logrando colocar a 31 diputados (elecciones de 2001), 34 diputados (elecciones de 2005) y 37 diputados (elecciones de 2009) y tres independientes que le apoyan. En una pequeña Cámara de Diputados (120 diputados), la UDI es hoy un poderoso actor, necesario en muchas ocasiones, para sacar adelante la legislación. El partido de Piñera (RN) ha aumentado sus votos pero disminuido sus escaños (de 20 escaños a 18), por las paradojas que genera un muy desproporcionado sistema electoral.



Sin embargo, a pesar de su crecimiento electoral, la UDI no ha logrado colocar a su candidato presidencial histórico en La Moneda. Joaquín Lavín ha sido derrotado no sólo por la centro derecha neoliberal, CPPD, sino también por su aliado principal RN. Lavín sólo ha ganado elecciones comunales. Perdió las presidenciales de 1999 y 2005. A pesar de ello el partido ha tenido una trayectoria electoral ascendente debido a tres factores fundamentales, a saber: en primer término, la cohesión ideológica y doctrinaria de sus líderes fundadores. En segundo lugar, su estructura jerarquizada de poder, centralismo democrático estilo leninista. Y en tercer lugar, su especial dedicación a cooptar adhesión entre los sectores populares de la sociedad.

La unidad y coherencia de la UDI la ha dotado de gran eficacia política. Y por eso es que durante los últimos años ha cosechado triunfos electorales. Una vez más dio resultado el “partido semilla”, que crece organizadamente, desde un centro de vida, ideas y acción coherentes, como fue el caso del Partido Radical y el Partido Demócrata Cristiano, para dar ejemplos chilenos.

Por otra parte, la UDI, desde su nacimiento contó con condiciones institucionales favorables. La institucionalidad política autoritaria sirve a los intereses políticos estratégicos del partido. Fueron establecidos, justamente, para ellos, por su líder histórico Jaime Guzmán. Por esa razón, la UDI, se transformó en el escudo y el vigilante del patrimonio heredado del régimen autoritario. O sea, de las principales características de la sociedad neoliberal. Pero, además, de un modo pragmático, los precursores de la UDI utilizaron sus posiciones de poder, ejercido durante la dictadura, especialmente las alcaldías, para crear una red de soporte político en sectores sociales medios y populares.

La garantía de este blindaje de la UDI se encuentra en dos ideas fuerza, plasmadas en la Constitución de 1980: el concepto de democracia protegida o tutelada, y la inclusión de las Fuerzas Armadas como actores políticos y garantes y contrapeso del poder constitucional. Estos dos conceptos claves son claramente antidemocráticos y revelan la desconfianza de los dirigentes de la UDI con la democracia liberal representativa, para no decir, con toda forma democrática.

Renovación Nacional: La derecha (neo)liberal frustrada. Renovación Nacional tiene sus orígenes en grupos de derecha que actuaron en

la dictadura militar. RN es el resultado de la fusión de tres grupos de derecha que se unen en 1987. El MUN (Movimiento de Unión Nacional), que en 1983 se formó con exmilitantes del Partido Nacional, y se definió como democrático, amplio y renovador. En 1987 el MUN convocó al Partido Nacional, a la UDI y al Frente Nacional de Trabajo a unirse en un solo partido. La UDI y el Frente acogieron el llamado. Renovación Nacional fue fundada el 8 de febrero de 1987. Pero en 1988 se produjo un quiebre y el sector liderado por Jaime Guzmán formó la agrupación UDI, por el Sí.

RN centra sus planteamientos en el tema de la libertad, teniendo menos aversión a la política. Postula una economía social de mercado donde el sistema político democrático tiene un rol que cumplir. Al igual que la UDI, rechaza de raíz el socialismo. Para RN, el Estado debe tener un rol subsidiario.

En su declaración de principios, aspira a una sociedad de hombres libres, con una democracia moderna, eficaz y estable, para no volver a los modelos socialistas, que considera confiscatorios, donde la democracia estaría al servicio de la pobreza y la discrecionalidad.

A pesar de haber apoyado a la dictadura, se define como un partido libertario y antitotalitario que aspira a ser fiel a las mejores tradiciones democráticas y republicanas del país. Comparte con la UDI varios postulados: adhesión a la economía social de mercado; el favorecer la autonomía de las personas y organizaciones; y una desconfianza visceral hacia el Estado y los partidos políticos.

Este partido postula que el ser humano tiene derechos naturales anteriores y superiores a los del Estado. La familia es el núcleo básico de la sociedad, mientras que la finalidad del Estado es promover el bien común. En sus principios, RN señala que su proyecto se basa en la persona humana, para el despliegue de todas sus facultades. Es un concepto de hombre como ser racional, libre y responsable de sus actos, con un fin trascendente y poseedor de derechos inalienables anteriores al Estado.

En lo político, RN postula que el primer compromiso del partido es consolidar la democracia representativa y pluralista, descentralizada y participativa, moderna y eficiente. Si bien



rechaza las propuestas constitucionales de la Concertación, su posición ha sido más abierta que la UDI a discutir algunas materias. Esta colectividad enfatiza positivamente dos aspectos que son ignorados por la UDI: el tema de la igualdad de oportunidades como expresión de justicia social, y la dispersión del poder político y económico.

Para RN es importante incentivar la dispersión del poder político y económico. La tarea en una democracia es asegurar la libertad de los individuos y exige una real desconcentración del poder político y económico, y que ni el Estado ni ningún organismo social invadan el ámbito de la libertad personal o de la competencia de las instituciones intermedias. Por lo tanto, RN es partidario de traspasar responsabilidades y autonomía económica y administrativa a los municipios y regiones. Propicia la ampliación de los ámbitos de la libertad de las personas en todas las esferas. Quiere desplazar el poder del Estado hacia el individuo y sus organizaciones.

RN se opone a que el Estado se entrometa en áreas que son privativas de la autonomía familiar o individual, al igual que la UDI. Sólo que esta última vincula esta esfera, con los códigos morales de la religión católica en su vertiente más conservadora.

RN, según los analistas de la propia derecha, nació mal concebida. Lo primero se debe a la diversidad de grupos que lo integraron originalmente. Se supone que la diversidad es riqueza. Pero esto, cuando se trata de un partido político, solamente es válido si esa diversidad reconoce una base común, una malla que la une y le confiere una identidad común. Si la diversidad es una sumatoria de grupos antagónicos y en guerra permanente, no hay comunidad. No hay partido. Este error en el diseño de RN le ha costado caro.

La aparición de RN generó expectativa y esperanzas, por tres razones principales. En primer término, porque el mayor peso e influencia fue compartido por un grupo de figuras representativas de la “denominada” derecha republicana tradicional, por una parte, y por una joven generación de dirigentes liberales, por otra. En este hecho, se creyó *ver la posibilidad de un partido democrático de centro-derecha, moderado y habilitado para superar el anclaje de la derecha con la dictadura*. En segundo lugar,

porque iniciado el régimen pos-autoritario, la dirigencia de RN, liderada por los sectores liberales, abrió un frente de ruptura con la dictadura, promoviendo las reformas constitucionales y el comienzo de un amplio diálogo sobre la cuestión de los derechos humanos. Y, en fin, porque en las primeras elecciones parlamentarias, RN se encontró encabezando la oposición al primer gobierno democrático.

Los problemas de RN comenzaron cuando los errores de diseño fundacional del partido empezaron a manifestarse. En efecto, entre los grupos que integraron el partido, había destacados personeros de la dictadura que vetaron constante y eficazmente la acción de los sectores liberales y democráticos. A la acción de esta verdadera quinta columna, se unió la presión externa de los poderes de facto y las divergencias de los mismos líderes del partido. En definitiva, RN demostraba una gran impotencia, pues sus decisiones institucionales eran desconocidas por una parte de sus propios parlamentarios, con la consiguiente pérdida de confianza y credibilidad pública. Esta especie de crisis sostenida produjo la caída electoral de RN desde 1997 en adelante en beneficio de la UDI. A pesar que actualmente el presidente Piñera es militante de RN, el partido no logró un lugar destacado en el gabinete ni en los círculos de influencia del ejecutivo.

El triunfo de la derecha neoliberal autoritaria

Dos importantes e influyentes sociólogos políticos nacionales coinciden -a pesar de sus distintas posturas políticas actuales pero comunes en el pasado, ambos fueron militantes del MAPU, partido que se desprendió del Partido Demócrata Cristiano en 1969- en señalar que el golpe de Estado de 1973 abrió en el país un proceso de transformaciones radicales que no dudan en calificarlo como de 'revolucionario'. Para Tomás Moulian, desde la izquierda antineoliberal, se trata de una *terrorista revolución capitalista* y para Eugenio Tironi, en la centro derecha neoliberal, de una *modernizadora revolución liberal (conservadora) norteamericanizada*. Esta revolución, en verdad una violenta contrarrevolución anti-popular, dio origen a una nueva sociedad.

Esta nueva sociedad es la "sociedad neoliberal". Una sociedad ultramercantilizada, individualista, apolítica, mediática, desigual, fragmentada, consumista, hedonista, autoritaria, competitiva,



clasista, racista, discriminadora, homofóbica, pero sobre todo, ultra-conservadora. Una sociedad cuyo norte es llegar a ser como la sociedad estadounidense, dominada por la competencia, la entretención y la estupidez televisiva. Donde se enseña que para vivir, estar y ser en ella se requiere tener: éxito, fama y dinero o si no, no eres nadie. Donde la solidaridad se mide en miles de dólares, a través del acto sublime del ciudadano neoliberal: comprando y/o vendiendo mercancías en el mercado de la entretención y de las emociones institucionalizadas, por ejemplo, la Teletón. Chile como sociedad es un gran “reality show”, donde las vidas de todas y todos es un espectáculo: ¿incluso la política?

Un primer impulso sería responder que sí, también; la política se ha transformado en un espectáculo, como diría Moulian, en una pseudo-política, vacía y estéril. Pero, en verdad la “política”, aquella que dice relación directa no solo con la conservación u obtención del poder político directo, el gobierno, sino con la reproducción de la dominación y, sobre todo, de la hegemonía, no tiene nada de espectáculo, ni de falsa apariencia, ni es vacía ni estéril. Todo lo contrario.

El proyecto histórico-político de las élites dominantes de ese abigarrado conglomerado que conforma la clase capitalista nacional -que expresan de distintas formas los partidos políticos de la derecha neoliberal- tiene una consistencia granítica. Consistencia que proviene de la hegemonía neoliberal y, especialmente, del poder infraestructural que estas élites han desplegado en el Estado, en el régimen político y en la sociedad. Diríamos que desde finales del siglo XIX, las diferentes élites dominantes nacionales no contaban con un sólido y coherente proyecto histórico-político aceptado y asumido por todos sus integrantes. Matices más, matices menos, la clase dominante es hoy un conglomerado heterogéneo, disciplinado, articulado, poderoso, cohesionado, tras un mismo proyecto que les permite sentirse vencedores y triunfadores. Derrotaron al comunismo internacional, instalaron un sistema económico, social y político, el neoliberalismo, que desde los años ochenta transformó al mundo occidental y, que una década más tarde, 1991, triunfó a nivel mundial, tras la caída de los socialismos soviéticos. Han logrado superar, sin salirse de la línea trazada a finales de la década de los setenta, las diversas crisis capitalistas globales. Sus más acérrimos adversarios políticos, los partidos socialdemócratas o

socialistas, terminaron por aceptar las premisas fundamentales del neoliberalismo.

En fin, nadie podrá discutir que el proyecto político neoliberal triunfó en Chile, más allá de los costos horribles que generó en las vidas de los vencidos, y de todos/as las y los ciudadanos que debieron soportar 17 años de régimen autoritario. Estos no sólo fueron sometidos, sino que al cabo de 35 años se transformaron en unos nuevos sujetos sociales, sumisos, disciplinados, enajenados, vacuos, estériles, verdaderas máquinas de consumo. El sujeto neoliberal es el gestor último del triunfo de la derecha neoliberal autoritaria.

Cuando me refiero a la sociedad neoliberal triunfante, la estoy pensando en ese entramado inmaterial, inasible, en que descansan los ordenamientos societales, es decir, en una hegemonía entendida no como falsa conciencia, sino como reproducción de ese orden social, en la subjetividad, en las creencias y la mentalidad colectivas.

Como sostuvo Antonio Gramsci, la hegemonía no significa la mera imposición de ideas o de intereses de los sectores ciudadanos dominantes, sino la aceptación activa de los otros, es decir, de las y los ciudadanos subalternos. Tampoco es la imposición de una determinada *weltanshaung* sobre una sociedad pasiva y resignada. La hegemonía se construye en el conflicto y en la relación entre dominadores y dominados. Es una construcción histórica dialéctica en la cual también intervienen activamente los grupos sociales subalternos. Éstos, al asumir y aceptar esa *weltanshaung*, el neoliberalismo, contribuyeron a su triunfo. Por esa razón, el triunfo electoral de la derecha política en las elecciones presidenciales de 2009, materializa políticamente el triunfo del neoliberalismo, cuando la CPPD considera que esto era lo mejor que había producido el régimen militar.

Efectivamente, la recuperación del Estado neoliberal por parte de los partidos políticos de la derecha neoliberal autoritaria, se gestó en una estrategia política electoral de largo plazo, que tanto la UDI como RN no sin quiebres, contradicciones, conflictos, traiciones políticas, desarrollaron desde las elecciones parlamentarias de 1997 hasta enero 2010, o sea, luego de trece años, el tortuoso y serpenteante camino a La Moneda, se coronó con éxito.



La estrategia electoral planteada contó con tres aliados indirectos pero centrales para ganar la presidencia de la República a través de los procedimientos electorales, a saber: (a) la crisis interna y el desgaste político de la CPPD; (b) el aumento permanente de la despolitización de la ciudadanía nacional expresada a través de la no inscripción electoral, de la abstención electoral, del voto nulo y el voto blanco, es decir, el aumento de la ciudadanía apolítica neoliberal; (c) un candidato que expresara de manera simbólica y materialmente hablando, lo que es o busca ser la sociedad neoliberal, en tres conceptos: triunfadora (exitosa), famosa y adinerada.

Desde 1997 en adelante la CPPD venía dando muestras de un constante pero permanente agotamiento político. Por esa razón estuvo a punto de perder el gobierno en dos ocasiones, la primera vez en la elección presidencial de 1999 cuando enfrentó el ascenso de Joaquín Lavín, y la segunda en el año 2005, con el atropellamiento de Sebastián Piñera. En ambas ocasiones la izquierda antineoliberal salvó a la candidatura de Ricardo Lagos y de Michelle Bachelet, respectivamente. La crisis interna de la CPPD quedó manifiesta cuando se desprendieron cuatro candidatos presidenciales, tres por la izquierda, Alejandro Navarro (PS), Jorge Arrate (PS), Marco Enríquez-Ominami (PS), y uno por la derecha, Adolfo Zaldívar (PDC).

Pero tan solo la candidatura de Marco Enríquez-Ominami provocó el efecto buscado por los estrategas de la derecha neoliberal, dividirla. Ante la división, la derecha neoliberal autoritaria a pesar de sus contradicciones se unió, se fortaleció, tras la figura de Sebastián Piñera. El rol político electoral de Enríquez-Ominami está aún por analizarse a fondo, para demostrar cómo fue el peón necesario de la estrategia electoral diseñada por la derecha autoritaria para llegar a La Moneda. La ambigüedad, la falta de claridad política, ideológica y doctrinaria, un vacío intento de hacer algo políticamente diferente en un tiempo muy breve, su inmadurez política electoral unida a una insoportable soberbia pseudo-intelectual propia de la actuales generaciones neoliberales, hicieron del díscolo ex parlamentario socialista de la Concertación, el candidato ideal para atraer el apoyo de todas y todos las y los descontentos, defraudados, enojados, desplazados, partidarios de la CPPD. Y de todos aquellos que rechazaban la candidatura del candidato oficial de la concertación, el expresidente Eduardo Frei Ruiz Tagle. El quiebre de la concertación dejó abierto el camino a

la derecha al Gobierno. Muchos que votaron por Marco Enríquez-Ominami, especialmente, de los sectores medios, terminaron entregando su apoyo, como voto de castigo, dicen los analistas, a Sebastián Piñera.

La ciudadanía neoliberal, tanto la no inscrita como la inscrita en los registros electorales, se identifica con las mujeres y los hombres exitosos, famosos y adinerados, por ejemplo, con el tenista Marcelo Ríos, prototipo por excelencia del individualismo triunfador, de quien solo vive para él mismo, creador de la célebre frase que envuelve a toda una generación de jóvenes: *“no estoy ni ahí”*.

Durante las dos décadas de gobiernos de la centro derecha neoliberal, gran parte de la ciudadanía nacional, no sólo joven sino de los jóvenes adultos, hicieron del *“no estoy ni ahí”* un slogan que ordenaba su existencia y su vida privada y pública. No estaban con nada de nada. Nada les interesaba ni los motivaba. Todo les parecía una carga, una imposición autoritaria. En aras de la más extrema libertad individual, se desvincularon de todo. Se descomprometieron. Huyeron de las responsabilidades cívicas y políticas. Se despolitizaron. Se encerraron en los espacios del hedonismo, la fiesta, el carrete, el amor confluyente, del alcoholismo extremo, del consumismo exagerado, en fin, desarrollaron una sociedad neoliberal juvenil del exceso, cuyos principales ídolos, por cierto, son los jóvenes triunfadores de la caja idiota. Esta nueva ciudadanía política, social y cultural, ha sido moldeada de acuerdo a los principales lineamientos del proyecto político social y cultural neoliberal. *Se trata de una ciudadanía despolitizada, conservadora, conformista, individualista, apática y totalmente indiferente con la actividad política en general y con la democrática, en particular.*

La conformación de esta ciudadanía neoliberal explica, que en la actualidad, aproximadamente 3.600.000 ciudadanas y ciudadanos no tengan ninguna participación ni actividad política relacionada con los quehaceres de la democracia, como son por ejemplo participar en los procesos electorales. *“No están ni ahí”* con todo lo que sea social-político colectivo, lo único que les interesa es su *“proyecto propio”*, el vivir plena e intensamente el presente.

Para ellos lo único que existe es el presente, nada más que el presente. En función a estas concepciones es que la población



mayoritariamente juvenil, entre los 18 y 29 años, haya renunciado voluntariamente a asumir la responsabilidad social que supone ser “ciudadanos políticos”. Rechazan todo lo tenga que ver con el deber cívico a sufragar o comprometerse con una determinada causa o actividad política que los vaya a sacar de su habitual actividad hedonista que disfrutaban en la sociedad neoliberal. Este rechazo no posee hasta ahora ningún planteamiento explícito que no sean alusiones generales a la actividad política como algo negativo.

El ciudadano neoliberal es un sujeto social “no participante” y, por esa razón, se ha constituido en el mejor ciudadano para mantener la dominación y hegemonía neoliberal. Ellos, sin participar directamente en la política, han decidido el rumbo que la sociedad chilena ha tomado en las últimas décadas.

La “no participación política electoral” ciudadana en Chile alcanza nada menos que a 4 millones de ciudadanas y ciudadanos que han renunciado libremente a elegir a las autoridades políticas. O sea, a un 30,7 % de la población con derechos políticos, no le interesa participar en política.

Tabla Nº 1. Evolución de la inscripción electoral

Elección Presidencial año	Población mayor de 18 años	Inscritos	No inscritos	% No inscritos
1989	8.499.972	7.557.537	942.435	11.1%
1993	9.052.632	8.085.493	967.193	10.7%
1999	10.126.098	8.084.476	2.041.622	20.2%
2005	11.322.769	8.220.897	3.101.872	27.4%
2009	11.965.990	8.285.186	3.680.804	30.7%

Fuente: SERVEL. Elaboración propia

Desde el año 1989, los electores en elecciones presidenciales han bordeado los 7 millones de ciudadanos inscritos en los registros electorales, mientras que los abstencionistas generales, es decir,

incluyendo las y los ciudadanos que votan nulo o dejan el voto en blanco, van en crecimiento sostenido, desde un 7.64% en 1989 a un 16.2%, en la pasada elección presidencial (véase la Tabla siguiente).

La evolución de la inscripción electoral (Tabla 1) nos va señalando cómo a lo largo de estos últimos 20 años, la ciudadanía neoliberal “no participante” fue aumentando de manera significativa, sin que la CPPD hiciera ningún esfuerzo por cambiar la tendencia. Se dio a través, por ejemplo, de procesos educativos de socialización política de carácter positivo que dejó en las manos de los medios de comunicación masiva, la mayoría de ellos controlados por los principales grupos económicos empresariales nacionales, la puesta en marcha de una “socialización política negativa”, fomentando con ello la despolitización de la población y el desprestigio de la actividad política.

Tabla N° 2. Abstención general (incluidos votos nulos y blancos)

Elección Presidencial Año	Votos válidamente emitidos	Total de Votantes	Total de Inscritos Padrón Electoral	Ciudadanos No partici- pantes	% de Ciudadanos no partici- pantes
1989	6.979.859	7.158.727	7.557.537	577.678	7.64%
1993	6.968.950	7.376.691	8.085.493	1.116.543	13.8%
1999	7.178.727	7.326.753	8.084.476	905.749	11.2%
2005	6.959.413	7.162.345	8.220.897	1.261.484	15.3%
2009	6.942.601	7.186.344	8.285.186	1.342.585	16.2%

Fuente: SERVEL. Elaboración propia.

La actividad política fue descrita como una actividad altamente negativa, sucia, corrupta, nociva, que enturbiaba la actividad normal de la ciudadanía neoliberal que no es otra que trabajar, consumir y divertirse. Además, este discurso de socialización negativa de la política, presentó a los disensos y conflictos políticos como peligros que atentaban contra la armonía social y que su existencia solo provocaba penurias y mayores costes para la ciudadanía. Durante años los concertacionistas permitieron que



este discurso penetrara en todas las instancias de la sociedad. La consecuencia de ello fue que las y los ciudadanos electores crecieran constantemente en la sociedad chilena. La Tabla N°3 muestra la evolución de los “no electores” (“no participantes”) en el tiempo; como puede observarse, su crecimiento es explosivo en 20 años de democracia neoliberal.

La constante socialización política negativa, la falta de políticas de educación y formación ciudadana por parte de los gobiernos concertacionistas, la desafección y apatía política de la ciudadanía neoliberal en formación y, por último, el permanente discurso crítico de la democracia política de un sector de la izquierda nacional, posibilitó que la masa de ciudadanos neoliberales creciera de manera significativa en la sociedad chilena. Los ciudadanos neoliberales “no electores”, actualmente constituyen la mayoría. Efectivamente, en la reciente elección presidencial un total de 5.023.389 ciudadanos nacionales tomaron palco, es decir, contemplaron, cómo un segmento cercano al 58% de la población decidía quién iba a gobernar el país, si la derecha neoliberal o la oficialista coalición concertacionista neoliberal. En otras palabras, el 42% de la población no se pronunció políticamente.

El principal efecto sobre el sistema político de este constante crecimiento de los “no electores” fue la elitización del régimen democrático. Éste quedó en manos de los partidos políticos conformes con el sistema. Tanto los de derecha, como los que integraban la CPPD, monopolizaron la actividad política y la representación ciudadana. Hicieron de la política una cuestión exclusivamente de ellos y excluyeron de toda participación a la ciudadanía, incluyendo, a los que votaban por ellos. Fomentaron la pseudo política, una política estéril, incapaz de plantearse el cambio político, social y económico. Se dedicaron a gobernar el mercado e incrementar las estructuras culturales, sociales y económicas propias del neoliberalismo.

Tabla N° 3. Evolución de los ciudadanos y ciudadanas no electores.

Elección Presidencial año	Población mayor de 18 años	No inscritos	Ciudadanos Abstencionistas	Total no electores	% de no electores
1989	8.499.972	942.435	577.678	1.520.113	17.88%
1993	9.052.632	967.193	1.116.543	2.083.736	23.01%
1999	10.126.098	2.041.622	905.749	2.947.371	29.10%
2005	11.322.769	3.101.872	1.261.484	4.363.356	38.53%
2009	11.965.990	3.680.804	1.342.585	5.023.389	41,98%

Fuente: SERVEL. Elaboración propia

Por lo tanto, el triunfo de la derecha empresarial, mercantil y financiera, es la consecuencia lógica de una hegemonía social, económica, cultural y política neoliberal desarrollada por la CPPD durante estos 20 años. La gran responsabilidad histórica y política de la existencia de este tipo de sociedad es de la CPPD. No vamos a analizar todo lo que hizo la Concertación para reproducir y ampliar el neoliberalismo durante esos 20 años, pues la lista sería muy larga. La tozudez de mantener el neoliberalismo por miedo al poder de la derecha empresarial, autoritaria, la llevó a negar la posibilidad del cambio político, de la transformación de las estructuras políticas institucionales heredadas del pinochetismo; durante 20 años se dedicó a administrar, de manera aplicada y obediente, al mercado, según los dictados del FMI y del capital internacional y local. Impuso la lógica mercantil en todas las dimensiones de las relaciones humanas y sociales. Mercantilizó la vida de todos y todas. Amplió los derechos ciudadanos pero como consumidores. La CPPD transformó a Chile en un Gran Centro Comercial. Por esa razón, en Chile todo se compra y vende. La privatización fue total y completa. El mercado lo provee todo. La ciudadanía sin mercado no es nada.

Los tres rasgos principales que definen la sociedad neoliberal: éxito, fama y dinero, los representa a cabalidad Sebastián Piñera, un exitoso empresario del capital financiero-especulativo,



ampliamente reconocido en la sociedad, por ende, famoso, ya sea por sus andanzas económicas, políticas, judiciales, académicas, etcétera y uno de los hombres más ricos de la sociedad chilena y de América Latina. Además, Piñera es un hombre relativamente joven, audaz, deslenguado, personalista, extrovertido y, sobre todo, desvinculado discursivamente de la dictadura militar, de la figura de A. Pinochet, sufragante por el NO en el plebiscito sucesorio de 1988; católico pero no ultramontano, liberal y neoliberal a la vez; autoritario pero “dicharachero” y “sonriente”. En fin, el lado opuesto de Joaquín Lavín, eterno candidato presidencial de la UDI, la otra cara de la derecha neoliberal, la dura, o ultra dura, mientras que Piñera, representa la cara blanda, flexible, la “cara amable” y seductora, para algunos, humana, del capitalismo neoliberal.

Bibliografía

Dávila, Mireya; Fuentes, Claudio 2003 *Promesas de Cambio. Izquierda y Derecha en el Chile Contemporáneo*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Gómez Leyton, J. C. 2006 “Ciudadanía en los tiempos del libre mercado” en León Aravena, Javier y otros (editores) *Discursos y Prácticas de Ciudadanía*. Ediciones Universidad del Bío Bio, Chile.

Gómez Leyton, J. 2008 “Gobernabilidad social en los tiempos de Michelle Bachelet. Política, Sociedad civil y Ciudadanía” en, Carlos Moreira, Diego Raus y Juan Carlos Gómez Leyton *La Nueva Política en América Latina. Rupturas y continuidades*. Editorial TRILCE, Montevideo.

Gómez Leyton, J. C. 2002 “Democracia y Ciudadanía latinoamericana en los tiempos del libre mercado” en *América Latina*, N°2, Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de América Latina, Universidad ARCIS, Santiago de Chile. pp. 59-91.

Gómez Leyton, J. C. 2003 “La Crisis de la representación política en Chile, 1990-2001” Ponencia presentada en el Congreso Internacional *América Latina Identidad, Integración y Globalización*, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 10-11-12 de julio. Córdoba, Argentina.

Gómez Leyton, J. C. 2003 "Notas para el estudio de la Historia Reciente del Capitalismo y la Democracia en América Latina". Ponencia presentada en la *I Reunión del Grupo de Trabajo Historia Reciente de CLACSO*. La Habana, Cuba.

Gómez Leyton, J. C. 2004 "¿Votar o no votar? ¿Esa es, realmente, la cuestión? o ¿Qué democracia queremos? Una argumentación política por la democracia post neoliberal" Ponencia presentada en el *Coloquio sobre la Nueva Ley de Elecciones*. Escuela de Ciencias Políticas, Universidad ARCIS. 23 de junio. Santiago de Chile.

Gómez Leyton, J. C. 2004 "Abstención Electoral, fragmentación ciudadana y crisis de la representación política, Chile 1989-2001" Ponencia presentada en el II Congreso Latinoamericano de Ciencia Política: *Los Desafíos de la Gobernanza Democrática en América Latina*, 29 de septiembre al 1 de octubre. ALACIP, Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, México D F, México.

Gómez Leyton, J. C. 2007 "Izquierdas, Gobiernos y Democracia en América Latina" en *Revista América Latina*, Doctorado PROSPAL, UARCIS, N°6, pág. 7-18.

Moulian, T. 1997 *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Universidad ARCIS/LOM, Santiago de Chile.

Moulian, T. 2004 *De la política letrada a la política analfabeta*. Ediciones LOM, Santiago de Chile.

Tironi, E. 2005 *El Sueño Chileno*. Editorial Taurus, Santiago de Chile.

Valdivia, Verónica 2007 *Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha política chilena. 1964-1973*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

VV. AA. 2006 *Gobierno de Lagos: Balance Crítico*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.



Paraguay: ¿profundización de la democracia o restauración conservadora?

*Hugo Richer**

Antecedentes históricos de la derecha

En el Paraguay la derecha organizó su modelo de dominación desde 1870, sobre las ruinas de un país arrasado por la guerra de la Triple Alianza. La nueva Constitución de la República fue impuesta por los vencedores, quienes a su vez influyeron decididamente para la creación de los dos grandes partidos conservadores, el Partido Colorado y el Partido Liberal, que se constituyeron en los dos grandes soportes políticos e ideológicos del modelo de dominación y de la penetración capitalista en plena expansión en la región en aquel tiempo.

En la nueva Constitución aprobada en 1870, se introduce por primera vez el concepto de la “inviolabilidad de la propiedad privada”, desconocida durante el periodo independiente con los gobiernos del Dr. Rodríguez de Francia y posteriormente de los López. El Estado Nacional Independiente fue sustituido por el Estado Oligárquico, y la nueva clase dominante construyó su poder sobre el acaparamiento de las tierras públicas, con fuerte predominio del capital extranjero.

Con excepción de un breve periodo de seis meses en el año 1947, el poder oligárquico no se interesó por un proyecto democrático, ni por garantizar la libertad, los DD.HH, las elecciones libres, etc. El Partido Comunista y la izquierda en general estuvieron proscritos y perseguidos hasta su reconocimiento legal en el año 1989.

* Analista político paraguayo.



Este proceso autoritario de acumulación capitalista adquiere en el año 1954 las características de una feroz dictadura, a partir del golpe de Estado que llevó al poder al General Alfredo Stroessner. La dictadura no alcanzó las cifras de personas asesinadas y desaparecidas que se conocen en otros países de la región, sin embargo, los largos 36 años que estuvo vigente, justificó plenamente su condición de “campeón del anticomunismo”, un sistemático avasallamiento ideológico y propagandístico, impidiendo a sangre y fuego todo tipo de organización popular.

Durante ese periodo, la dictadura impidió la formación de una élite política e intelectual crítica y comprometida. Este hecho fue sistemáticamente desalentado y despreciado por el poder oligárquico y por una burguesía fraudulenta y mediocre. En el esquema de poder, las fuerzas políticas conservadoras se conformaron con delegar la gestión de gobierno al poder militar, que por más de tres décadas subordinó al Partido Colorado.

A lo largo de estos 36 años, la corrupción, la ilegalidad, la represión, el miedo, el fraude, las loas al dictador, influenciaron profundamente en la destrucción de los valores necesarios para sustentar las bases morales y éticas de la sociedad. La oligarquía y los “leales” adherentes al dictador, construyeron su poder económico sobre los grandes latifundios, el contrabando a gran escala y los “negocios” alrededor de las licitaciones mañosas en las instituciones del Estado, además de la prebenda a la que accedían los adherentes del Partido Colorado.

La crisis económica de los años 80, los cambios políticos en la región y una creciente oposición al régimen dictatorial, acabaron con el poder de Alfredo Stroessner. De ahí en más, una transición conservadora encabezada por sucesivos gobiernos colorados con reciclados dirigentes stronistas, se encargaron -en complicidad con el PLRA- de asegurar la vigencia del modelo agroexportador y latifundista, con la particularidad de una creciente corrupción y un nuevo componente en el esquema de poder fáctico, la mafia del narcotráfico.

Igualmente, el tremendo crecimiento de los agronegocios abrió las puertas para una mayor penetración del capital extranjero, principalmente en el rubro de la soja, cuyo avance se produce a costa del debilitamiento de la pequeña economía familiar campesina.

Los gobiernos colorados, aventajados alumnos de los tiempos de la “guerra fría”, continuaron fieles a las políticas del imperio. Toleraron la participación de los Partidos Comunista y de izquierda -históricamente proscritos- a sabiendas que los largos años de prédica anticomunista dejaron huellas profundas en la sociedad.

Fernando Lugo y la herencia colorada y stronista

La transición conservadora ni siquiera hizo el intento de incorporar políticas públicas tan siquiera para atenuar la creciente pobreza, y la extrema pobreza. El modelo acaparador y concentrador de riquezas en pocas familias, ubicó al Paraguay como uno de los países más desiguales del continente. El “festín” de la corrupción siguió al amparo de la impunidad y la complicidad del Poder judicial.

La economía paraguaya siguió orientada hacia el mercado externo sin beneficios tangibles para la gran mayoría de la población. El calendario electoral evidenció la fuerte disputa interclase -principalmente en el Partido Colorado- con la vigencia de fraudes electorales, y hasta la eliminación física de un Vicepresidente de la República, el Dr. Luis María Argaña, en 1999.

La contienda por controlar el aparato estatal para reasegurar las viejas formas de acumulación, llevó a la derecha paraguaya a mostrar su faz más violenta. Sin embargo, si bien desarrollaban sus propias disputas, no dejaron de producir consensos para mantener la represión sobre el movimiento popular, principalmente de las fuerzas campesinas, en cuyo crecimiento organizativo y político se había decidido reanudar la lucha por la reforma agraria.

Pero la derecha en el Paraguay había incubado una crisis de dirección política, incapaz de hacerse de un programa democrático y de consensuar un modelo de dominación como lo había logrado el General Alfredo Strooesner durante la larga dictadura.

Los Partidos tradicionales y conservadores habían generado en medio de la crisis, la emergencia de caudillos autoritarios y de derecha. A la figura de Luis María Argaña, le había sucedido la del General Lino Oviedo, con una propuesta con claros componentes neofascistas y en su momento, con un gran arrastre y apoyo popular.



En medio de estas contradicciones, el apoyo popular que obtuvo Fernando Lugo para su triunfo del 20 de abril de 2008 permitió apreciar, por primera vez desde 1870, el acceso a la Presidencia de la República de una persona no digitada por la oligarquía local, con simpatías hacia las fuerzas de izquierda, y resaltando en su discurso electoral un compromiso por la reforma agraria, la participación popular y la recuperación de la soberanía nacional.

Los poderes reales y fácticos admitieron el final de los 60 años de coloradismo, y la derecha que tanto había alertado sobre la ideología de Lugo y sus vínculos con el denominado Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP) -grupo surgido en los últimos años y que asume la autoría de varios secuestros- empezó a elaborar estrategias para terminar con el Gobierno Lugo lo más rápidamente posible.

Incluso, ante la necesidad de terminar con los gobiernos colorados, grupos del poder oligárquico igualmente golpeados por la crisis económica, apostaron tímidamente por la victoria de Lugo, pero con la clara intención de sumarse a los planes golpistas después que Lugo asumiera. Así se despojaban de los gobiernos colorados que ya no era funcional a sus intereses y del mismo Lugo, con el propósito de continuar con un gobierno del Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA).

Un modelo económico concentrador y excluyente, un gigantesco aparato estatal corrupto con clientela colorada, poderes del Estado al servicio del modelo de acumulación económica, un pueblo empobrecido y un aparato productivo destruido, a todo ello deberíamos sumarle los medios de comunicación, abiertos propagandistas ideológicos de la derecha ante el descreimiento de los partidos conservadores. No más de cuatro parlamentarios de la izquierda y de grupos progresistas completaban el cuadro totalmente desigual para Fernando Lugo. En esas condiciones Lugo asume la Presidencia de la República el 15 de agosto de 2008.

Proceso de cambios o supervivencia de Lugo

No pasó mucho tiempo para que Fernando Lugo sintiera todo el peso de la estructura de la derecha dispuesta a impedir la implementación de políticas de reformas, así como los planes conspirativos que buscaban su destitución.

La derecha en el Congreso recurre sistemáticamente al recurso de realizar recortes presupuestarios en las instituciones encargadas de impulsar las políticas sociales, eso es parte de la estrategia para alentar un desencanto de los movimientos sociales hacia el gobierno.

El Poder Judicial pasó a ser un bastión importante de los poderosos grupos económicos fraudulentos, para impedir toda posibilidad de investigar a los gobiernos colorados anteriores. Igualmente para la propia supervivencia de su burocracia judicial corrupta y desprestigiada, que se sentía amenazada por las promesas electorales de Lugo de producir grandes cambios en ese poder del Estado.

Los principales medios de comunicación sistemáticamente utilizan sus líneas editoriales para desprestigiar al gobierno Lugo, denunciando que la supuesta estrategia final del Presidente es “acabar con el régimen democrático y alinearse en la órbita bolivariana”.

La derecha se daba a conocer con todas sus fuerzas desde la oposición al Poder Ejecutivo; la articulación va desde los partidos políticos conservadores (incluidos sectores del PLRA en el gobierno), el Congreso, el Poder judicial, los medios de comunicación respaldados por los grupos económicos poderosos, incluidos los vinculados con la mafia de todo tipo.

Hay quienes resaltan la influencia norteamericana en el gobierno Lugo. Lo primero que se debe señalar es que esa presencia es parte de la herencia colorada. Su influencia es histórica dentro de las FF.AA, en la política “antidrogas” y en gran parte de las instituciones estatales a través de USAID y el Plan Umbral. Es resultado del alineamiento de los gobiernos colorados a los planes del imperio.

Sin embargo, donde más reformas hizo el gobierno Lugo es sin duda en las FF.AA. Para ello fue fundamental el paso por el Ministerio de Defensa Nacional del General Luis Bareiro Spaini. La negativa a continuar con convenios anteriores que permitieron los entrenamientos conjuntos de efectivos militares de los EE.UU. con sus pares paraguayos, alarmó a la derecha que apuntó toda su artillería sobre el Ministro de Defensa hasta lograr su destitución.



No en pocas ocasiones la derecha intentó la destitución de Fernando Lugo vía juicio político. Si no se concretó es porque las permanentes movilizaciones populares en defensa del Presidente, creaban una incertidumbre sobre el día después de la destitución. Principalmente las organizaciones campesinas han demostrado a lo largo de los últimos 20 años, su capacidad de movilización para ocupar latifundios, cortes de ruta o movilizarse sobre Asunción.

Otro factor importante es sin duda la situación regional y el papel preponderante de Brasil y Argentina. No hay lugar a dudas que estos países tuvieron un rol decisivo para impedir que la derecha concrete sus objetivos. La respuesta de la derecha también es desafiante al respecto, el Congreso ha impedido sistemáticamente la designación de embajadores en los países de la región (no hay embajadores en dichos países desde el inicio del Gobierno Lugo) y la postergación de la aprobación de la incorporación de Paraguay al UNASUR.

Sin embargo, en el balance de esta confrontación y marcado por la correlación de fuerzas, se puede afirmar que Fernando Lugo hizo concesiones importantes a la derecha, se podría decir que para sobrevivir hizo más concesiones que cambios importantes. Lo más notorio fue que ante la aparición del EPP, el Ministerio del Interior fue la punta de lanza de la derecha al incorporar el asesoramiento colombiano para combatir los secuestros que fueron realizados por el grupo mencionado. Con este elemento podemos completar el cuadro para afirmar que en el gobierno “conviven” fuerzas progresistas, de izquierda y los representantes de las fuerzas conservadores y de derecha.

¿Será que la derecha está convencida que Fernando Lugo tiene el poder de llevar al Paraguay hacia los países del “eje del mal”? La derecha sabe que Lugo no tiene esa opción, pero hay dos elementos que deberían considerarse:

- Grupos de poder que no terminan por admitir que el viejo poder oligárquico se haya fisurado y posibilite que un simpatizante de la izquierda, que ellos siempre combatieron, esté instalado en la Presidencia de la República.
- Que las fuerzas de izquierda que respaldan a Fernando Lugo pueden desarrollar una base social desde el gobierno, que los convierta en una amenaza real para sus intereses en el mediano plazo.

¿Profundizar el proceso de cambios o restauración conservadora?

Las fuerzas progresistas y de izquierda asumieron los serios errores cometidos en el 2008 al dispersar sus fuerzas para las elecciones de ese año. El proceso de unidad se empezó a gestar después que Lugo haya asumido el gobierno, lo que permitió la formación del Frente Guazú (Frente Grande), iniciativa que le da a estas fuerzas muchas más posibilidades de desarrollarse, siempre que se pueda consensuar un programa de cambios para el país pensando en el mediano plazo.

El movimiento de masas y las organizaciones sociales, referenciados en el Frente Guazú, han disminuido su movilización sobre cuestiones reivindicativas, en cambio han desarrollado una enorme experiencia política sobre la defensa del proceso para evitar la destitución de Lugo. Una y otra vez se dieron movilizaciones en esa dirección.

La derecha, principalmente el Partido Colorado, no dispone de los recursos del Estado como anteriormente, sin embargo, su fuente de financiamiento no se ha quebrado, debido al activo apoyo del dinero sucio y de ciertos referentes sospechados de vinculaciones con grupos “narcos”.

A la inmovilidad política por la correlación de fuerzas, es notorio también el poco impacto social de las políticas de gobierno, que necesitan de una urgente rectificación para impedir el desencanto de las fuerzas sociales del cambio.

La derecha se prepara para recuperar el Poder Ejecutivo con todos sus recursos económicos, legales y fraudulentos, hasta es posible que articulen alianzas políticas, experiencia hasta ahora no asumida por el Partido Colorado. Sin dudas que el monitoreo del imperio será importante para ello. La experiencia de amplias alianzas de sectores democráticos, fuerzas progresistas y de izquierda y movimientos sociales, como se dio en el 2008, es un camino para seguir la confrontación por la democratización y por realizar urgentes reformas económicas y sociales. Con la salvedad de que Fernando Lugo estará impedido de intentar la reelección por las limitaciones constitucionales.



La “izquierda” progresista y el proyecto del capital

*Antonio Elías **

Introducción

Los intereses del trabajo y el capital convivieron y disputaron en temas cardinales en el primer gobierno del Frente Amplio, en particular en temas relacionados con la inserción internacional, la concentración y extranjerización del sector productivo y, por supuesto, las normas laborales entre patrones y asalariados.. El rasgo capitalista estructural, la explotación de la fuerza de trabajo, mantuvo invariadas las formas que en Uruguay han tenido carácter duradero: alta precariedad e informalidad del trabajo, escasa agregación de valor, en definitiva, un sistema productivo de mala calidad y baja competitividad. En dicha disputa desigual, el dominio del capital fue creciendo a lo largo del tiempo y se consolidó el modelo extractivista exportador con su consecuente proceso de primarización, la profundización de la apertura a la inversión transnacional en nuevas instalaciones, y la extranjerización de la capacidad productiva existente, en particular de la tierra. El peso que en esta disputa ha tenido la clase trabajadora se muestra en la ampliación de los derechos de los asalariados y el consecuente fortalecimiento de los sindicatos.

Esta situación fue calificada por nosotros como “los caminos que se bifurcan”¹, asumiendo que no se podía transitar ambas tendencias sin llegar a un punto de confrontación. El tiempo ha demostrado, al menos hasta ahora, nuestro error; en el corto plazo los beneficios salariales obtenidos y las mejoras en las condiciones laborales han logrado que importantes sectores de trabajadores

* Master en Economía, docente universitario, asesor sindical, miembro de la REDIU y Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política y Pensamiento Crítico SEPLA.

¹ Elías, Antonio Semanario “Brecha”, 01/09/2006



apoyen al gobierno independientemente de los profundos cambios estructurales que se están produciendo en la economía a favor del gran capital.

El acceso a la presidencia de José Mujica implica, hasta ahora, una profundización del modelo del capital a través de un proyecto político de “unidad nacional” y “capitalismo en serio” para lo cual hizo acuerdos con: el Ministro de Economía de Tabaré Vázquez y actual Vicepresidente, Danilo Astori, a quien entregó la conducción económica para garantizar la continuidad del modelo; los partidos de la derecha tradicional que son incorporados a cargos de gobierno en las empresas públicas, los bancos y los organismos de enseñanza; los grandes empresarios extranjeros a los que garantizó la seguridad de sus inversiones; las Fuerzas Armadas a las que libera de responsabilidad respecto al pasado e integra en actividades de apoyo social. En el interior del nuevo gobierno la disputa entre los intereses del trabajo y el capital es, hasta hoy, prácticamente inexistente, pero persisten tensiones importantes con el movimiento sindical.

Acerca de la definición de “derecha”

Analizar la realidad política en términos de derecha o izquierda es un tema evidentemente arduo si se considera el acelerado proceso de cambios ideológicos y políticos que desdibujan las fronteras entre derecha e izquierda.

En la realidad revolucionaria francesa del siglo XVIII se acuñó el concepto de izquierda y derecha, que surge de la posición física que tenían los diferentes sectores dentro de la Asamblea Nacional. A la derecha se sentaban los girondinos, empresarios y grandes comerciantes que integraban la gran burguesía, que consideraban prudente hallar un acuerdo con la monarquía y la nobleza, limitando el poder real pero sin permitir el derecho a voto a las clases pobres que no pagaban impuestos. A la izquierda, se ubicaban los jacobinos, integrado por profesionales y modestos propietarios, que querían abolir definitivamente la monarquía y proclamar una República democrática, con derecho a voto para todas las clases sociales.

En esa lógica de ubicaciones relativas, es indudable que los gobiernos del Frente Amplio están a la izquierda de los partidos

llamados tradicionales: el colorado y el blanco, colores que se corresponden con las divisas que portaban los contendientes en las guerras civiles desarrolladas a principios del siglo pasado.

El partido blanco o nacional, ha representado los intereses de la burguesía ganadera y los sectores rurales en general; el colorado o batllista, en tanto, representa los intereses de la burguesía industrial y las capas medias urbanas. El Frente Amplio (FA) por su parte, es una coalición policlasista que incluye en su base social a sectores importantes de trabajadores, capas medias y sectores menores de la burguesía nacional.

Más aún, la creación del Frente Amplio (1971) es el tercer jalón de un proceso de unidad de la izquierda; el primero es la realización del Congreso del Pueblo (1965) y el segundo, la fundación de la Convención Nacional de Trabajadores (1966) unidad sindical que aún perdura.

La unidad política en torno a una única herramienta, el FA, se plasmó en medio de intensas luchas populares contra los efectos de una reestructuración capitalista que suponía mayores niveles de explotación y el desmantelamiento del Estado de bienestar. El programa fundacional del Frente Amplio se basa, con pequeñas variantes, en el aprobado en el Congreso del Pueblo, que incluía entre sus principales medidas, la ruptura con el FMI, la reforma agraria y la nacionalización del comercio exterior y la banca. Un programa esencialmente antiimperialista y antioligárquico, lo cual no impidió, ni ocultó, la existencia de diferencias profundas acerca de cuáles eran los caminos para la acumulación de fuerzas y el acceso al poder. En aquella época se diferenciaba claramente el 'acceso al gobierno' del 'acceso al poder'. Queda claro entonces que por composición y por trayectoria histórica, el FA está a la izquierda de los partidos blanco y colorado.

También se asocia el concepto de derecha a otros valores como: el pensamiento religioso ultramontano; el rechazo del aborto y del reconocimiento de los derechos de los homosexuales; la reducción de la edad de imputabilidad de los delincuentes juveniles; el encuadramiento colectivo en estructuras autoritarias rígidamente jerarquizadas y disciplinadas.



La izquierda se reduciría, como contrapartida, a quienes propician superar desigualdades y generar formas democráticas más incluyentes. En Uruguay ese límite se torna muy borroso; a título de ejemplo debe observarse que el Dr. Tabaré Vázquez, en su calidad de presidente de la república, vetó una ley que legalizaba el aborto, la cual había sido impulsada y aprobada por su propia fuerza política.

Una posición mucha más precisa del concepto de derecha surge de las revoluciones de mediados del siglo XIX, el desarrollo del pensamiento marxista y el crecimiento de la clase obrera en los países avanzados, que situaron a la lucha de clases como núcleo central de la definición de izquierda. En ese sentido, el concepto de izquierda asume un carácter definitivamente anticapitalista, y el de derecha se asocia a la defensa y profundización del capitalismo.

En esa lógica se asume que la derecha es el segmento del espectro político asociado a posiciones capitalistas, conservadoras, que consideran prioritario el mantenimiento del orden social establecido, enfatizan el libre mercado por encima de la intervención del Estado e impulsan valores individualistas y consumistas. Esto puede ir o no acompañado de un discurso nacionalista pero, más allá del discurso, en general se asocian a los países dominantes y al gran capital transnacional.

Los cinco primeros años de administración frenteamplista, una alianza de intereses socioeconómicos contrapuestos y políticamente heterogéneos, demostraron la existencia real y efectiva, aunque desigual, de una disputa por la hegemonía, el programa y la agenda de gobierno, que alcanzó su máxima expresión en la confrontación por el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

La ampliación, profundización y consolidación de los derechos de los asalariados, en particular los privados, marcaron el peso que en esta disputa tuvo la clase trabajadora. La profundización de la apertura a la inversión transnacional, la primarización de la producción y la extranjerización de la economía, en particular de la tierra, muestran el peso de la clase capitalista.

Ambas tendencias han tenido cabida y expresión en el gobierno del FA, convivieron y disputaron al interior de la fuerza política en temas cardinales, tales como: la inserción internacional; la relación entre el capital y el trabajo; la concentración y extranjerización de la tierra; el patrimonio empresarial del estado; la explotación del subsuelo y de los puertos. Dicha disputa -por la dirección de los cambios y no por la velocidad de los mismos- concluyó con un predominio de los sectores ligados al capital, lo que se expresa en una profundización gradual del capitalismo.

El proyecto del capital

El proceso de reproducción ampliada del capital exige aumentar permanentemente los mercados. Esto se intensificó desde 1970-1975. El desarrollo de las fuerzas productivas -revolución científica y tecnológica mediante- generó economías de escala y capacidades de producción que requirieron para su realización, de la ampliación sustancial de los mercados. Para facilitarla, se implementó un proceso de cambios institucionales que eliminaron las fronteras económicas a mercancías, capitales e inversiones directas. La desaparición del bloque socialista y la transición al capitalismo de China, expandieron -como nunca antes- un mercado mundial profundamente interconectado, bajo hegemonía de los Estados Unidos.

En el Cono Sur, se aplicó a sangre y fuego desde los 70' -una concepción económica que luego adquiriría, en los 90', la denominación de "Consenso de Washington"- con sus preceptos de aperturas, desregulaciones, privatizaciones y reducción del tamaño y papel del Estado (Williamson, 1991). Ante su obvio fracaso, la derecha ha desplegado una intensa ofensiva para neutralizar cualquier "alternativa al neoliberalismo" que no le convenga. En ese marco, las reformas de segunda generación que impulsa el Banco Mundial, desde fines de los noventa, se presentan como una alternativa "progresista" en la medida que reconocen el papel del Estado -aunque impulsan su despolitización a través de unidades "técnicas" autónomas- y su política asistencial de atención a la extrema pobreza.

En América Latina el bloque dominante logra que la "nueva izquierda" ejecute su "alternativa antineoliberal": un progresismo que postula que es posible ir más allá del neoliberalismo sin tocar



las reglas del capitalismo globalizado, una nueva “tercera vía” que es presentada como alternativa “progresista”. Algo así como sacar el mantel sin volcar los vasos: un pase de magia.

Las principales banderas discursivas de este nuevo consenso, impulsado desde el Banco Mundial² son, que el Estado es imprescindible para el desarrollo, y el reconocimiento de que el mercado por sí mismo no resuelve la pobreza ni la inestabilidad económica. Para poder afirmar que eso supera el neoliberalismo, se asume la falacia de reducir el proyecto del capital de las tres últimas décadas, a un Estado mínimo, que aplica las recetas del Consenso de Washington, bajo la responsabilidad del FMI y el Banco Mundial.

Se oculta así que el Estado neoliberal intervino -y sigue interviniendo- intensamente en favor del capital financiero y las empresas transnacionales, en un proceso expropiatorio que reestructuró radicalmente todas las relaciones sociales entre capital y trabajo en beneficio del primero. Ese proceso contó y cuenta con el respaldo de empresarios locales y un conjunto de políticos e intelectuales que reproducen el discurso del bloque dominante.

La “tercera vía” -reiteradamente fracasada en Europa y el resto del mundo- plantea “reformular las reformas” corrigiéndolas y ampliándolas, reafirmando, entre otras, la apertura total de nuestras economías y la eliminación del Estado productor. En esencia sostienen que las medidas en favor de la centralidad del mercado eran buenas, pero fueron mal implementadas debido a la ausencia de instituciones adecuadas. Cuestionan tanto las reglas formales (marco constitucional y legal) como las informales (cultura, hábitos e ideología).

Este proceso de reformas institucionales -que implica importantes modificaciones legislativas- tiene entre sus fines, por un lado, políticas públicas asistencialistas para asegurar la cohesión social y legitimar el sistema; por otro, estabilizar las reglas de juego y “transparentar” el Estado para hacerlo previsible para los inversores transnacionales. Se busca reducir el papel del gobierno

² “El Estado en un mundo en transformación”, Banco Mundial, Washington DC, 1997 “Más allá del Consenso de Washington. La era de la reforma institucional” Banco Mundial, Washington DC, 1998. “La larga marcha. Una agenda de reformas para la próxima década en el América Latina y el Caribe”, Banco Mundial, Washington DC, 1998.

a una administración despolitizada, supuestamente neutra frente al capital, aunque en la práctica se subordina el Estado y sus recursos a la inversión extranjera, que se supone es el único motor posible de crecimiento. Esta es la alternativa “progresista” en Brasil, Chile y Uruguay, que se presenta como la “única posible” porque cuenta con el apoyo de los empresarios y de los organismos multilaterales de crédito (Elías, 2006).

La “tercera vía” profundiza la ofensiva de las empresas transnacionales sobre América Latina con un discurso que pretende resolver la contradicción capital productivo-capital financiero, fomentando inversiones extranjeras directas. La penetración transnacional es la ocupación física de nuestros territorios en infraestructura petrolera, energética e hídrica; minería, transporte multimodal y todo tipo de recursos naturales. Es un proceso de neocolonización que profundiza la primarización de la economía y se apropia del excedente generado.

Este proyecto del capital incrementa la brecha entre los países del centro y de la periferia, el crecimiento de la pobreza, la desindustrialización, la pérdida del control de los recursos naturales y, sobre todo, un retroceso ideológico en la mayor parte de nuestros países, donde se asume que no existen alternativas al capitalismo.

La derrota ideológica

El proceso de crecimiento de las fuerzas populares a partir de la unidad sindical y política fue severamente golpeado cuando la dictadura cívico militar (1973-1985) arrasó a sangre y fuego los derechos fundamentales de los trabajadores y el pueblo. El modelo de acumulación del capital exigía una reestructuración profunda de las fronteras económicas, del papel del Estado, y de las relaciones entre capital y trabajo que no era viable en un sistema democrático con una sociedad movilizadora.

La izquierda asumió la mayor parte de los costos en la lucha contra la dictadura, y en la salida democrática se vio fortalecida, aunque se ampliaron las diferencias a su interior respecto al proyecto común. Eso se reflejó en el apoyo o rechazo a los acuerdos realizados con los militares para que abandonaran el gobierno (Pacto del Club Naval).



Luego de la caída del muro de Berlín y del colapso del socialismo real, sectores importantes de la izquierda abandonaron la concepción de la lucha de clases. El proyecto socialista fue sustituido por un discurso “izquierdista” que se declaraba huérfano de proyecto, por lo que terminó privilegiando la conciliación de clases expresada en las políticas de Estado y en la alternancia de partidos en el gobierno.

La lucha por una “democracia social y económica” que resumía y sintetizaba esta perspectiva izquierdista respecto a una democracia política burguesa que se limitaba, en el mejor de los casos, a garantizar el derecho al voto, se transformó, para muchos, en mejorar el nivel de vida de la población a través de una profundización del modelo del capital.

La lucha por el poder y una salida anticapitalista -que suponen una ruptura del statu quo- quedaron de lado, no solo como práctica socio político limitada por una determinada correlación de fuerzas, sino como sustento ideológico fundamental de muchas organizaciones de la llamada izquierda. Todo esto, por supuesto, con diferentes énfasis y niveles de profundidad en las organizaciones que integran las principales herramientas comunes.

En los caminos de acceso al gobierno en el Frente Amplio, fueron cayendo y quedando muchas banderas, bajo el supuesto nunca demostrado, que no eran convenientes para la acumulación de fuerza electoral. La lucha contra el capitalismo se transformó en la lucha contra el neoliberalismo, y la lucha contra este último se transformó, en un pase de magia, en la recuperación de un Estado que garantice el buen funcionamiento del mercado.

La caída del bloque socialista, la ofensiva ideológica neoliberal y el acceso del FA al gobierno de Montevideo, en 1990, incidieron para que el programa fundacional comenzara a ocupar una importancia cada vez menor en las definiciones políticas del FA. Los procesos de alianzas y negociaciones indujeron la centralización de las decisiones y el predominio del componente coalición sobre el de movimiento en la práctica política.

Las definiciones programáticas se fueron morigerando: primero, en forma ambigua, para acercar a sectores moderados; luego,

frontalmente. Para obtener el aval de los señores del “mercado” se aceptaron cuatro principios: a) el mantenimiento y profundización de un orden constitucional y legal favorable al capital; b) la “política” no interferirá con las decisiones libres del mercado; c) la primacía de la democracia representativa sobre la participativa; d) el compromiso de garantizar la alternancia política, renunciando a los procesos de transición al socialismo.

Cuando la mayoría de la dirección frenteamplista asume en los hechos esos “principios” e impulsa la humanización gradual del capitalismo, renuncia en los hechos, a los objetivos históricos de la izquierda. Así de claro, así de rotundo, para quienes entendemos que este modelo concentra y centraliza la riqueza a la vez que produce y reproduce la desigualdad, la pobreza y la exclusión (Elías, 2008).

Un proyecto de izquierda no subordina el desarrollo autónomo a la inversión extranjera, no es neutral respecto al capital, ni pretende compensar los efectos de la explotación mediante políticas sociales focalizadas y asistencialistas. Por el contrario, debería abocarse al control nacional del proceso productivo y a la reestructuración sectorial de la economía para lograr una redistribución radical de la riqueza, núcleo fundamental de un modelo económico con objetivos socialistas.

Las resoluciones del último Congreso del FA (noviembre 2008) en lo que respecta a la definición del programa y a la elección del candidato oficial, mostraron una correlación de fuerzas más favorable a la lucha efectiva contra el neoliberalismo. Se aprueba por mayoría, lineamientos para un cambio de rumbo económico y, consecuentemente, del papel del Estado y la inserción internacional. A su vez, se plantea profundizar, entre otras, las políticas de atención a la emergencia social, la defensa de los derechos de los trabajadores y la concreción de medidas contra la violación de derechos humanos en la dictadura. Todas esas resoluciones, sin embargo, están fuertemente condicionadas, quedando por tanto, en manos del nuevo gobierno la definición del modelo.

El gobierno y buena parte de sus votantes, olvidaron que el FA había nacido como una organización política para transformar el Uruguay, y no sólo para ganar elecciones. Muy lejos quedaron los discursos del general Líber Seregni, cuando decía: “La razón de



ser, el por qué y el para qué de nuestro Frente Amplio, está en realizar una tarea histórica fundamental... transformar las viejas estructuras económicas, políticas y sociales hoy caducas, y crear las nuevas que corresponden a la instancia que nuestro pueblo debe vivir. Y es sí, un verdadero, un auténtico proceso revolucionario... la sustitución de las clases en el poder. Desplazar del poder a la oligarquía y llevar el pueblo a gobernar" (18/07/1972).

La implosión programática del progresismo

Luego de tres décadas de neoliberalismo, se abrió en 2005 la posibilidad de cambiar de trayectoria. El acceso al gobierno del Frente Amplio y sus aliados, fuerzas políticas tradicionalmente opositoras, creó expectativas que rápidamente fueron defraudadas, y la propia caracterización de la etapa como de "gobierno en disputa" hoy, en 2010, está cuestionada.

En el primer período de gobierno, existió un proceso signado por la contradicción -a veces latente, otras tantas manifiesta- entre una tendencia predominante, que se expresa en la conducción económica -la cual tiene propuestas de política macroeconómica que dan continuidad al proyecto del capital- y otras posiciones, minoritarias, con expresiones políticas y sindicales que apuestan a cambios importantes en la forma de organización del proceso económico. Éstas jerarquizan el papel del Estado, los trabajadores y la sociedad, en la aplicación de una estrategia de desarrollo productivo, lo que exige cambios importantes en las reglas de juego y en la política económica: no puede haber una estrategia alternativa de desarrollo en el marco de las reglas de juego creadas por el neoliberalismo.

La búsqueda de cambios institucionales, tanto para crear "compuertas" a la globalización, como para acotar los daños que provocan los actuales derechos de propiedad, no fueron ni son parte de la agenda económica. La disyuntiva del progresismo era aceptar, más allá de los "discursos y los gestos", las premisas del modelo dominante o elegir un camino independiente, lo cual hubiera implicado necesariamente desarrollar un paradigma institucional alternativo. Se eligió lo primero, mantener la trayectoria de los gobiernos anteriores, asumiendo como propia - y único camino posible- la concepción predominante en el FMI, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la

Organización Mundial de Comercio y el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias relativas a Inversiones.

El progresismo quedó limitado a cambios en las relaciones laborales de indudable importancia, entre los más destacados, la plena vigencia de la ley de fuero sindical, la reinstalación de los Consejos de Salarios y su ampliación al sector rural y doméstico, y la posibilidad de ocupación de las empresas. Algunos otros fueron votados pero son incumplidos, como la Ley de Negociación Colectiva, en particular con los trabajadores del Gobierno Central. De allí en adelante, creatividad e innovación brillan por su ausencia: en economía, se limitaron a comprar “llave en mano” el modelo ortodoxo neoliberal; en política, reclaman una unidad nacional que mediatice todas las contradicciones; en lo social, apelan al voluntariado para paliar la marginación. Parecería que la dirección política del Frente Amplio agotó su capacidad de “cambio” en la lucha por la victoria electoral.

La reiteración de la apuesta a una inserción internacional basada en la apertura indiscriminada y la reafirmación del mercado como principal asignador de recursos, no avanzó en la dirección de reducir la vulnerabilidad del país y crea condiciones para un retroceso en los niveles de conciencia de la ciudadanía respecto al pensamiento “único” predominante en lo económico.

La agenda de cambios acordada con el FMI, en junio de 2005, así lo demostró, incluido el exabrupto de afirmar en Washington, ante los organismos internacionales, que las reformas estructurales que fueron impulsadas por anteriores gobiernos y rechazadas por la ciudadanía ahora, podrán realizarse porque las impulsará un gobierno progresista. (Semanario “Búsqueda”, 2005, declaraciones del Viceministro de Economía).

El pago de la deuda pública, básicamente externa, tiene prioridad sobre la deuda social. El presupuesto quinquenal del gobierno progresista no priorizó las necesidades sociales: primero se asignaron las partidas para los acreedores internacionales, lo que se expresó en elevados superávits fiscales primarios y un enorme monto de intereses que se pagan anualmente, sin que se haya logrado evitar un crecimiento acelerado, tanto de la deuda pública bruta, como de la neta.



El gobierno se propuso mantener simultáneamente, un proceso de profundización del modelo capitalista y su política económica ortodoxa (amigable para la inversión extranjera), y distanciarse de dicho modelo a través de cambios institucionales que fortalezcan al movimiento sindical en la disputa con el capital. Esa situación fue calificada por nosotros como “los caminos que se bifurcan”. El tiempo ha demostrado nuestro error; en el corto plazo, los beneficios salariales y las mejoras en las condiciones laborales han logrado que importantes sectores de trabajadores apoyen al gobierno, independientemente de los profundos cambios estructurales que se están produciendo en la economía a favor del gran capital.

Debe reconocerse que hubo mejoras salariales importantes, favorecidas por un contexto internacional muy positivo para los exportadores de materias primas, pero dichos aumentos estuvieron por debajo del crecimiento del producto, consolidando la regresiva distribución existente.

Las declaraciones del ministro de Economía - actual vicepresidente a cargo del área económica - marcaron el camino: “Para hacer algo en serio por los uruguayos que viven en la indigencia, es que necesitamos hacer los acuerdos con el FMI, alimentar el clima de negocios, para que haya inversiones que generen empleo y, de ese modo, contribuyan a disminuir y erradicar la pobreza. Eso es de izquierda” (Astori, 2006).

Los resultados económicos y sociales del modelo económico implementado por el gobierno del Dr. Tabaré Vázquez, pueden verse con claridad en los libros y trabajos de la Red de Economistas de Izquierda del Uruguay (REDIU)³.

A modo de síntesis puede decirse que transcurrida ya la primera década del siglo XXI, cinco años de gobierno frenteamplista, y pese a una crisis capitalista de enorme magnitud, la hegemonía ideológica del neoliberalismo continua, omnipresente, con sus contradicciones y debilidades. A pesar de los múltiples entierros organizados por tirios y troyanos -desde los enemigos verdaderos aunque apresurados que confunden sus deseos con la realidad, a

³ “El necesario golpe de Timón”, REDIU, Montevideo, 2008. “Otro camino económico”, RLS y REDIU, Montevideo, 2006.

los “enemigos gatopardistas” que quieren cambiar algo para que todo siga como está- el paquete ideológico neoliberal sigue teniendo una influencia determinante.

Las leyes en defensa de la competencia, la desmonopolización de mercados donde participaban empresas públicas estratégicas como la Administración Nacional de Telecomunicaciones (ANTEL) y la Administración Nacional de Combustibles Alcoholes y Portland (ANCAP), el desmantelamiento del Banco Hipotecario, el fortalecimiento y ampliación de las zonas francas, el acuerdo de protección recíproca (sin comentarios) de inversiones con Estados Unidos, el impuesto a las retribuciones de las personas físicas dual (donde pagan los trabajadores y quedan exceptuados los capitalistas) y, la frutilla de la torta, el intento de firmar un TLC con Estados Unidos, se transformaron en políticas de “izquierda”. La lucha contra las clases dominantes quedó de lado y se aspira a un “capitalismo en serio” cuyo único resultado posible y real es la concentración y centralización del capital, con su contrapartida de exclusión y marginación social.

Los resultados del capitalismo en serio en la economía uruguaya se reflejan con total claridad en las conclusiones de un estudio elaborado por Joaquín Etchevers (Etchevers, 2010).

⁸ Joaquín Etchevers. “Elementos a tener en cuenta para evaluar la distribución del Ingreso en el período 2005/2009”, versión digital, 2010.



Conclusiones

Primera Conclusión: Con la crisis que se inicia en 1999 y que se profundiza con la debacle de 2002, hay una pérdida de participación de los salarios y de los ingresos en el PIB de amplísimos sectores de la población.

En los años que van de 2005 a 2009 se ha verificado un pronunciado aumento de la riqueza generada en el país que cada vez más se concentra más en pocas manos, consolidando el nuevo escalón descendente propiciado por la crisis y la forma en que se salió de la misma.

Pero la pérdida de importancia de los ingresos del trabajo y otros ingresos excluidos los del capital, viene de larga data. Ha crecido desde fines de la década de los 60 y se ha reforzado en los años posteriores a 2002.

En los años de la actual administración, no sólo estaría igualando los peores valores de los años previos a la restauración democrática sino que también, de no haber cambios sustanciales en la política económica, no tendrá modificaciones relevantes.

Segunda Conclusión: Los altos niveles de pobreza, la pérdida de ingresos de los hogares más pobres y la profunda desigualdad que mantiene el Uruguay, abonan la hipótesis para un futuro cercano, del círculo vicioso entre pobreza y bajo crecimiento del PIB. La convalidación de estos indicadores en un ciclo de alto crecimiento lleva consigo la semilla de futuras crisis y aún mayores injusticias. Los escandalosos niveles de pobreza entre los niños, no sólo son un problema ético, también desmienten las promesas de mayor bienestar futuro para las mayorías. Con estos guarismos no hay futuro feliz.

Tercera Conclusión: La forma de insertarse Uruguay en la región y el mundo, son determinantes del escenario descrito. Está presente en el país con cada vez mayor incidencia, la extranjerización en la toma de decisiones económicas al más alto nivel. Los privilegios otorgados a la inversión extranjera directa son determinantes. La pérdida de autonomía nacional en la formación de precios es cada vez mayor: la carne, el arroz, la soja, la forestación, los alimentos y su industrialización y el agro en general, son algunos ejemplos.

La pérdida de instrumentos imprescindibles para la planificación económica, es otra de las manifestaciones de esa falta de un mayor compromiso activo con el desarrollo de parte del equipo económico.

Hay una verdadera desarticulación de redes de proveedores locales. El ejemplo más claro y de fácil comprensión de ese sometimiento al capital extranjero lo vemos en la política seguida con la deuda pública.

El nivel de la deuda pública y su servicio, en un contexto de política económica de sometimiento a los mercados financieros globalizados, consolida, cimenta, con bases firmes, casi indestructibles, la concentración del ingreso y la pobreza”.

El segundo gobierno del FA profundiza los cambios capitalistas

El nuevo presidente, José Mujica, representa en el imaginario colectivo un defensor de los intereses populares, en buena medida por su pasado guerrillero y, en otro tanto, por su actitud y capacidad de comunicación. Sin embargo, ha sostenido y sostiene posiciones afines a la concepción dominante, entre otros, en temas de derechos humanos -su posición contraria a la anulación de la ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado - y aspectos económicos tales como el Impuesto a las Retribuciones de las Personas Físicas (IRPF), reforma tributaria dual que castiga al trabajo a favor del capital y que, de ninguna manera, se puede considerar una reforma de izquierda.

El triunfo de Mujica produjo un desplazamiento en el interior del FA y generó múltiples expectativas que fueron frustradas. En su gobierno adquirió mayor peso la ortodoxia económica, la que, esquematizando, exige equilibrios fiscales, estabilidad macroeconómica y de las reglas de juego, y apuesta a la inversión privada extranjera, fundamentalmente extranjera. Eso se complementa con asistencialismos diversos; un conjunto de propuestas de variado calibre y solidez que apuntan a solucionar los problemas de los sectores sociales más desprotegidos, en particular la vivienda. Esto último lo pretende realizar a través del voluntariado, los presos y los militares, porque “el Estado no tiene recursos”.



La impronta del nuevo presidente se caracteriza por la búsqueda de acuerdos con los sectores de mayor poder en la sociedad: los empresarios extranjeros, los militares, y los partidos de oposición. Luego de ser electo presidente, el senador José Mujica entrega el control del área económica al que será su Vicepresidente, Danilo Astori, quien designa a los integrantes de su equipo en todos los puestos claves. De esta forma quedaba consolidada la continuidad de las políticas ortodoxas favorables al capital.

A pocas semanas de asumir el gobierno, el presidente electo convocó, en el Hotel Conrad de Punta del Este, a los empresarios extranjeros instalados en la región para comunicarles que el modelo de apertura se mantenía en todos sus términos y que en Uruguay tienen y tendrán todas las garantías para invertir donde crean conveniente. “Existen leyes claras que permiten un clima propicio para desarrollar negocios. La riqueza es hija del trabajo y el trabajo necesita inversión. Les estamos pidiendo que apuesten al Uruguay y jueguen con el Uruguay, y no lo decimos desinteresadamente. Lo decimos profundamente interesados, porque no somos Mandrake, no podemos generar riqueza (sólo) con decisiones legislativas” (10/02/10). Sus palabras fueron bienvenidas y el proceso de acumulación transnacional recibe un nuevo espaldarazo.

Se reúne con las cúpulas militares y propone la unidad nacional como panacea para superar las diferencias y la lucha contra la pobreza, y por el conocimiento como el objetivo común. Respecto a la lucha por la verdad y justicia, dice que hay múltiples posiciones y que él no es juez para laudarse en ese tema. Invita a los militares a participar en actividades sociales como forma de reinsertarse en la sociedad. Ello va en línea directa con su propuesta de que los generales de la dictadura cumplan su condena con prisión domiciliaria. Su discurso es aplaudido por los mandos en ejercicio, los círculos de retirados militares y la más rancia derecha nacional.

El tercer acuerdo lo realiza con los partidos de la “derecha tradicional” que son incorporados a cargos de gobierno en las empresas públicas, los bancos, los organismos de enseñanza, etc.

Estos acuerdos y medidas se inscriben en una concepción de “izquierda” que sostiene que: a. las reglas del sistema mundial

capitalista que se expresan en el marco institucional de nuestro país no son un freno al desarrollo de las fuerzas productivas; b. no existen actualmente condiciones para modificar en forma radical dicha situación de dominio; c. el socialismo sigue siendo un objetivo pero las tareas de la etapa son desarrollar un capitalismo en serio, paso previo imprescindible; d. como Uruguay carece del capital inicial necesario para un proyecto de capitalismo nacional, se propone llenar ese vacío con inversiones de empresas transnacionales; e. la unidad nacional, por encima de las diferencias de clase y de las partidarias, es un requisito fundamental para garantizar la estabilidad política y económica.

A modo de conclusión

El proceso de derrota ideológica y triunfos electorales tiene múltiples consecuencias. Se pueden destacar, entre otras, las siguientes: a) persisten los antiguos problemas de explotación, exclusión y desigualdad a los cuales se enfrentó el pensamiento y la acción de la izquierda uruguaya; b) siguen vigentes las condiciones objetivas para levantar las “antiguas” banderas de lucha por una sociedad sin explotados ni explotadores, pero cada vez existen menos condiciones subjetivas; c) la izquierda marxista retrocedió varios “casilleros” desde el punto de vista de la conciencia, organización y dirección de un proyecto anticapitalista; d) el gobierno progresista, junto a la mayor parte de las expresiones organizadas del Frente Amplio, han hecho suyo el proyecto del capital.

Si la llamada izquierda continúa sin responder a las necesidades de las mayorías y a las expectativas creadas en su base militante, el propio valor de la actual democracia -como vía para superar los consustanciales problemas del subdesarrollo, la segmentación social, la pobreza y la exclusión- quedarán cuestionadas por la desesperación y/o la desilusión sobre sus posibilidades de transformar la realidad.

Es fácil decir que para que haya un Uruguay productivo con justicia social hay que cambiar el modelo económico, modificar las reglas de juego y la estrategia de desarrollo. También es fácil decir que para ello se requiere una acumulación de fuerzas mucho mayor que para realizar pequeños cambios de grado dentro de la actual trayectoria capitalista. Lo difícil, sin embargo, es definir e



implementar una estrategia de acumulación de fuerzas para crear las condiciones del verdadero cambio revolucionario: la eliminación de la explotación del hombre por el hombre.

Bibliografía

Astori, Danilo 2005 *Semanario "Búsqueda"*, 18 de agosto.

Banco Mundial 1997 *El Estado en un mundo en transformación*. Washington DC.

Burki, Sahid Javed, Perry Guillermo E. 1998 *Más allá del Consenso de Washington. La hora de la reforma institucional*. BM. Washington DC.

El necesario golpe de Timón" Editorial Reditu, Montevideo, 2008.

Elías, Antonio (comp.) 2006 *Los gobiernos progresistas en debate*. (Buenos Aires: CLACSO).

Elías, Antonio 2008 "Uruguay: un gobierno en disputa" en Stolowicz, Beatriz, *Gobiernos de Izquierda en América Latina*, Ed. Aurora, Bogotá.

Etchevers, Joaquín 2010 *Elementos a tener en cuenta para evaluar la distribución del Ingreso en el período 2005/2009*, versión digital.

Perry Guillermo E., Burki, Sahid Javed 1998 *La larga marcha. Una agenda de reformas para la próxima década en América Latina y el Caribe*. BM. Washington DC.

Reditu, 2006 *Otro camino económico*, Editorial RLS y Reditu, Montevideo.

Williamson, John 1991 *El cambio en las políticas económicas de América Latina*, Ediciones Gernika, México.